

EDUARDO GALEANO CERRADO POR FÚTBOL



Lectulandia

“Cuando el Mundial comenzó, en la puerta de mi casa colgué un cartel que decía: Cerrado por fútbol. Cuando lo descolgué, un mes después, yo ya había jugado sesenta y cuatro partidos, cerveza en mano, sin moverme de mi sillón preferido. Esa proeza me dejó frito, los músculos dolidos, la garganta rota; pero ya estoy sintiendo nostalgia.” “Desde chico quise ser jugador de fútbol. Y fui el mejor de los mejores, pero sólo en sueños, mientras dormía. Al despertar, no bien caminaba un par de pasos y pateaba una piedrita en la vereda, ya confirmaba que el fútbol no era lo mío. Estaba visto: yo no tenía más remedio que probar algún otro oficio. Intenté varios, sin suerte, hasta que por fin empecé a escribir.”

Este libro reúne todos los textos que Galeano escribió sobre fútbol, la mayoría dispersos en su obra publicada, pero también varios inéditos y verdaderos hallazgos, como la crónica en la que, con sólo 23 años, llama “traidor” al Che Guevara en persona por haber adquirido en Cuba la pasión por el béisbol. Las páginas proponen un recorrido por la historia del fútbol, desde la época en que un jugador recibía una vaca por cada gol hasta el tiempo de los jugadores multimillonarios agobiados por el éxito, pasando por el relato de los diez futbolistas que se pintaron la cara de negro en solidaridad con su compañero discriminado por la hinchada; también hablan de Maradona, “el hombre que no podía vivir sin la fama que no lo dejaba vivir”, y de Zidane, que en su último partido embistió a un rival y se retiró expulsado de un mundial mediocre.

Eduardo Galeano creía que el fútbol expresaba “emociones colectivas”, esas que generan “fiesta compartida o compartido naufragio, y existen sin dar explicaciones ni pedir disculpas”. De esas pasiones habla Cerrado por fútbol.

Lectulandia

Eduardo Galeano

Cerrado por fútbol

ePub r1.0

Titivillus 07.07.2018

Título original: *Cerrado por fútbol*
Eduardo Galeano, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Nota del editor

Trabajar en un nuevo libro de Eduardo Galeano sin él presente es una tarea compleja y hasta extraña, ya que era un apasionado de la artesanía de la edición y pensaba cada detalle de sus obras, desde el título hasta el texto de contratapa, pasando por el diseño de interiores, con viñetas y recuadros elegidos página a página.

Por ello se hace doblemente necesario explicitar los criterios editoriales que se adoptaron. Primero, por qué este libro. Es público y notorio que el fútbol era una de las grandes pasiones de Galeano y eso lo llevó a escribir, desde muy joven y hasta su muerte, sobre el tema. En 1995, luego de años de lectura sistemática, acumulación de historias e investigación, publicó ese volumen maravilloso que es *El fútbol a sol y sombra*. Pero antes y después produjo una cantidad enorme de textos que hablaban del fútbol y que en buena medida fueron publicados en sus distintos libros o que, dispersos en viejos diarios y revistas, son prácticamente inhallables. Como paso inicial, releímos su obra atentos a ese material y descubrimos un corpus sólido, por momentos conmovedor y siempre entretenido, que refleja bien la mirada y la relación que Galeano tenía con el fútbol. El hecho de que esos textos estuvieran intercalados en sus libros u olvidados en publicaciones periódicas impedía que sus lectores “futboleros” pudieran acceder a ellos, de modo que el primer motor de este volumen fue llegar a ellos con escritos, en buena medida, “desconocidos”.

A la hora de tomar decisiones editoriales optamos, siempre que fue posible, por respetar el estilo de trabajo de Galeano, eludiendo recursos que le eran ajenos (como las notas al pie o las frases solemnes) y recuperando expresiones y modismos muy suyos. Así, el título del volumen (*Cerrado por fútbol*), el de las secciones internas o el de algún texto sin titular en su versión original reproducen palabras del propio Galeano, que muchos lectores reconocerán. El título del libro, por ejemplo, refiere a una situación entrañable: al comienzo de cada Mundial y durante todo el mes, él colgaba en la puerta de su casa un cartelito con esa advertencia, hecho a mano y recubierto con plástico transparente para protegerlo de la lluvia. Como siempre le gustó incorporar viñetas, en vez de encargar nuevos diseños replicamos algunos de los originales que él había seleccionado para *El fútbol a sol y sombra*.

Sobre el contenido, incluimos todos los textos que se ocupan del tema publicados en sus libros; también sumamos las adendas que escribía después de cada Mundial y que se integraban a las nuevas ediciones de *El fútbol a sol y sombra*, ya que consideramos que sólo los lectores que compraron este libro después de 2015 pudieron acceder a ellas. Guiados por la convicción que Galeano tenía de que el “fútbol es el espejo del mundo y de la realidad”, nos permitimos la licencia de incorporar algunas historias donde éste aparece más como metáfora que como

protagonista; lo mismo vale para varias historias que hablan del deporte en general o de alguna disciplina específica.

Sobre la organización del volumen, optamos por disponer dos partes: la primera comprende el grueso de las historias sobre personajes y acontecimientos del fútbol, públicos o íntimos; la segunda, más breve, incluye textos en primera persona (una entrevista, algunos discursos en ocasión de recibir reconocimientos) en los cuales Galeano expone su visión del deporte que más amó, en lo que constituye de algún modo una sistematización de su mirada, tan crítica como apasionada.

Sobre el equipo: a la hora de emprender cualquier tipo de proyecto, Galeano siempre se rodeaba de amigos y gente de mucha confianza. Y en este aspecto también quisimos honrar su memoria. Helena Villagra, su compañera durante cuarenta años, fue la primera que siguió y apoyó este proyecto. Asistió a las distintas etapas y su intervención fue indispensable y decisiva al momento de pensar la estructura interna, la mejor forma de resolver las dudas que se nos presentaban y la ubicación de cada uno de los textos, ya que los libros de Galeano siempre tienen una lógica interna no necesariamente evidente para el lector.

Ezequiel Fernández Moores, un amigo con quien Eduardo compartió su mirada sobre el fútbol y sobre la política del fútbol, pero también proyectos y entusiasmos, fue fundamental a la hora de hacer una primera lectura del material en bruto; sus comentarios resultaron valiosísimos, pero más lo fue el hallazgo de un discurso de Galeano que tenía guardado en un cajón. Él se lo había mandado hacía más de veinte años para que lo leyera y le diera su opinión y, afortunadamente, Ezequiel tuvo el buen tino de guardarlo ya que, de otro modo, se hubiera perdido para siempre. Estuvo en sus manos, además, escribir la presentación con que abre el volumen, en la que traza un perfil genial del Galeano futbolero, convocando sus propios recuerdos y también testimonios especiales de amigos de Eduardo, como Chico Buarque, Joan Manuel Serrat, Jorge Valdano o Ángel Ruocco.

Daniel Weinberg, viejo amigo de Galeano, gran lector y hombre con alma de editor, colaboró en distintas instancias y nos reveló la existencia de la entrevista imperdible que le hizo la revista *El Gráfico*, cuyos responsables tuvieron la enorme amabilidad de autorizarnos para que la incluyéramos aquí. Un joven mexicano de apellido Cortázar, Román Cortázar, ha dedicado muchos años de su vida a investigar la obra de Galeano y ha realizado un trabajo de archivo fenomenal. Gracias a él, el lector encontrará algunos artículos publicados en *Brecha*, de otra manera inaccesibles. *Página/12*, desde su creación, fue el diario de Eduardo, y el lugar donde publicó algunas crónicas que, escritas al calor de los mundiales, integran también este volumen. Miguel Rep, desde su tira diaria en la contratapa, es parte indisoluble del mismo universo. Le propusimos ilustrar la tapa y aceptó sin dudar un minuto. A los pocos días ya teníamos listo el hermoso dibujo de cubierta. Tengo la fortuna de trabajar desde hace diez años con una brillante colega, Ana Galdeano. Juntos nos sumergimos en este complejo proyecto y sin ella nada hubiera sido lo mismo.

Por último, un agradecimiento especial al doctor Eduardo de Freitas, que es la persona encargada de administrar todo lo relativo a la obra de Galeano. Apenas vimos que teníamos un libro entre manos, le escribimos para contarle y pedirle su opinión. De inmediato nos respondió que la idea le parecía magnífica y que avanzáramos con el trabajo. Va un agradecimiento especial para él por la confianza que deposita en nosotros.

Carlos E. Díaz

Historia de un mendigo

por Ezequiel Fernández Moores

Dicen que Nelson Rodrigues, cronista inolvidable de México 70, seguía contando como nadie, aun casi ciego, las jugadas más bellas del fútbol de Brasil. Describía un bosque formidable y no le importaba si, a veces, equivocaba el lugar de un árbol, si una rama había cruzado o no la línea de gol o si el colibrí se adelantaba al picaflor. Odiaba a “los idiotas de la objetividad”. “El peor ciego —decía Rodrigues— es el que sólo ve la pelota”. Alguien le mostraba que la televisión contradecía su imaginación. “El video —le respondía Nelson— es cosa de burros”. Eduardo Galeano fue Nelson Rodrigues esa tarde de 2013 cuando trabajábamos sobre la historia de los mundiales de la FIFA para la Televisión Pública argentina. Era el turno de su mundial favorito, la mítica Copa de 1950, el Maracanazo que Galeano, con nueve años de edad, siguió a través del relato radial de Carlos Solé. Y del que luego escribió algunas de sus mejores historias futboleras.

Repetía Eduardo aquella tarde, con esas palabras eternamente bellas, la historia de Moacir Barbosa, el arquero maldito de Brasil. Maldito porque descuidó su palo en el gol fatal de Alcides Ghiggia y dejó mudas a más de doscientas mil almas en un Maracaná que había celebrado antes de tiempo. Barbosa era la historia del condenado de por vida. Acusado eterno porque “ese hombre —como le dijo una madre a su hijo cuando cruzó al arquero por la calle— hizo llorar a doscientos millones de brasileños”. Un título de diario al día siguiente de su fallecimiento, el 7 de abril de 2000, fue uno de los mejores que leí siempre: “La segunda muerte de Barbosa”. Galeano me decía que el cuento se lo había hecho el propio Barbosa: que él mismo había partido con un hacha los postes también malditos del Maracaná, que era empleado del estadio y se los dieron cuando llegaron los nuevos arcos de hierro. Y que los quemó para hacer un asado con sus vecinos del barrio Ramos, en Leopoldina, zona norte de Río de Janeiro. Sin embargo —escribió Galeano en *El fútbol a sol y sombra*—, “el exorcismo no salvó a Barbosa de la maldición”.

Esa tarde de 2013, como bien me hubiese dicho Nelson Rodrigues, yo me convertí en un “idiotita de la objetividad”. Le conté a Eduardo que un historiador brasileño me había enviado fotos y más documentación para decirme que al menos algunos postes del Maracaná no habían sido quemados como dijo Barbosa, sino que estaban en el museo de la Casa de Cultura de Muzambinho, un municipio de Minas Gerais. Que habían llegado al pueblo en camiones a fines de los sesenta, que amenazaron pudrirse en una canchita rural y entonces los preservaron en el museo. Barbosa contó una historia distinta, no sólo a Galeano sino también a sus biógrafos, Roberto Muijlaert y Bruno de Freitas. Pudo haber sido que Barbosa, me dicen en

Brasil, lo contara así para que no lo molestaran más, para decirnos que, para él, el Maracanazo ya era cenizas. Puede que Eduardo tuviera razón. Aceptar la historia del asado, por más que fuera una astilla del Maracaná, era mantenerse fiel a su admirado Obdulio Varela, el “Negro Jefe”, el histórico capitán que tras la victoria del 50 dejó a los dirigentes hipócritas de su país y se fue a beber con el dolorido pueblo brasileño. Siempre más cerca de los Barbosa. Los dos. Obdulio y Eduardo.

Que el Mundial de 1950 era el favorito de Galeano me lo confirma Chico Buarque de Hollanda. “Querido Ezequiel, estuve pensando en Galeano y en nuestras charlas futboleras, pero sólo me viene a la memoria una cuestión que poco tiene de agradable: el Maracanazo de 1950. Para mi disgusto, nuestro Eduardo insistía en recordar la proeza de Obdulio Varela y compañía”. Chico suele responder escueto y poético. Una vez le pregunté si eran ciertas algunas leyendas que contaba Ruy Castro en su formidable biografía de Mané Garrincha (*Estrela Solitária. Um brasileiro chamado Garrincha*), sobre tardes de alcohol y *saudade* que, según el escritor, el artista compartió en Roma con el propio Mané a fines de los sesenta. “No leí lo que escribió Ruy Castro, pero debe ser cierto”, me respondió Chico. El músico era amigo de Eduardo desde los tiempos de la revista *Crisis*, cuando Galeano le publicó un poema que le habían prohibido en Brasil (“Aparta de mí ese cáliz”). Muchos años después, Galeano llegaba a Río para presentar uno de sus libros. “El célebre escritor uruguayo, gran hinchista de Fluminense”, lo presentaba el diario. El dato (falso) había sido picardía de Chico, gran hinchista él de Fluminense, y consciente de que su amigo Galeano era justamente de Flamengo, la contra.

Retomo con Obdulio porque es el primer nombre que me cita también Joan Manuel Serrat. La foto del Negro Jefe en una pared —dice Serrat— es uno de los recuerdos de la última visita que le hizo a Eduardo en su casa de Malvín, en la calle Dalmiro Costa, un mes y medio antes de la muerte. Eduardo, me dice Serrat, “amaba el fútbol como a sí mismo, como amaba la vida”. Serrat, que compartió con Galeano treinta años de amistad y amor por el Barcelona, sabía que, durante los mundiales, Eduardo vivía “días sagrados” de encierro y que, si quería comentarle algo del partido, sólo podía llamarlo en el entretiempo, como hacía el gran fotógrafo brasileño Sebastião Salgado. Yo mismo osé escribirle apenas horas antes del inicio del Mundial de Sudáfrica 2010. “Te respondo escribiendo con los muñones, porque me he comido las uñas, los dedos y las manos”. Galeano cerraba por mundial. “En horario balompédico no atendía”. Vivía cada partido “a salvo de la involuntaria desviación de los hechos, la atrofia de la realidad y el eclipse total de la razón”. “Más que mirar los partidos, los vigilaba”. Lo escribió Serrat en un texto que me reenvía y que publicó tras la muerte de su amigo. A Serrat le gustaba el amor de Galeano por el buen fútbol más allá de los colores. Porque Eduardo, recuerda Serrat, siempre se ponía del lado del débil, del “ídolo caído” y del “arquero diez veces vencido”. Y más le gustaba aún cuando Galeano, en medio de tanto partido malo, se declaraba “mendigo del buen fútbol” y pedía “una linda jugadita por amor de Dios”.

Galeano, como recuerda Helena Villagra, su mujer, podía enajenarse con un grito de gol hasta matar de un infarto a la cotorra Margarita (lo que en España llaman “periquita”), que odiaba su jaula y solía andar suelta por la biblioteca. Esto sucedió en pleno exilio catalán en Calella, desde donde siguió el Mundial 78 cuando Sudamérica era una bota militar.

Y podía escribir también *El fútbol a sol y sombra*. “Nunca en menos espacio se han contado historias tan sabrosas”, como definió el libro Santiago Seguro, formidable periodista español. *El fútbol a sol y sombra* marcó a muchos más, desde Jorge Valdano hasta el inglés David Goldblatt. “Con Galeano —me dice Valdano desde Madrid— nos hemos querido mucho a la distancia porque tuvimos pocos encuentros. Estábamos como imantados, pero con pocas oportunidades de vernos. Nos llamábamos, nos mandábamos mensajes a través de amigos”. Galeano admiró al Valdano escritor, pero antes al Valdano jugador y al Valdano DT. “Jugando como hoy, hay permiso para perder”, dijo una vez a sus jugadores el Valdano DT. A Galeano le encantó. Por eso lo llamó cuando empezó a escribir *El fútbol a sol y sombra*. “Me pidió precisiones sobre algunos episodios del fútbol español que encontré en archivos. Nos escribíamos vía fax. Recuerdo el gol de [Ferenc] Puskas. Al parecer, Puskas tiró un tiro libre y lo clavó en el ángulo. El árbitro lo hizo repetir y Puskas lo volvió a clavar en el mismo ángulo”. Valdano me dice que con Galeano le pasó “lo mismo que con Osvaldo Soriano. Cuando se fueron, me entró, como dice Sabina, nostalgia por lo que nunca jamás sucedió”.

Goldblatt es, a mi gusto, el mejor sociólogo que tiene hoy la pelota. Recorrió el mundo para contar orígenes e historias del fútbol en cada país para una especie de *Guía Pirelli* del balón que publicó en Inglaterra. Escribió libros sobre la codicia de los millonarios que se adueñaron del fútbol británico y publicó un “Manifiesto de fútbol para todos”. Es un texto que les recuerda a los magnates yanquis, oligarcas rusos, jeques árabes y nuevos chinos, a esa “pequeña élite que secuestra los beneficios de la globalización”, que los clubes ingleses que ellos compraron tienen una deuda de lealtad con una comunidad que los antecede. Porque el fútbol, dice Goldblatt, “es un lugar raro y precioso, parte de nuestra cultura común, una herencia fabulosa de más de cien años de juego, un repositorio de identidades poderosas y solidaridades, un complejo juego de rituales colectivos y conversaciones públicas en un mundo profundamente individualista, atomizado y dividido, un lugar en el que nos mezclamos socialmente, que trata de nosotros, no de yo”. Lo cito porque ese manifiesto le encantó también a Galeano.

Más le gustó a Goldblatt cuando le pedí que me recordara por qué *El fútbol a sol y sombra* fue el libro que lo convenció a él de escribir sobre la pelota. “Reconozco la gran escritura apenas la leo porque me deja pasmado”, dice David. Siente que él sí recogió “el guante” que Galeano “arroja con elegancia” sobre “el vacío asombroso” de la historia oficial que “ignora al fútbol”, incluso en países en los que “ha sido y sigue siendo un signo primordial de identidad colectiva”. Como a Serrat, a Goldblatt

también le gustó aquello de “mendigo del buen fútbol”. “Comprendí que yo también lo soy, pero sobre todo de sentido y de mito, de historias y de maravillas, no sólo las que ocurren en la cancha, sino entre la multitud que estuvo allí para presenciarlas, las historias de los que acompañan el juego. La escritura de Galeano —dice Goldblatt— tiene todo esto y nosotros, su multitud de lectores, lo aclamamos a los gritos durante un largo rato, con tanto amor y admiración como a un jugador que marca un gol”.

Galeano fue a la cancha desde bebé. De muy pibe, y a la fuerza, aprendió a hacer pis en la tribuna. De niño advirtió también que podía emocionarse no sólo con su amado Nacional. Que también lo emocionaba alguna jugada magistral de Juan Alberto Schiaffino o Federico Abadie, *cracks* de Peñarol, rival clásico. Entre 1973 y 1976, viviendo en la Argentina, fue varias veces al Viejo Gasómetro a ver al San Lorenzo de su amigo Osvaldo Soriano. Sufrió vértigo en la Bombonera. Fue a la cancha hasta en los Estados Unidos, en pleno Mundial de 1994, el del *doping* de Maradona (“jugó, venció, meó, perdió”). Y se emocionó con el Athletic de Bilbao de Marcelo Bielsa y sus hinchas, pese a la derrota que presenció en el Vicente Calderón contra su amado Barsa de Pep Guardiola, en la final de la Copa del Rey 2012. “Perdieron, pero ganaron un hincha”, confesó con la bufanda del equipo vasco. La experiencia más insólita fue cuando regresó al Uruguay otra vez democrático de 1985 y volvió al Centenario con su viejo amigo Ángel Ruocco. Solían ir juntos, más hijos y nietos, para ver a la Celeste. O a la tribuna Olímpica para ver a Nacional. “En el afán por disfrutar un lindo partido —me cuenta Ruocco—, un día fuimos a una final del torneo local entre Defensor Sporting y Peñarol. Nos equivocamos al sacar las entradas y nos metimos, sin querer, en la tribuna América, ocupada exclusivamente por hinchas de Peñarol. Cuando nos dimos cuenta ya era tarde para cambiarnos y nos dispusimos a capear un probable temporal”.

El inicio fue calmo. En la tribuna, me dice Ruocco, o no había lectores de Galeano o nadie que supiera que Eduardo era hincha de Nacional. O no había barras y había sólo gente piadosa. “El problema es que cuando había un gol o una buena jugada de Peñarol, quedarse quietos y sin abrir la boca era una invitación al desastre. Acordamos entonces con Eduardo que, en esos casos, íbamos a levantarnos como los demás. Lo hicimos varias veces y él con un circunspecto y brevísimo simulacro de aplauso, intentando camuflarnos como hinchas de Peñarol”. Gol y victoria de Defensor. Galeano y Ruocco, me dice Ángel, permanecieron “bien sentaditos y mudos”. Cerraron la jornada a las risas en un boliche cercano. Se habían conocido como militantes del Partido Socialista Uruguayo, en las publicaciones que circulaban a fines de los cincuenta. Se hicieron amigos cuando en 1962 Eduardo fue primero editorialista y luego director del diario *Época* (“el más joven en ese cargo en la historia del periodismo uruguayo”) y Ángel, jefe de Deportes. Allí comenzaron a ir juntos al Centenario. Clausurado *Época*, compartieron redacción en *Marcha*, donde a las discusiones futboleras se sumaba el director Carlos Quijano, “maestro inolvidable para quienes trabajaron con él, como Eduardo —me dice Ruocco— subrayaba a

menudo”.

El exilio los cruzó luego en España, Cuba, Alemania o Italia. Política, buena comida y periodismo. Y fútbol, claro. Diego Maradona era uno de sus temas favoritos cada vez que pisaba Italia. En medio de ravioles que exigía bien calientes, Eduardo hablaba “del Dios sucio”, es decir, “el más humano de los dioses”. Asumía las contradicciones y caídas de Maradona. Lo admiraba porque valoraba el sur de Italia y porque adhería a Fidel y al Che y disparaba contra Bush y Havelange. Le agradecía también a Diego por haber demostrado que “la fantasía puede ser eficaz”. “Gracias por entenderme”, le devolvió Maradona cuando murió. Eduardo seguía hablando de Diego mientras comía *porchetta*, una pulpa de cerdo bien adobada sobre un pan casero, plato al paso usual en Roma, donde visitaba también a Gianni Minà, otro buen defensor de Maradona en Italia. Fue con él al Olímpico a ver un Roma-Inter, semifinal de Copa Italia. Sabía de memoria la formación del Inter de Helenio Herrera. En el Mundial de 1982, celebró la final que Italia le ganó a Alemania cenando en una *trattoria* llena de tanos en Cataluña, viviendo todos juntos la alegría de Sandro Pertini, que entonces era presidente de Italia y había sido un referente emblemático de la resistencia al régimen fascista.

Eduardo amaba también el buen tinto y la cerveza, tal vez en honor al apellido paterno Hughes, que Galeano, recuerda Ruocco, trasformaba en “Jius” cuando firmaba sus dibujos. En un hipotético *ranking* de preferencias, por supuesto, lideraba Uruguay. Eduardo agradeció al Maestro Óscar Tabárez por conducir a una selección que frenó “un período vergonzoso, el de la divinización y la demagogia de la violencia, esa idea de que al fútbol uruguayo había que salvarlo a las patadas”. De que la garra charrúa, en lugar de “dignidad”, podía ser “deslealtad”.

Después de la Celeste, me cuenta Ruocco, Eduardo ubicaba a la Albiceleste, la selección argentina. También estaban el Brasil de México 70 (“soy mulato ideológico”) y el Barcelona y Messi. “¿No viste esos hijos de puta cómo eliminaron al Barcelona?”, recibió una tarde Galeano a Ángel Cappa en la librería El Ateneo de Buenos Aires, en abril de 2010. Estaba indignado con el *catenaccio* del Inter de José Mourinho, que así había pasado a la final de la Champions. “A Eduardo —me dice Cappa— le gustaba y disfrutaba mucho del buen fútbol y se indignaba cuando un equipo ganaba jugando a no jugar”. Galeano recibió feliz el premio Manuel Vázquez Montalbán que le dio el Barcelona en 2010 y que dedicó al presidente del club que fue fusilado por el franquismo. Pero la de Galeano, ya lo dijimos, era una pasión “sin talibanismos”, aunque sí con desesperación por el buen juego. “La verdad —le confesó una vez a Ruocco tras una derrota amarga de la Celeste— es que ver jugar tan horrorosamente mal a Uruguay incita al suicidio, a tirarme desde el Palacio Salvo, pero el problema es que si nos suicidamos todos somos tan pocos que el país quedaría vacío”.

El fútbol, me dice Ruocco, acompañó a Eduardo hasta poco antes de la muerte. “Cuando el final ya era inevitable, el fútbol fue uno de los escapes ante una realidad

cuyo desenlace él conocía perfectamente y asumía con coraje. Dos o tres veces por semana allí estuvimos en su casa para ver partidos por televisión y comentarlos. En esas horas el fútbol fue para él un bálsamo. Fugaz, pero bálsamo al fin”. Gonzalo Fernández, eminente penalista uruguayo, lo visitó semanas antes de la muerte. Le habló de su parentesco con un exjugador de Nacional. Bastó la mención para que Eduardo le recitara la biografía completa del jugador y todos los clubes en los que había estado. El fútbol, bien sabía Eduardo, podía ser “veneno” en manos de los Havelange. Pero “remedio” en los pies de Maradona o de Messi. Un veranito de 2011 en Piriápolis, en medio de canciones de Zitarrosa y discusiones de política y de la vida, Messi aparecía siempre en la boca de Eduardo. “Nunca vi algo así”, me decía. Por eso se rió como un pibe cuando meses después el preparador físico Fernando Signorini, en plena cena que compartimos una noche en Palermo, en Il Gran Caruso, le llevó una camiseta de la selección argentina dedicada por Messi: “Para Eduardo con afecto”. No la soltó en toda la noche.

Galeano decía que sus manos se vengaron de lo que no había podido hacer con los pies. Porque había sido un “entreal derecho patadura”. Pero también escribió de fútbol porque el fútbol, decía siempre, “es el espejo del mundo y en mis libros yo me ocupo de la realidad”. Para este libro redescubrimos uno de los textos en los que mejor explicó su amor por el fútbol. Lo invitaron en 1997 a abrir un congreso de deportes en Copenhague. “¿Qué pasión popular no es objeto de manipulación?”, preguntó a sociólogos, médicos, intelectuales y periodistas, muchos de ellos excesivamente escandalizados, como si la corrupción en el deporte “puro y noble” fuera algo de otro mundo. “¿Existe algo que no sea negocio?”, insistía Galeano. Le hablaba al Primer Mundo. Democrático. “El norte y el sur jamás se miden en igualdad de condiciones, ni en el fútbol ni en nada, por muy democrático que el mundo diga ser”. Y pese a todo, seguimos celebrando el fútbol. Porque “las emociones colectivas —decía Eduardo— se hacen fiesta compartida o compartido naufragio, y existen sin dar explicaciones ni pedir disculpas”. El texto completo, publicado aquí por primera vez, es una de las tantas joyas de este nuevo libro, que incluye artículos de fútbol y otras historias perdidas aquí y allí y no publicadas en la edición original de *El fútbol a sol y sombra*. Sí están los añadidos incorporados tras los mundiales siguientes al de 1994, como el capítulo de Francia 98, en el que Galeano nos dice que Adidas terminó ganando el “penta” antes que Brasil. Y las clases de geopolítica que Eduardo nos ofrecía en cada Copa. Por los relatos y artículos seleccionados (la lista incluye una gran entrevista de *El Gráfico*) desfilan el racismo, los sueños de Helena, el colombiano que antes de quedar ciego vio el gol de Maradona a los ingleses, el escorpión de René Higuita, La Guerra del Fútbol, “Dios en el cielo y Pelé en la tierra”, la Democracia Corintiana, el asma del Che, la tecnología, el Mundial de Robots y hasta el pulpo Paul.

Eduardo (él se enojaría con esta definición) fue el intelectual que más y mejor amó el fútbol. En las antípodas de Borges, para Galeano “el intelectual que más

brillantemente despreció el fútbol”. Nos conocimos en 1994, cuando estaba preparando *El fútbol a sol y sombra* y vino a mi casa en el Abasto. Y veinte años después compartimos una historia de los mundiales para la Televisión Pública de la Argentina, según su mirada, claro: fue así una mezcla de periodismo, entrevistas a grandes *cracks*, antropología, mitos, curiosidad, narración y sensibilidad popular. Los “dragones del mal”, como le decía al cáncer, ya estaban allí. “Eduardo, vamos con este plan, ¿no?”, le dije yo, temeroso de mi inexperiencia en televisión y aferrado a un guión, ambos sentados segundos antes de comenzar a grabar en un bonito estudio de Palermo. “¿Dónde cenamos esta noche?”, fue toda su respuesta. Intuí mi fracaso y me dediqué a disfrutar. Fuera de todo guión, Galeano inició su crítica habitual contra el poder. Que “la FIFA es el FMI del fútbol”, “la monarquía más misteriosa del planeta”, y que a Joseph Blatter “no le creo ni cuando dice la verdad”. El Galeano de siempre.

Cerrado por fútbol



Por qué escribo

Para empezar, una confesión: desde que era bebé, quise ser jugador de fútbol. Y fui el mejor de los mejores, el número uno, pero sólo en sueños, mientras dormía.

Al despertar, no bien caminaba un par de pasos y pateaba alguna piedrita en la vereda, ya confirmaba que el fútbol no era lo mío. Estaba visto: yo no tenía más remedio que probar algún otro oficio. Intenté varios, sin suerte, hasta que por fin empecé a escribir, a ver si algo salía.

Intenté, y sigo intentando, aprender a volar en la oscuridad, como los murciélagos, en estos tiempos sombríos.

Intenté, y sigo intentando, asumir mi incapacidad de ser neutral y mi incapacidad de ser objetivo, quizás porque me niego a convertirme en objeto, indiferente a las pasiones humanas.

Intenté, y sigo intentando, descubrir a las mujeres y a los hombres animados por la voluntad de justicia y la voluntad de belleza, más allá de las fronteras del tiempo y de los mapas, porque ellos son mis compatriotas y mis contemporáneos, hayan nacido donde hayan nacido y hayan vivido cuando hayan vivido.

Intenté, intento, ser tan porfiado como para seguir creyendo, a pesar de todos los pesares, que nosotros, los humanitos, estamos bastante mal hechos, pero no estamos terminados. Y sigo creyendo, también, que el arcoíris humano tiene más colores y más fulgores que el arcoíris celeste, pero estamos ciegos, o más bien enceguecidos, por una larga tradición mutiladora.

Y en definitiva, resumiendo, diría que escribo intentando que seamos más fuertes que el miedo al error o al castigo, a la hora de elegir en el eterno combate entre los indignos y los indignados.

El parto

Al amanecer, doña Tota llegó a un hospital del barrio de Lanús. Ella traía un niño en la barriga. En el umbral, encontró una estrella, en forma de prendedor, tirada en el piso.

La estrella brillaba de un lado, y del otro no. Esto ocurre con las estrellas, cada vez que caen en la tierra, y en la tierra se revuelcan: de un lado son de plata y fulguran conjurando las noches del mundo, y del otro lado son de lata nomás.

Esa estrella de plata y de lata, apretada en un puño, acompañó a doña Tota en el parto.

El recién nacido fue llamado Diego Armando Maradona.



Maradona

Ningún futbolista consagrado había denunciado sin pelos en la lengua a los amos del negocio del fútbol. Fue el deportista más famoso y más popular de todos los tiempos quien rompió lanzas en defensa de los jugadores que no eran famosos ni populares.

Este ídolo generoso y solidario había sido capaz de cometer, en apenas cinco minutos, los dos goles más contradictorios de toda la historia del fútbol. Sus devotos lo veneraban por los dos: no sólo era digno de admiración el gol del artista, bordado por las diabluras de sus piernas, sino también, y quizá más, el gol del ladrón, que su mano robó. Diego Armando Maradona fue adorado no sólo por sus prodigiosos malabarismos sino también porque era un dios sucio, pecador, el más humano de los dioses. Cualquiera podía reconocer en él una síntesis ambulante de las debilidades humanas, o al menos masculinas: mujeriego, tragón, borrachín, tramposo, mentiroso, fanfarrón, irresponsable.

Pero los dioses no se jubilan, por humanos que sean.

Él nunca pudo regresar a la anónima multitud de donde venía.

La fama, que lo había salvado de la miseria, lo hizo prisionero.

Maradona fue condenado a creerse Maradona y obligado a ser la estrella de cada fiesta, el bebé de cada bautismo, el muerto de cada velorio. Más devastadora que la cocaína es la éxitoína. Los análisis, de orina o de sangre, no delatan esta droga.



El gol del siglo

13 de julio

En este día del año 2002, el máximo organismo del fútbol dio a conocer el resultado de una encuesta universal: *Elija usted el gol del siglo veinte*.

Ganó, por abrumadora mayoría, el gol de Diego Maradona en el Mundial de 1986, cuando bailando, con la pelota pegada al pie, dejó a seis ingleses perdidos en el camino.

Ésa fue la última imagen del mundo que vio Manuel Alba Olivares.

Él tenía once años, y en ese mágico momento los ojos se le apagaron para siempre. Ha guardado el gol intacto en su memoria, y lo relata mejor que los mejores locutores.

Desde entonces, para ver fútbol y otras cosas no tan importantes, Manuel pide prestados los ojos de sus amigos.

Gracias a ellos, este colombiano ciego fundó y preside un club de fútbol, fue y sigue siendo director técnico del equipo, comenta los partidos en su programa de radio, canta para divertir a la audiencia y en los ratos libres trabaja de abogado.

La magia imperdonable

[Mundial Estados Unidos 1994]

Maradona viene cometiendo desde hace años el pecado de ser el mejor, el delito de denunciar a viva voz las cosas que el poder manda callar y el crimen de jugar con la zurda, lo cual, según el *Pequeño Larousse Ilustrado*, significa “con la izquierda” y también significa “al contrario de como se debe hacer”.

Maradona nunca había usado estimulantes en vísperas de los partidos, para multiplicarse el cuerpo. Es verdad que estuvo metido en la cocaína, pero se dopaba en las fiestas tristes, para olvidar o ser olvidado, cuando ya estaba acorralado por la gloria y no podía vivir sin la fama que no lo dejaba vivir. Jugaba mejor que nadie a pesar de la cocaína, y no por ella.

Desde que la multitud gritó su nombre por primera vez, cuando él tenía dieciséis años, el peso de su propio personaje le hace crujir la espalda. Éste es un hombre que lleva mucho tiempo trabajando de dios en los estadios, sometido a la tiranía del rendimiento sobrehumano, empachado de cortisona y analgésicos y ovaciones: acosado por las exigencias de sus devotos y el odio de sus ofendidos.

El placer de derribar ídolos es directamente proporcional a la necesidad de tenerlos. Hace años, en España, cuando Goicoechea le pegó de atrás y sin la pelota y lo dejó fuera de las canchas por varios meses, no faltaron fanáticos que llevaron en andas al culpable de este homicidio premeditado, y en todo el mundo sobraron gentes que celebraron la caída del insolente sudaca muerto de hambre, intruso en las cumbres, charlatán estrepitoso, fanfarrón y de mal gusto.

Después, en Nápoles, Maradona fue Maradona y san Genaro se convirtió en san Gennarmando. En las calles se vendían imágenes de la divinidad de pantalón corto, iluminada por el halo de la Virgen o envuelta en el manto sagrado del santo que sangra, y también vendían botellitas con lágrimas de Berlusconi. Hacía sesenta años que el Nápoles no ganaba un campeonato, ciudad condenada a las furias del Vesubio y a la derrota eterna en los campos de fútbol, y gracias a Maradona el sur oscuro pudo vencer al norte blanco que lo despreciaba, copa tras copa, en Italia y en Europa. Cada gol era una revancha de la historia. En Milán odiaban al culpable de tanta afrenta, lo llamaban “jamón con rulos”. No sólo en Milán: en el Mundial del 90, la mayoría del público castigaba a Maradona con furiosas silbatinas cada vez que tocaba la pelota, y la derrota argentina ante Alemania fue celebrada como una victoria italiana.

Para entonces, ya había quienes le echaban por la ventana muñecos de cera atravesados de alfileres. Y estalló el escándalo de la cocaína, que convirtió a Maradona en Maracoca, y la televisión transmitió en directo, como si fuera un partido, el ajuste de cuentas: toda Italia vio cómo la policía se llevaba preso al

delincuente que se había hecho pasar por héroe. El proceso que lo condenó fue el más rápido de la historia judicial de Nápoles.

Lo mismo ocurrió, más tarde, en Buenos Aires. Detención en vivo y en directo, para deleite de quienes disfrutaron el espectáculo del rey desnudo. “Es un enfermo”, dijeron. Dijeron: “Está acabado”. El mesías convocado para redimir la humillación de los italianos del sur había sido también el vengador de la derrota argentina en la guerra de las Malvinas, mediante un gol tramposo y otro gol fabuloso, que dejó a los ingleses girando como trompos por algunos años; pero a la hora de la caída Maradona no fue más que un farsante pichicatero y putaño, que había traicionado a los niños y había deshonorado al deporte. Y hasta un fabricante de opinión que el tiempo olvidará en un ratito pudo darse el lujo de decir que el inolvidable Maradona le daba lástima. Y lo dieron por muerto.

Los mismos periodistas que lo perseguían con los micrófonos lo acusaban entonces, como ahora, de hablar demasiado. No les faltaba, ni les falta, razón; pero eso no era, ni es, lo que no podían ni pueden perdonarle: en realidad, no les gusta lo que dice porque cuando habla, Maradona es tan incontrolable como cuando juega.

Este petiso ha tenido y tiene la costumbre de lanzar golpes hacia arriba. En México y en los Estados Unidos, en el 86 y en el 94, ha sido su voz la que más fuerte ha denunciado a la dictadura de la televisión, que ha puesto el fútbol a su servicio y obliga a jugar al mediodía, bajo un sol que derrite las piedras. Ha sido y sigue siendo Maradona el hombre de las preguntas insoportables: el jugador ¿es el mono del circo? ¿Por qué los jugadores no conocen las cuentas secretas de la FIFA, la todopoderosa multinacional del fútbol? ¿Por qué no pueden saber cuánto dinero producen sus piernas? ¿Por qué nunca los jugadores han sido consultados por la FIFA a la hora de tomar decisiones? ¿Por qué se alteran las reglas del fútbol sin que los jugadores puedan decir ni pío? Joseph Blatter, burócrata del fútbol que jamás ha pateado una pelota pero anda en limusinas de ocho metros y con chofer negro, se limitó a contestar: “El último astro argentino fue Di Stéfano”.

Maradona resucitó, y estaba siendo otra vez, por lejos, lo mejor de este Mundial. Pero la máquina del poder se la tenía jurada. Él le cantaba las cuarenta. Eso tiene su precio, y el precio se cobra al contado y sin descuentos. El propio Maradona regaló la justificación, por su tendencia suicida a servirse en bandeja en boca de sus muchos enemigos y esa irresponsabilidad infantil que lo empuja a precipitarse en cuanta trampa se abre en su camino.

Maradona se ha ido, y ya el Mundial no es lo que venía siendo. Nadie se divierte y divierte tanto charlando con la pelota. Nadie da tanta alegría como este mago que baila y vuela y resuelve partidos con un pase imposible o un tiro fulminante. En el frígido fútbol de fin de siglo, se ha ido el hombre que nos demostraba que la fantasía puede también ser eficaz.

Nos hemos quedado todos un poquito más solos.

Leo

Ricardo Marchini sintió que la hora de la verdad era llegada.

—Vamos, Leo —dijo—. Tenemos que hablar.

Y se marcharon, calle arriba, los dos. Anduvieron un buen rato por el barrio de Saavedra, dando vueltas, en silencio. Leonardo se atrasaba mucho, como tenía costumbre, y después apuraba el paso para alcanzar a Ricardo, que caminaba con las manos en los bolsillos y el ceño fruncido.

Al llegar a la plaza, Ricardo se sentó. Tragó saliva. Apretó la cara de Leonardo entre las manos y, mirándolo a los ojos, largó el chorro:

—Mirá, Leo, perdoná que te lo diga pero vos no sos hijo de papá y mamá y es mejor que lo sepas, Leo, que a vos te recogieron de la calle.

Suspiró hondo.

—Tenía que decírtelo, Leo.

Leonardo había sido encontrado en la basura, cuando estaba recién nacido, pero Ricardo prefirió ahorrarle esos detalles.

Entonces, regresaron a casa.

Ricardo iba silbando.

Leonardo se detenía al pie de sus árboles preferidos, saludaba a los vecinos meneando el rabo y ladraba a la sombra fugitiva de algún gato.

Los vecinos lo querían porque él era marrón y blanco, como el Platense, el club de fútbol del barrio, que casi nunca ganaba.



Cóndores

A lomo de mula, a lomo de moto, a lomo de sí mismo, Federico Ocaranza recorre las montañas de Salta. Él anda curando bocas en esas soledades, en esas pobredades. La llegada del dentista, el enemigo del dolor, es una buena noticia; y allá las buenas noticias son pocas, como poco es todo.

Federico juega al fútbol con los niños, que raras veces visitan la escuela. Ellos aprenden lo que saben pastoreando cabras y persiguiendo alguna pelota de trapo entre las nubes.

Entre gol y gol, se divierten burlándose de los cóndores. Se acuestan sobre el suelo de piedra, con los brazos en cruz, y cuando los cóndores se lanzan al ataque, los muertitos pegan el brinco.



Mano de obra

Mohammed Ashraf no va a la escuela.

Desde que sale el sol hasta que asoma la luna, él corta, recorta, perfora, arma y cose pelotas de fútbol, que salen rodando de la aldea paquistaní de Umar Kot hacia los estadios del mundo.

Mohammed tiene once años. Hace esto desde los cinco.

Si supiera leer, y leer en inglés, podría entender la inscripción que él pega en cada una de sus obras: *Esta pelota no ha sido fabricada por niños.*



El lector

En uno de sus cuentos, Soriano imaginó un partido de fútbol en algún pueblito perdido en la Patagonia. Al equipo local, nunca nadie le había metido un gol en su cancha. Semejante agravio estaba prohibido, bajo pena de horca o tremenda paliza. En el cuento, el equipo visitante evitaba la tentación durante todo el partido; pero al final el delantero centro quedaba solo frente al arquero y no tenía más remedio que pasarle la pelota entre las piernas.

Diez años después, cuando Soriano llegó al aeropuerto de Neuquén, un desconocido lo estrujó en un abrazo y lo alzó con valija y todo:

—¡Gol, no! ¡Golazo! —gritó—. ¡Te estoy viendo! ¡A lo Pelé lo festejaste! —y cayó de rodillas, elevando los brazos al cielo.

Después, se cubrió la cabeza:

—¡Qué manera de llover piedras! ¡Qué biaba nos dieron!

Soriano, boquiabierto, escuchaba con la valija en la mano.

—¡Se te vinieron encima! ¡Eran un pueblo! —gritó el entusiasta. Y señalándolo con el pulgar, informó a los curiosos que se iban acercando:

—A éste, yo le salvé la vida.

Y les contó, con lujo de detalles, la tremenda gresca que se había armado al fin del partido: ese partido que el autor había jugado en soledad, una noche lejana, sentado ante una máquina de escribir, un cenicero lleno de puchos y un par de gatos dormilones.



El sombrero

Sonó el teléfono, escuché la voz cascada: un error así, no puedo creer, óigame bien, yo no hablo por hablar, que una equivocación vaya y pase, a cualquiera le sucede, pero un error así...

Me quedé mudo. Me vi venir lo peor. Yo acababa de publicar un libro sobre fútbol en un país, mi país, donde todos son doctores en la materia. Cerré los ojos y acepté mi condenación:

—El Mundial del 30 —acusó la voz, gastada pero implacable.

—Sí —musité.

—Fue en julio.

—Sí.

—¿Y cómo es el tiempo en julio, en Montevideo?

—Frío.

—Muy frío —corrigió la voz, y atacó:

—¡Y usted escribió que en el estadio había un mar de sombreros de paja! ¿De paja? —se indignó—. ¡De fieltro! ¡De fieltro, eran!

La voz bajó de tono, evocó:

—Yo estaba allí, aquella tarde. 4 a 2 ganamos, lo estoy viendo. Pero no se lo digo por eso. Se lo digo porque yo soy sombrero, siempre fui, y muchos de aquellos sombreros... los hice yo.

Y otro

Aquella no era una tarde de un domingo cualquiera del año 1967.

Era una tarde de clásico. El club Santafé jugaba contra el Millonarios, y toda la ciudad de Bogotá estaba en las tribunas del estadio. Fuera del estadio, no había nadie que no fuera paralítico o ciego.

Ya parecía que el partido iba a terminar en empate, cuando Omar Lorenzo Devanni, el goleador del Santafé, el artillero, cayó en el área. El árbitro pitó penal.

Devanni quedó perplejo: aquello era un error, nadie lo había tocado, él había caído por un tropezón. Quiso decírselo al árbitro, pero los jugadores del Santafé lo levantaron y lo llevaron en andas hasta el punto blanco de la ejecución. No había marcha atrás: el estadio rugía, se venía abajo.

Entre los tres palos, palos de horca, el arquero aguardaba.

Y entonces Devanni colocó la pelota sobre el punto blanco.

Él supo muy bien lo que iba a hacer, y el precio que iba a pagar por hacer lo que iba a hacer. Eligió su ruina, eligió su gloria: tomó impulso y con todas sus fuerzas disparó muy afuera, bien lejos del gol.

Los cuentos cuentan/1

En *Bocas del tiempo*, conté una historia que en 1967 ocurrió en el principal estadio de fútbol de Colombia.

No cabía un alfiler, el estadio hervía. Se definía el campeonato entre los dos equipos dominantes de Bogotá: el Millonarios y el Santafé.

Omar Devanni, goleador del Santafé, cayó en el área, en el último minuto de ese superclásico; y el árbitro pitó penal.

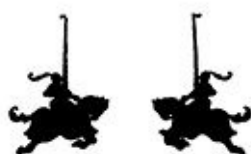
Pero Devanni había tropezado: nadie lo había golpeado, ni rozado siquiera. El árbitro se había equivocado, y ya no podía dar marcha atrás ante la multitud rugiente que llenaba el estadio.

Entonces Devanni ejecutó ese penal que no existía. Lo ejecutó muy serenamente, lanzando la pelota muy pero muy lejos del arco rival.

Ese acto de coraje selló su ruina, pero le otorgó el derecho de reconocerse cada mañana ante el espejo.

Unos cuantos años después, recibí una carta de alguien que yo no conocía, Alejandro Amorín. Ya Devanni estaba lejos del fútbol, tenía una cantina en algún lugar del mar Caribe, cuando este Alejandro le preguntó sobre el asunto. Al principio, Devanni dijo que no lo recordaba. Después dijo que podía ser, quién sabe, quizás había ejecutado mal ese penal, *me salió así, pateé mal, fue sin querer, son cosas del fútbol...*

Como disculpándose por haber sido tan digno.



Los derechos civiles en el fútbol

El pasto crecía en los estadios vacíos.

Pie de obra en pie de lucha: los jugadores uruguayos, esclavos de sus clubes, simplemente exigían que los dirigentes reconocieran que su sindicato existía y tenía el derecho de existir. La causa era tan escandalosamente justa que la gente apoyó a los huelguistas, aunque el tiempo pasaba y cada domingo sin fútbol era un insoportable bostezo.

Los dirigentes no daban el brazo a torcer, y sentados esperaban la rendición por hambre. Pero los jugadores no aflojaban. Mucho los ayudó el ejemplo de un hombre de frente alta y pocas palabras, que se crecía en el castigo y levantaba a los caídos y empujaba a los cansados: Obdulio Varela, negro, casi analfabeto, jugador de fútbol y peón de albañil.

Y así, al cabo de siete meses, los jugadores uruguayos ganaron la huelga de las piernas cruzadas.

Un año después, también ganaron el campeonato mundial de fútbol.

Brasil, el dueño de casa, era el favorito indiscutible. Venía de golear a España 6 a 1 y 7 a 1 a Suecia. Por veredicto del destino, Uruguay iba a ser la víctima sacrificada en sus altares en la ceremonia final. Y así estaba ocurriendo, y Uruguay iba perdiendo, y doscientas mil personas rugían en las tribunas, cuando Obdulio, que estaba jugando con un tobillo inflamado, apretó los dientes. Y el que había sido capitán de la huelga fue entonces capitán de una victoria imposible.



Exorcismo

Ocurrió en 1950. Contra todo pronóstico, contra toda evidencia, Brasil fue derrotado por Uruguay y perdió su campeonato mundial de fútbol.

Después del pitazo final, mientras caía el sol, el público siguió sentado en las gradas del recién inaugurado estadio de Maracaná. Un pueblo tallado en piedra, inmenso monumento a la derrota: la mayor multitud jamás reunida en la historia del fútbol no podía hablar, ni podía moverse. Allí se quedaron los dolientes, hasta bien entrada la noche.

Y allí estaba Isaías Ambrosio. Le habían regalado una entrada, por haber sido uno de los albañiles que habían construido aquel estadio.

Medio siglo después, Isaías seguía estando allí.

Sentado en el mismo lugar, ante las gradas vacías del gigante de cemento, repetía su inútil ceremonia. Cada atardecer, a la hora fatal, Isaías transmitía la jugada que había sellado la derrota, pegada la boca a un micrófono invisible, para la audiencia de una radio imaginaria. La transmitía paso a paso, sin olvidar ningún doloroso detalle, y con voz de locutor profesional gritaba el gol, o más bien lo lloraba, y volvía a llorarlo, como en la tarde anterior y en la tarde siguiente y en todas las tardes.

Yo confieso

Voy a revelar mi secreto.

No quiero, no puedo, llevármelo a la tumba.

Yo sé por qué Uruguay fue campeón mundial en 1950.

Aquella hazaña ocurrió por la valentía de Obdulio, la astucia de Schiaffino, la velocidad de Ghiggia. Sí. Y por algo más.

Yo tenía nueve años y era muy religioso, devoto del fútbol y de Dios, en ese orden.

Aquella tarde me comí las uñas, y las manos también, escuchando, por radio, el relato de Carlos Solé desde el estadio de Maracaná.

Gol de Brasil.

Ay.

Caí de rodillas, y llorando rogué a Dios, ay Dios, ay Diosito, haceme el favor, yo te lo ruego, no me podés negar este milagro.

Y le hice mi promesa.

Dios cumplió, Uruguay ganó, pero yo nunca conseguí recordar lo que había prometido.

Menos mal.

Quizás me salvé de andar musitando padrenuestros día y noche, durante años de años, sonámbulo perdido en las calles de Montevideo.

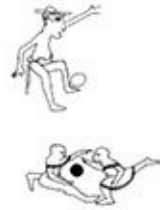
Maracaná

Los moribundos demoraron su muerte y los bebés apresuraron su nacimiento.

Río de Janeiro, 16 de julio de 1950, estadio de Maracaná.

La noche anterior, nadie podía dormir.

La mañana siguiente, nadie quería despertar.



Una ceremonia de exorcismo

15 de julio

En esta noche de 1950, víspera de la final del campeonato mundial de fútbol, Moacir Barbosa durmió arrullado por los ángeles.

Él era el hombre más querido de todo Brasil.

Pero al día siguiente, el mejor arquero del mundo pasó a ser un traidor a la patria: Barbosa no había sido capaz de atajar el gol uruguayo que arrebató a Brasil el trofeo mundial.

Trece años después, cuando el estadio de Maracanã renovó sus arcos, Barbosa se llevó los tres palos donde aquel gol lo había humillado. Y partió los palos a golpes de hacha, y los quemó hasta hacerlos ceniza.

El exorcismo no lo salvó de la maldición.

Mi querido enemigo

16 de julio

Blanca era la camiseta de Brasil. Y nunca más fue blanca, desde que el Mundial de 1950 demostró que ese color daba desgracia.

Doscientas mil estatuas de piedra en el estadio de Maracanã: el partido final había concluido, Uruguay era campeón del mundo, y el público no se movía.

En la cancha deambulaban, todavía, algunos jugadores.

Los dos mejores, Obdulio y Zizinho, se cruzaron.

Se cruzaron, se miraron.

Eran muy diferentes. Obdulio, el vencedor, era de hierro. Zizinho, el vencido, estaba hecho de música. Pero también eran muy parecidos: los dos habían jugado lastimados casi todo el campeonato, uno con el tobillo inflamado, el otro con la rodilla hinchada, y a ninguno se le había escuchado una queja.

Al fin del partido, no sabían si darse un puñetazo o un abrazo.

Años después, le pregunté a Obdulio:

—¿Te ves con Zizinho?

—Sí. De vez en cuando. Cerramos los ojos y nos vemos.

Obdulio

1950. Río de Janeiro

Viene brava la mano, pero Obdulio saca pecho y pisa fuerte y mete pierna. El capitán del equipo uruguayo, negro mandón y bien plantado, no se achica. Obdulio más crece mientras más ruge la inmensa multitud, enemiga, desde las tribunas.

Sorpresa y duelo en el estadio de Maracaná: Brasil, goleador, demoledor, favorito de punta a punta, pierde el último partido en el último momento. El Uruguay, jugando a muerte, gana el campeonato mundial de fútbol.

Al anoecer, Obdulio Varela huye del hotel, asediado por periodistas, hinchas y curiosos. Obdulio prefiere celebrar en soledad. Se va a beber por ahí, en cualquier cafetín; pero por todas partes encuentra brasileños llorando.

—Todo fue por Obedulio —dicen, bañados en lágrimas, los que hace unas horas vociferaban en el estadio—. Obedulio nos ganó el partido.

Y Obdulio siente estupor por haberles tenido bronca, ahora que los ve de a uno. La victoria empieza a pesarle en el lomo. Él arruinó la fiesta de esta buena gente, y le vienen ganas de pedirles perdón por haber cometido la tremenda maldad de ganar. De modo que sigue caminando por las calles de Río de Janeiro, de bar en bar. Y así amanece, bebiendo, abrazado a los vencidos.



El atleta ejemplar

Fueron dos los campeonatos mundiales de fútbol que se disputaron en Asia, en el año 2002. En uno jugaron los deportistas de carne y hueso. En el otro, al mismo tiempo, jugaron los robots.

Los torneos mundiales de robots ocurren, cada año, en un lugar diferente. Sus organizadores tienen la esperanza de competir, de aquí a algún tiempo, contra las selecciones de carne y hueso. Al fin y al cabo, dicen, ya una computadora ha derrotado al campeón Gary Kasparov en un tablero de ajedrez, y no les cuesta tanto imaginar que los atletas mecánicos lleguen a lograr una hazaña semejante en una cancha de fútbol.

Los robots, programados por ingenieros, son sólidos en la defensa y veloces en el ataque. Jamás se cansan ni protestan, ni se entretienen con la pelota: cumplen sin chistar las órdenes del director técnico y ni por un instante cometen la locura de creer que los jugadores juegan. Y nunca se ríen.



Coronación

No fueron dos. Fueron tres: en el 2002 hubo también un tercer campeonato mundial.

Consistió en un solo partido, que se disputó en los picos del Himalaya el mismo día en que Brasil se consagró campeón en Tokio.

Nadie se enteró.

Midieron sus fuerzas las dos peores selecciones del planeta, la última y la penúltima en el *ranking* mundial: el reino de Bután y la isla caribeña de Montserrat.

El trofeo era una gran copa plateada, que esperaba a la orilla de la cancha.

Los jugadores, ningún famoso, todos anónimos, lo pasaron en grande, sin más obligación que divertirse mucho. Y cuando los dos equipos terminaron el partido, la copa, que estaba pegada por la mitad, se abrió en dos y fue por los dos compartida.

Bután había ganado y Montserrat había perdido, pero ese detalle no tenía la menor importancia.

Agradezco el milagro

A la orilla del altar, en las iglesias de México, se acumulan los exvotos. Son imágenes y letras, pintadas sobre latitas, que dan *gracias a la Virgen de Guadalupe, porque las tropas de Pancho Villa violaron a mi hermana y a mí no;*

gracias al Santo Niño de Atocha, porque tengo tres hermanas y yo soy la más fea y me casé primero;

gracias a la Virgencita de los Dolores, porque antenoche mi mujer se juyó con mi compadre Anselmo y con eso él va a pagar todas las que me ha hecho;

gracias al Dibino Rostro de Acapulco, porque maté a mi marido i no me isieron nada.

Así era. Y sigue siendo. Pero también se ven novedades, como los exvotos que dan *gracias a Nuestro Señor Jesucristo porque crucé el río y me vine a los Estéis y no me augué ni me murieron.*

Alfredo Vilchis, llamado Leonardo da Vilchis, pinta exvotos por encargo en el mercado de la Lagunilla. Sus Jesucristos tienen, todos, la cara de él. Y con frecuencia también pinta, para acompañar las palabras de gratitud, arcángeles vestidos de futbolistas. Son muchos los clientes que se han encomendado al Cielo en vísperas de los partidos decisivos, y el divino poder ha otorgado la gracia de los goles al club de sus amores o a la selección mexicana.

El Más Allá

Al fin del verano del 96, José Luis Chilavert hizo un gol histórico en Buenos Aires. El arquero paraguayo, que atajaba goles y también los hacía, tiró desde muy lejos, casi desde el centro de la cancha: la pelota voló al cielo, atravesó las nubes y de pronto cayó verticalmente sobre el arco contrario y entró.

Los periodistas quisieron conocer el secreto de su disparo: ¿Cómo hizo la pelota ese viaje increíble? ¿Por qué cayó en línea recta desde la altura?

—Porque chocó con un ángel —explicó Chilavert.

Pero a nadie se le ocurrió ver si la pelota estaba manchada de sangre. Nadie se fijó. Y así nos perdimos la oportunidad de saber si los ángeles se nos parecen, aunque sea en eso.



El encapuchado

Seis años después, a contramiedo, la izquierda ganó las elecciones en Chile.

—No podemos permitir... —advirtió Henry Kissinger.

Al cabo de mil días, un cuartelazo bombardeó el palacio de gobierno, empujó a la muerte a Salvador Allende, fusiló a muchos más y salvó a la democracia asesinándola.

En la ciudad de Santiago, el estadio de fútbol fue convertido en cárcel.

Miles de presos, sentados en las tribunas, esperaban que se decidiera su destino.

Un encapuchado recorría las gradas. Nadie le veía la cara; él veía las caras de todos. Esa mirada disparaba balas: el encapuchado, un socialista arrepentido, caminaba, se detenía y señalaba con el dedo. Los hombres por él marcados, que habían sido sus compañeros, marchaban a la tortura o iban al muere.

Los soldados lo llevaban atado, con una soga al cuello.

—Ese encapuchado parece perro —decían los presos.

—Pero no es —decían los perros.

El arquero

Al mediodía, frente a los muelles de Hamburgo, dos hombres bebían y charlaban en una cervecería. Uno era Philip Agee, que había sido jefe de la CIA en el Uruguay. El otro era yo.

El sol, no muy frecuente en aquellas latitudes, bañaba de luz la mesa.

Entre cerveza y cerveza, pregunté por el incendio. Algunos años antes, el diario donde yo trabajaba, *Época*, había ardido en llamas. Yo quería saber si aquella había sido una gentileza de la CIA.

No, me dijo Agee. El incendio había sido un regalo de la Divina Providencia. Y me contó:

—Recibimos una tinta estupenda para achicharrar rotativas, pero no pudimos utilizarla.

La CIA no había conseguido meter a ningún agente en el taller del diario, ni había podido reclutar a ninguno de nuestros obreros gráficos. Nuestro jefe de taller no dejaba pasar una. Era un gran arquero, reconoció Agee. *A great goalkeeper.*

Sí, le dije. Era.

Gerardo Gatti, con esa cara de bondad crónica y sin remedio, era un gran arquero. Y también sabía jugar al ataque.

Cuando nos encontramos en Hamburgo, Agee había roto con la CIA, una dictadura militar gobernaba el Uruguay y Gerardo había sido secuestrado, torturado, asesinado y desaparecido.



Verano del 42

Hace años, en Kiev, me contaron por qué los jugadores del Dínamo habían merecido una estatua.

Me contaron una historia de los años de la guerra.

Ucrania ocupada por los nazis. Los alemanes organizan un partido de fútbol. La selección nacional de sus fuerzas armadas contra el Dínamo de Kiev, formado por obreros de la fábrica de paños: los superhombres contra los muertos de hambre.

El estadio está repleto. Las tribunas se encogen, silenciosas, cuando el ejército vencedor mete el primer gol de la tarde; se encienden cuando el Dínamo empata; estallan cuando el primer tiempo termina con los alemanes perdiendo 2 a 1.

El comandante de las tropas de ocupación envía a su asistente a los vestuarios. Los jugadores del Dínamo escuchan la advertencia:

—Nuestro equipo nunca fue vencido en territorios ocupados.

Y la amenaza:

—Si ganan, los fusilamos.

Los jugadores vuelven al campo.

A los pocos minutos, tercer gol del Dínamo. El público sigue el juego de pie y en un solo largo grito. Cuarto gol: el estadio se viene abajo.

Súbitamente, antes de hora, el juez da por terminado el partido.

Los fusilaron con los equipos puestos, en lo alto de un barranco.



Días y noches de amor y de guerra/1

Recuerdo el día en que empezó la violencia.

Mi hermano Guillermo estaba jugando con el Gallego Paz en la vereda de nuestra casa de la calle Osorio.

Era un mediodía de verano.

Sentado en el pretil, yo los miraba patear la pelota de trapo.

El Gallego, mayor que nosotros, tenía fama de guapo y era el jefe de la banda. En los barrios vecinos, le abrían paso cuando llegaba.

Hubo un gol dudoso, o algo así, y se agarraron a las piñas. Mi hermano quedó en el suelo y el Gallego, que le había apresado los brazos con las rodillas, le pegaba desde arriba.

Yo lo miraba pegarle, y no me movía ni decía nada.

Súbitamente algo como un gatillo se disparó dentro de mí y me nubló la mirada y me lanzó y embestí.

No supe bien lo que ocurrió después. Me contaron que fue una lluvia de trompadas y patadas y cabezazos y que me prendí al cuello del Gallego como un perro rabioso y que no había manera de arrancarme.

Recuerdo que yo estaba atónito, después, escuchando todo eso como cosa de otro, mientras temblaba y me lamía la sangre de los nudillos.

Días y noches de amor y de guerra/2

[En 1975, con los compañeros de la redacción de *Crisis*] íbamos a jugar al fútbol a Palermo, todos los miércoles de mañana. Atrás, Vicente [Zito Lema] era el dueño del área. Adelante, arremetía con todo. Me gustaba servirle los *corners* para que la metiera de cabeza. “¡Bien, Eduardo!”, me gritaba siempre, hasta cuando yo, chambón de nacimiento, erraba los goles hechos.

A veces salíamos juntos de los vestuarios. Él me contaba cosas del abuelo, zapatero, anarquista, bueno para el cuchillo y la baraja, que a los setenta años corría muchachas por las calles.



Días y noches de amor y de guerra/3

En el diario *Época*, en Montevideo, también era así. Uno entraba en aquella redacción de chiquilines y se sentía abrazado, aunque allí no hubiera nadie.

Han pasado diez años o un instante. ¿De cuántos siglos está hecho este momento que ahora vivo? ¿De cuántos aires el aire que respiro? Años idos, aires idos: años y aires guardados en mí y desde mí multiplicados cuando me siento y me pongo la capa de mago o la gorra de capitán o la nariz de payaso y aprieto la lapicera y escribo. Escribo, o sea: adivino, navego, convoco. ¿Vienen?

Escenario zaparrastroso, navío, circo armado a la que te criaste. En el diario trabajábamos por la fe, que sobraba, y nadie cobraba nada. Dos por tres venía una muchacha a ponernos inyecciones de hígado y vitaminas. Teníamos pocos años y muchas ganas de hacer y de decir: éramos alegres y porfiados, contagiosos.

Cada tanto nos clausuraba el superior gobierno y amanecíamos en la policía. Recibíamos la noticia con más alivio que indignación. Cada día sin salir era un día de tiempo para juntar dinero y salir al siguiente. Nos íbamos a la Jefatura de Policía, con Andrés Cultelli y Manrique Salbarrey, y al llegar a la puerta nos despedíamos por las dudas.

¿Saldremos hoy? Nunca se sabía. Llegaba la medianoche y las agencias se habían llevado las teletipos, por falta de pago; nos habían cortado el teléfono; se caía y se rompía la única radio. Las máquinas de escribir no tenían cinta y a las dos de la mañana salíamos a buscar bobinas de papel. Era cosa de asomarse al balcón y esperar un drama pasional ahí en la esquina, pero tampoco nos quedaban películas para las fotos. Hasta un incendio hubo, que nos arruinó las máquinas del taller. Y sin embargo, no sé cómo, cada mañana *Época* estaba en la calle. ¿Prueba de la existencia de Dios o magias de la solidaridad?

Nos faltaba edad para arrepentirnos de la alegría. A las tres de la mañana, cuando terminaba la tarea, abríamos cancha entre los escritorios de la redacción y jugábamos al fútbol con una pelota de papel. A veces el que hacía de juez se vendía por un plato de lentejas o un cigarrito negro y entonces volaban las piñas hasta que del taller subían el primer ejemplar del diario, oloroso de tinta, manchado de dedos, recién nacido de la boca de la rotativa. Eso era un parto. Después nos íbamos abrazados a la rambla, a esperar el sol. Eso era un rito.

¿Quién podría olvidar a esos lindos tipos? ¿No reconozco aquel pulso, aquel sonido, en mi gente de ahora? ¿Sirve para algo, mi memoria? Hemos querido romper la máquina de mentir... La memoria. Mi veneno, mi comida.

La garra charrúa

En el año 1832, los pocos indios charrúas que habían sobrevivido a la derrota de Artigas fueron invitados a firmar la paz, y el presidente del Uruguay, Fructuoso Rivera, les prometió que iban a recibir tierras.

Cuando los charrúas estuvieron bien comidos y bebidos y dormidos, los soldados procedieron. Los indios fueron despenados a cuchillo, para no gastar en balas, y para no perder tiempo en entierros fueron arrojados al arroyo Salsipuedes.

Fue una trampa. La historia oficial la llamó *batalla*. Y cada vez que los uruguayos ganamos un trofeo de fútbol celebramos el triunfo de *la garra charrúa*.



La primera jueza

Se llama Léa Campos, es brasileña, fue reina de belleza en Minas Gerais y sigue siendo la primera mujer que ha ejercido el arbitraje en diversos campos de fútbol de Europa y de las Américas.

Obtuvo el título tras cuatro años de cursos y exámenes, con diploma y todo, pero más fuerte que sus silbatos suenan todavía los silbidos del público de machos indignados contra la intrusa.

El árbitro había sido siempre árbitro, y nunca árbitra. El monopolio masculino se rompió cuando Léa conquistó el mando supremo en las canchas, ante veintidós hombres obligados a obedecer sus órdenes y someterse a sus castigos.

Algunos dirigentes del fútbol brasileño fueron los primeros en denunciar el sacrilegio. Hubo quienes amenazaron con su renuncia, y otros invocaron dudosas fuentes científicas que demostraban que la estructura ósea de la mujer, inferior a la del hombre, le impide cumplir con tan extenuante tarea.

Atletos y atletas

12 de agosto

En 1928, culminaron las olimpiadas de Ámsterdam.

Tarzán, alias Johnny Weissmuller, fue campeón de natación, y Uruguay, campeón de fútbol. Y por primera vez la llama olímpica, encendida en una torre, acompañó las jornadas del principio al fin.

Pero estos juegos resultaron memorables por otra novedad: por primera vez, participaron mujeres.

Nunca, en toda la historia de las olimpiadas, desde Grecia en adelante, se había visto nada igual.

En las olimpiadas griegas, las mujeres tenían prohibido competir, y ni siquiera podían asistir a los espectáculos.

Y el fundador de las olimpiadas modernas, el Barón de Coubertin, se opuso a la presencia femenina mientras duró su reinado:

—Para ellas, la gracia, el hogar y los hijos. Para ellos, la competición deportiva.

Campeonas

20 de septiembre

En el año 2003, se disputó el cuarto campeonato mundial de fútbol femenino.

Al fin del torneo, las jugadoras alemanas fueron campeonas; y en el año 2007 nuevamente alzaron el trofeo mundial.

Ellas no habían recorrido un camino de rosas.

Desde 1955, y hasta 1970, el fútbol había sido prohibido a las mujeres alemanas.

La Asociación Alemana de Fútbol había explicado por qué:

En la lucha por la pelota, desaparece la elegancia femenina, y el cuerpo y el alma sufren daños. La exhibición del cuerpo ofende al pudor.

La guerra contra las guerras

Mientras nacía el siglo veintiuno, murió Bertie Felstead, a los ciento seis años de su edad.

Había atravesado tres siglos, y era el único sobreviviente de un insólito partido de fútbol, que se jugó en la Navidad de 1915. Jugaron ese partido los soldados británicos y los soldados alemanes, en una cancha improvisada entre las trincheras. Una pelota apareció, venida no se sabe de dónde, y se echó a rodar, no se sabe cómo, y entonces el campo de batalla se convirtió en campo de juego. Los enemigos arrojaron al aire sus armas y corrieron a disputar la pelota.

Los soldados jugaron mientras pudieron, hasta que los furiosos oficiales les recordaron que estaban allí para matar y morir.

Pasada la tregua futbolera, volvió la carnicería; pero la pelota había abierto un fugaz espacio de encuentro entre esos hombres obligados a odiarse.



Revolución en el fútbol

Impulsados por un extraordinario jugador llamado Sócrates, que era el más respetado y el más querido, hace ya unos cuantos años, todavía en tiempos de la dictadura militar, los jugadores brasileños conquistaron la dirección del club Corinthians, uno de los clubes más poderosos del país.

Insólito, jamás visto: los jugadores decidían todo, entre todos, por mayoría. Democráticamente, discutían y votaban los métodos de trabajo, los sistemas de juego que mejor se adaptaban a cada partido, la distribución del dinero recaudado y todo lo demás. En sus camisetas, se leía: *Democracia Corintiana*.

Al cabo de dos años, los dirigentes desplazados recuperaron la manija y mandaron a parar. Pero mientras duró la democracia, el Corinthians, gobernado por sus jugadores, ofreció el fútbol más audaz y vistoso de todo el país, atrajo las mayores multitudes a los estadios y ganó dos veces seguidas el campeonato de San Pablo.

Sírvame otra Copa, por favor

La primera Copa Mundial de Fútbol se disputó en Uruguay, en 1930.

El trofeo, una copa modelada en oro puro sobre piedras preciosas, fue guardado por el dirigente del fútbol italiano Ottorino Barassi en una caja de zapatos bajo su cama, hasta que lo entregó a las autoridades de la FIFA.

En 1966, cuando culminó la Copa Mundial de Fútbol disputada en Inglaterra, el trofeo fue robado de una vitrina de Londres. Los mejores agentes de Scotland Yard no encontraban ninguna pista, hasta que un perro llamado Pickles encontró la Copa, envuelta en diarios, en un jardín suburbano de Londres. Pickles fue declarado héroe nacional.

El siguiente robo ocurrió en 1983. La Copa, convertida en lingotes de oro, desapareció en el mercado negro de Río de Janeiro.

Desde entonces, el ganador de cada campeonato mundial recibe una copia del trofeo, pero el original se mira y no se toca en un cofre de la FIFA en Zúrich.

El ídolo descalzo

Gracias a Sailen Manna, el fútbol de la India ganó la medalla de oro en los juegos asiáticos de 1951.

Toda su vida jugó para el club Mohun Bagan sin cobrar salario, y nunca se dejó tentar por los contratos que los clubes extranjeros le ofrecían.

Jugaba descalzo, y en el campo enemigo sus pies desnudos eran conejos imposibles de atrapar.

Él siempre había llevado, en un bolsillo, a la diosa Kali, esa que sabe pelear de igual a igual contra la muerte.

Sailen tenía casi noventa años cuando murió.

La diosa Kali lo acompañó en el último viaje.

Descalza, como él.



La pelota como instrumento

En las Copas del Mundo de 1934 y 1938, los jugadores de Italia y de Alemania saludaban al público con la palma de la mano extendida a lo alto. *Vencer o morir*, mandaba Mussolini. *Ganar un partido internacional es más importante, para la gente, que capturar una ciudad*, decía Goebbels.

En el Mundial del 70, la dictadura militar de Brasil hizo suya la gloria de la selección de Pelé: *Ya nadie para a este país*, proclamaba la publicidad oficial.

En el Mundial del 78, los militares argentinos celebraron su triunfo, del brazo del infaltable Henry Kissinger, mientras los aviones arrojaban a los prisioneros vivos al fondo de la mar.

En el 80, en el Uruguay, la selección local ganó el llamado “Mundialito”, un torneo entre campeones mundiales. La publicidad de la dictadura vendió la victoria como si hubieran jugado los generales. Pero fue entonces cuando la multitud se atrevió a gritar, por primera vez, después de siete años de silencio obligatorio. Se rompió el silencio, rugieron las tribunas:

Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar...

Papá va al estadio

En Sevilla, durante un partido de fútbol, Sixto Martínez me comenta:

—Aquí hay un fanático que siempre trae al padre.

—Y sí —digo—. Padre futbolero, hijo futbolero.

Sixto se saca los lentes, me clava la mirada:

—Éste que te digo viene con el padre muerto.

Y deja caer los párpados:

—Fue su última voluntad.

Domingo tras domingo, el hijo trae las cenizas del autor de sus días y las sienta a su lado en las gradas. El difunto se lo había pedido:

—Llévame a ver al Betis de mi alma.

Al principio, el padre acudía al estadio en envase de vidrio.

Una tarde, los porteros impidieron la entrada de la botella, prohibida por la violencia en los estadios.

Desde entonces, el padre viene en envase de cartón plastificado.

Los cuentos cuentan/2

Escribí *El fútbol a sol y sombra* para la conversión de los paganos. Quise ayudar a que los fanáticos de la lectura perdieran el miedo al fútbol, y que los fanáticos del fútbol perdieran el miedo a los libros. Pero jamás imaginé nada más.

Sin embargo, según Víctor Quintana, que fue diputado federal en México, ese libro le salvó la vida. A mediados de 1997, él fue secuestrado por unos asesinos profesionales, contratados para castigar sus denuncias de negocios sucios.

Ya lo tenían atado en el suelo, boca abajo, y lo estaban matando a patadas cuando en la última tregua, antes del tiro final, los asesinos se trenzaron en una discusión sobre fútbol. Entonces Víctor, más muerto que vivo, metió su cuchara en ese debate. Y se puso a contar historias de ese libro, canjeando minutos de vida por cada cuento salido de esas páginas, como Sherezade había canjeado un cuento por cada una de sus mil y una noches de vida.

Y las horas y las historias fueron pasando.

Y por fin los asesinos lo abandonaron, atado y aporreado, pero vivo.

Le dijeron:

—Nos caíste bien —y se marcharon con sus balas a otra parte.

Los cuentos cuentan/3

James Cantero, uruguayo como yo soy, jugador de fútbol como yo hubiera querido ser, me escribió una carta, en el año 2009.

Yo no lo conocía.

Él me dijo que tenía algo para darme.

Y me lo dio.

Una vieja edición de *Las venas*.

Un capitán del ejército de El Salvador se lo había dado, hacía ya unos cuantos años.

El libro había viajado medio mundo, acompañando a James y sus andanzas futboleras.

—Él te buscó. Te estaba esperando —me dijo, cuando me lo entregó.

El libro estaba atravesado por un balazo, herido de muerte: un agujero en la tapa, otro en la contratapa.

El capitán había encontrado el libro en la mochila de un guerrillero muerto entre los muchos caídos en la batalla de Chalatenango, a fines de 1984.

Nada más había en la mochila.

El capitán nunca supo por qué lo recogió, ni por qué lo guardó. Y James tampoco pudo explicar, ni explicarse, por qué lo llevó con él durante un cuarto de siglo, de país en país.

El hecho es que a la larga, después de mucho andar, el libro llegó a mis manos.

Y en mis manos está.

Es lo único que queda de aquel muchacho sin nombre.

Este libro fusilado es su cuerpo.



Show business

Silencio. Los sacerdotes consultan a los dioses. Destripan un toro blanco, leen las entrañas. Y de golpe la música estalla, el estadio aúlla: sí, los dioses dicen sí, ellos también están locos de ganas de que la fiesta empiece de una buena vez.

Los gladiadores, los que van a morir, alzan sus armas hacia el palco del emperador. Son esclavos, o delincuentes condenados a muerte; pero algunos provienen de las escuelas donde se entrenan, largamente, para una breve vida profesional que durará hasta el día en que el emperador señale el suelo con el dedo pulgar.

Los rostros de los gladiadores más populares, pintados en camafeos, placas y cacharros, se venden como pan caliente en las gradas, mientras la multitud enloquece multiplicando apuestas y gritando insultos y ovaciones.

La función puede durar varios días. Los empresarios privados cobran las entradas, y a precios altos; pero a veces los políticos ofrecen, gratis, las matanzas. Entonces las gradas se cubren de pañuelos y pancartas que exhortan a votar por el candidato amigo del pueblo, el único que cumple lo que promete.

Circo de arena, sopa de sangre. Un cristiano llamado Telémaco mereció la santidad porque se arrojó a la arena y se interpuso entre dos gladiadores que estaban en pleno combate a muerte. El público lo hizo puré, acribillándolo a pedradas, por interrumpir el espectáculo.



El juego de pelota

Hernán Cortés lanzó la pelota al suelo. Y así el emperador Carlos y sus numerosos cortesanos asistieron a un prodigio jamás visto: la pelota rebotó y voló por los aires.

Europa no conocía esa pelota mágica, pero en México y en Centroamérica se usaba el caucho, desde siempre, y el juego de pelota tenía más de tres mil años de edad.

En el juego, ceremonia sagrada, combatían los trece cielos de arriba contra los nueve mundos de abajo, y la pelota, brincona, volandera, iba y venía entre la luz y la oscuridad.

La muerte era la recompensa del triunfador. El que vencía, moría. Él se ofrecía a los dioses, para que no se apagara el sol en el cielo y siguiera lloviendo la lluvia sobre la tierra.



Fundación del samba

Como el tango, el samba no era decente: *música barata, cosa de negros*.

En 1917, el mismo año en que Gardel abrió la puerta grande para que el tango entrara, ocurrió la primera explosión del samba en el carnaval de Río de Janeiro. Esa noche, que duró años, cantaron los mudos y danzaron los faroles de las esquinas.

No mucho después, el samba viajó a París. Y París enloqueció. Era irresistible esa música donde se encontraban todas las músicas de una nación prodigiosamente musical.

Pero al gobierno brasileño, que por entonces no aceptaba negros en la selección nacional de fútbol, esa bendición europea no le cayó nada bien. Eran músicos negros los más famosos, y se corría el peligro de que Europa creyera que Brasil estaba en África.

El más músico de esos músicos, Pixinguinha, maestro de la flauta y el saxo, había creado un estilo inconfundible. Los franceses nunca habían escuchado nada igual. Más que tocar, jugaba. Y jugando invitaba a jugar.

Rendición de París

Cuando era un chiquilín descalzo, que pateaba pelotas de trapo en calles sin nombre, se frotaba las rodillas y los tobillos con grasa de lagartija. Eso decía, y de ahí le venía la magia de sus piernas.

José Leandro Andrade era de poco hablar. No festejaba sus goles ni sus amores. Con el mismo andar altivo, y aire ausente, llevaba la pelota atada al pie, bailando rivales, y a la mujer atada al cuerpo, bailando tango.

En las Olimpiadas de 1924, deslumbró a París. El público deliró, la prensa lo llamó La Maravilla Negra. De la fama brotaban las damas. Le llovían cartas, que él no podía leer, escritas en papel perfumado por señoras que mostraban las rodillas y echaban humo en aros desde sus largas boquillas doradas.

Cuando regresó al Uruguay, trajo kimono de seda, guantes de color patito y un reloj que le adornaba la muñeca.

Poco duró todo.

En aquellos tiempos, el fútbol se jugaba a cambio del vino y la comida y la alegría.

Vendió diarios en las calles.

Vendió sus medallas.

Había sido la primera estrella negra del fútbol internacional.

Última voluntad

La Coruña, verano de 1936: Bebel García muere fusilado.

Bebel es zurdo para jugar y para pensar.

En el estadio, se pone la camiseta del Depor. A la salida del estadio, se pone la camiseta de la Juventud Socialista.

Once días después del cuartelazo de Franco, cuando acaba de cumplir veintidós años, enfrenta el pelotón de fusilamiento:

—Un momento —manda.

Y los soldados, gallegos como él, futboleros como él, obedecen.

Entonces Bebel se desabrocha la bragueta, lentamente, botón tras botón, y de cara al pelotón echa una larga meada.

Después, se abrocha la bragueta:

—Ahora sí.

Insolencia

En las Olimpiadas de 1936, el país natal de Hitler fue derrotado por la selección peruana de fútbol.

El árbitro, que anuló tres goles peruanos, hizo todo lo que pudo, y más, para evitar ese disgusto al Führer, pero Austria perdió 4 a 2. Al día siguiente, las autoridades olímpicas y futboleras pusieron las cosas en su sitio.

El partido fue anulado. No porque la derrota aria resultara inadmisibile ante una línea de ataque que por algo se llamaba el Rodillo Negro, sino porque, según las autoridades, el público había invadido la cancha antes del fin del partido.

Perú abandonó las Olimpiadas y el país de Hitler conquistó el segundo puesto en el torneo.

Italia, la Italia de Mussolini, ganó el primer puesto.



Pelé/1

Dos clubes británicos disputaban el último partido del campeonato. No faltaba mucho para el pitazo final, y seguían empatados, cuando un jugador chocó con otro y cayó despatarrado al piso.

Una camilla lo retiró de la cancha y en un santiamén todo el equipo médico puso manos a la obra, pero el desmayado no reaccionaba.

Pasaban los minutos, los siglos, y el entrenador se estaba tragando el reloj con agujas y todo. Ya había hecho los cambios reglamentarios. Sus muchachos, diez contra once, se defendían como podían, pero no era mucho lo que podían.

La derrota se veía venir, cuando de pronto el médico corrió hacia el entrenador y le anunció, eufórico:

—¡Lo logramos! ¡Está despertando!

Y en voz baja, agregó:

—Pero no sabe quién es.

El entrenador se acercó al jugador, que balbuceaba incoherencias mientras intentaba levantarse, y al oído le informó:

—Tú eres Pelé.

Ganaron cinco a cero.

Hace años escuché, en Londres, esta mentira que decía la verdad.

Pelé/2

1958. Estocolmo

Resplandece el fútbol brasileño, que baila y hace bailar. En el Campeonato Mundial de Suecia, se consagran Pelé y Garrincha, para desmentir a quienes dicen que los negros no sirven para jugar en clima frío.

Pelé, flaquito, casi niño, hincha el pecho, para impresionar, y alza el mentón. Él juega al fútbol como jugaría Dios, si Dios decidiera dedicarse seriamente al asunto. Pelé cita a la pelota donde sea y cuando sea y como sea, y ella nunca le falla. A los altos aires la envía: ella describe una amplia curva y vuelve al pie, obediente, agradecida, o quizás atada por un elástico invisible. Pelé la levanta, encoge el pecho, la deja rodar suavemente por el cuerpo: sin que toque el suelo la va cambiando de pierna mientras se lanza, corre que te corre, camino del gol. No hay quien pueda atraparlo, a lazo ni a balazo, hasta que deja la pelota clavada, blanca, fulgurante, en el fondo de la red.

Dentro y fuera de la cancha, se cuida. Jamás pierde un minuto de su tiempo, ni se le cae nunca una moneda del bolsillo. Hasta hace poco, lustraba zapatos en los muelles del puerto. Pelé ha nacido para subir; y lo sabe.

Garrincha

1958. Estocolmo

Amaga Garrincha tumbando rivales. Media vuelta, vuelta completa. Hace como que va, pero viene. Hace como que viene, pero va. Los rivales caen despatarrados al suelo, uno tras otro, culo en tierra, piernas al aire, como si Garrincha desparramara cáscaras de banana. Cuando ha eludido a todos, incluyendo al arquero, se sienta sobre la pelota, en línea de gol. Entonces, retrocede y vuelve a empezar. Los hinchas se divierten con sus diabluras, pero los dirigentes se arrancan los pelos: Garrincha juega por reír, no por ganar, alegre pájaro de patas chuecas, y se olvida del resultado. Él todavía cree que el fútbol es una fiesta, no un empleo ni un negocio. Le gusta jugar a cambio de nada o por unas cervezas, en playas y campitos.

Tiene muchos hijos, propios y arrimados. Bebe y come como si fuera la última vez. Manoabierto, todo lo da, todo lo pierde. Garrincha ha nacido para derrumbarse; y no lo sabe.

Pelé y los suburbios de Pelé

[Montevideo, 1963]

Lunes, 21 horas

En los salones del Columbia, un diplomático amigo sostiene a viva voz que esta entrevista bien vale la pena. Sin inmutarse, don José Ozores, Pepe el Gordo, gerente, administrador, ángel custodio, padre, hermano y agencia de propaganda y relaciones públicas de Pelé, dice: “Ya, ya, ya. Las embajadas. Él es más Embajador que todos los embajadores juntos. Se habla de Él en lugares donde ni siquiera se sabe dónde queda Brasil. ¿Y Brasil qué le da, a Él? Impuestos. Eso le da”. Así que usted es el apoderado, digo. Me explica: “Vive conmigo, come conmigo, lo cuido, le hago los negocios. Como si fuera mi hijo”. Abandona el portugués a cambio del español, para que no quede lugar a dudas: “Sí, *Life* también quiso hacer un reportaje en ese estilo, y de muchas páginas. Les cobré unos cuantos dólares. Si admiten que salga un ‘preto’ en la tapa, a pesar de la discriminación racial, ha de ser porque eso les da mucho dinero. Entonces, Él tiene derecho a participar en esa ganancia. En cualquier país, una revista con la cara de Él se vende a toneladas. En las encuestas de popularidad, siempre ocupa el primer lugar, en cualquier parte. Después vienen Jacqueline Kennedy, Jruschov, De Gaulle y todos esos otros”. Le enumero 137 diferencias entre *Life* y *Marcha*. “Ya, ya, ya; comprendo. Pero Él está arriba, descansando. No quiere saber de nada. Siempre tantos periodistas y fotógrafos; dese usted cuenta, Él está cansado, preso de su nombre. Acorralado por la gloria. Edson Arantes quisiera ser un hombre como todos, pero no lo dejan. Está condenado a ser Pelé, y por eso se va a retirar del fútbol”. El diplomático calla y sonríe. Sabe que Pelé no se retirará del fútbol. Será Pelé hasta que ya no dé más, hasta que los años o la hostilidad de los rivales lo derriben. Pelé: la pantera negra que ochenta millones de brasileños idolatran y que electriza a las tribunas en todo el mundo. Un muchachito en la cumbre de una montaña de gloria y dinero. Vuelvo la cabeza y lo veo, entornando los ojos ante un cuadro de Vicente Martín, que seguramente ha duplicado su valor desde que Él puso allí la mirada. Me acerco, y conmigo una nube de periodistas. Estallan los fogonazos de las cámaras. Desisto. Camnitzer intenta un dibujo de La Maravilla Negra, pero no hay caso. Ya en la puerta, oigo las protestas de los colegas enojados: “¡Es más fácil hacerle un reportaje a Goulart que a este señor! Con Goulart, estuve media hora conversando tranquilamente en la embajada. ¿O no es cierto?”. Y el diplomático amigo intenta suavizar los ánimos: “*Mas Jango é Jango. E Pelé é o mais grande líder de América...*”.

Martes, 9 horas

Desayuno con Pepe el Gordo. “Cuánto comen los uruguayos”, dice. “Nosotros los brasileños...”. ¿Brasileños? “Yo nací en una aldea de Pontevedra, la verdad sea dicha. Pero hace ya diez años que estoy en Santos”. Me cuenta que, desde hace cuatro, acompaña al Rey. “Desde los quince años, Él juega al fútbol: cancha y pelota, cancha y pelota. Ahora tiene veintitrés, pero nunca encontró tiempo para madurar”. Y agrega, paternal: “Necesita a alguien”. Alguien como Pepe el Gordo, sugiero. “Fue Zito quien dijo: Pepe es el hombre. Zito es socio mío en la empresa de construcciones; y desde entonces estoy con Él”. ¿Por qué le dicen Pelé? “Nadie sabe. Siempre lo llamaron Pelé. Desde que era aquel chico delgado y muy pobre que vivía en la concentración del Santos, haciendo mandados para los veteranos y lavando el piso”. Me interesa la historia del descubrimiento. Cómo Dios fue revelado a los hombres. “Como un esclavo del tiempo de los negreros”, dice, frunciendo el ceño y los bigotes. “Un empleado público de Baurú se fijó en Él. Y le dijo al presidente del Santos: ‘Si me consigue la transferencia de esta oficina a la de San Pablo, yo le traigo una maravilla’. Y se lo trajo, contra la voluntad de la madre, que no quería que Él se dedicara al fútbol. Ella sabía lo que es eso, porque el padre de Él también fue jugador, en Baurú. Ella nunca quiso un hijo famoso. Continúa siendo la madre de Dico, el niño, su pequeño”, dice; y abre las manos: “La Madre: Una Santa del altar, que sale andando”. El cronista calla. Alguien se lleva la bandeja, con las tazas vacías. Pepe el Gordo insiste: “Como le digo. Una Santa”. Doña Celeste, madre del *mineiro* de Tres Corações de fama universal, ve a su hijo sólo de casualidad. Las giras a otros estados brasileños y al exterior ocupan siete, ocho o nueve meses de cada año, y en los meses restantes Pelé juega en las canchas de San Pablo o descansa, al abrigo de Pepe el Gordo, que no lo abandona ni a sol ni a sombra. Periodistas y admiradores chocan con esta muralla venida de Galicia, que sabe todo sobre Él, lo que hay que saber y mucho más. ¿Mánager? “Amigo, padre, hermano”. ¿El Santos le paga un sueldo? Se indigna: “¡No! No soy empleado del Santos. Si el Santos fuera a pagar, no habría dinero que alcanzara. No. Quien recibe dinero no es amigo. Yo le dije al chico: El día que me quieras dar un solo cruceiro, te pego”.

Él está durmiendo en la habitación de al lado. No fue a practicar esta mañana, porque no se sentía bien. “Constipado”, explica Pepe el Gordo: “Además, Él no necesita practicar”. Pelé come poco y duerme mucho. Cuando se le va la mano en la comida, sufre pesadillas y habla dormido. De modo que Pepe el Gordo no le permite comer más que “algunos bocadillos de carne y queso, y uno o dos vasos de jugos de frutas”. Objeto de admiración universal, factor de euforia o desdicha para millones y millones de personas, Él debe ser cuidado. Quizá sería fatal olvidar la lección de una de las divinidades que le antecedieron en la historia: el Buda murió de una indigestión de carne de cerdo.

Martes, 10,30 horas

Salimos a recorrer el casco viejo de Montevideo; las orillas de la ciudad, que dan al río. Llevo en la mano un ejemplar de *O Cruzeiro*, que, por supuesto, habla de Él. Comento el artículo con Pepe el Gordo. Me señala una foto: un enemigo vestido de negro. “Ese juez es hermafrodita”, explica.

La mañana arde de sol. Gustador de paisajes, como soy, miro y comento. Pero Pepe el Gordo pregunta precios de cosas: “Qué caro, qué caro”. Y habla, como siempre, de la gloria que tiene entre manos, porque “Dios en el Cielo, y Pelé en la Tierra”. Dos veces campeón mundial, Él tiene a sus pies el enorme aparato de la prensa, la televisión, la radio y el cine de Brasil; lo cortejan los políticos y lo acosan las marcas de café o de automóviles o de bebidas, porque Él, su nombre o su firma o su cara, venden. Atma, fábrica de material plástico, imprime las pelotas que fabrica, con un autógrafo de Pelé, y la venta es un éxito seguro; el libro *Yo soy Pelé* fue *best-seller* en Brasil y se está traduciendo al inglés: en Alemania, ha hecho furor la primera edición, ya agotada. Sobre la segunda, Pepe el Gordo no recibirá nada: “No acepté *royalty*. Cobré tanto de derechos y adiós. Detesto las complicaciones”. Por su parte, el argentino Christensen ha filmado una película acerca del Gran Tema, “O Rei Pelé”, que también agregó cruceiros a la alta montaña de millones. Pelé y Pepe el Gordo son socios en varias firmas poderosas, y todas estas entradas se consideran “complementarias”.

Pienso en Baltazar, estrella ya apagada, que hoy carga bolsas en el puerto de Santos. Y pienso en Garrincha, que, tengo entendido, ha caído en desgracia. Lo digo. Pepe el Gordo se señala la frente: “Pelé tiene fútbol y juicio”, dice, “y Garrincha no”. Detalles sobre el caso: “Abandonó a la mujer y a las ocho hijas. Esa artista ha sido su ruina”. Opino que Elsa Soares bien vale esa misa. Se produce un lamentable equívoco y Pepe el Gordo me contesta que sí, que Él va a misa todos los domingos. Además, reza el rosario dos veces al día. Un buen católico. Un católico ferviente, que gusta cumplir los mandamientos. Todos. “Él, a una muchacha virgen, no la arruina. Ahí tiene usted la personalidad del chico”. No fuma, no toma, huye de los clubes nocturnos. Adora a los niños y a los viejos. “Él es un hijo. Que apareció en casa. Y es mi problema: no descansaré hasta verlo en un altar o en una estatua, como ésa”, dice, señalando el monumento a Garibaldi.

Martes, 12 horas

Han llegado refuerzos al Columbia. Verdoux, Mansilla y Casimiro Rueda, en tropel. Presentaciones. Subimos. Él está durmiendo, todavía. Conversamos en la habitación contigua, frente al mar. “Estense cómodos”, dice Pepe el Gordo, con los zapatos apoyados en el alféizar de la ventana. “Le estaba diciendo al amigo, que Él, si no hubiera nacido gente, hubiera nacido pelota. El mejor jugador de fútbol de todos

los tiempos”. No lo contradigo, me da no sé qué, pero me estaba diciendo, en verdad, que Pelé es un prisionero del fútbol, y que no es feliz.

Mansilla se descuelga con palabras exóticas. Dice que teniendo en cuenta el precio internacional del oro fino de 24 quilates, que anda alrededor de un dólar y quince centavos el gramo, Pelé vale mucho más de lo que pesa, literalmente. A Pepe el Gordo no le caen bien esos cálculos, y afirma: “No hay dinero ni oro para pagar a Pelé. Él juega porque le gusta. No tiene necesidad de eso”. Claro que no han faltado ofertas: cuando la gira del Santos por Europa, la Juventus de Turín ofreció 800 millones de cruzeiros, unos 800 000 dólares. Algunos directores eran favorables a la transferencia, y Él consultó a Pepe el Gordo. “Le dije: ‘Si tú me prometes que nunca saldrás del Santos, haré que te paguen todavía más en tu tierra’. Después, en el 61, llegó una oferta del Internacional de Milán; ofrecía un millón de dólares para el club, un millón de dólares para él y doscientos mil extras para que yo lo animara, además de la mensualidad que se me ocurriera pedir. Lo informé al chico, y Él me preguntó: ‘¿Y nuestro compromiso?’”. Mansilla se remueve en el asiento: “Entonces”, dice, “usted estaba dispuesto a hacer el negocio”. Pepe el Gordo da un respingo: “No hay dinero en el mundo que compre mi palabra. La mayor parte de los periodistas cree que yo estoy explotando el nombre y la fama de Pelé...”. “Pero ésa es una barbaridad”, acota Verdoux, caballeresco: “Mi colega no ha querido sugerir semejante cosa”. “Ahí tiene usted”, dice Pepe el Gordo. “El mundo es hoy más materialista que espiritualista, y es difícil admitir que alguien haga algo de balde. Yo antes era libre; ya no. Antes vivía mejor, iba donde quería, era dueño de mí. Pero esta nueva tarea es una cruz: tengo 80 millones de brasileños que desconfían de mí porque soy extranjero”. Y cuenta esa historia de la oferta del Internacional de Milán. Llegó el señor Ricci, y Pepe el Gordo, que presentía el soborno, escondió un grabador detrás de la ventana y metió un micrófono en la cortina. Después dio a conocer, por radio, la indigna proposición. Casimiro Rueda se pone serio:

—Es que si Pelé se fuera de Brasil, habría una revolución social.

—Usted lo ha dicho, Él no puede usar su habilidad fuera de donde Dios lo colocó:

Pero Mansilla insiste. Da vuelta los ojos diciendo que admira la devoción y la amistad de Pepe el Gordo por Pelé, pero que las virtudes humanas son como briznas de hierba al sol, así de frágiles y quemadizas. “El dinero no se me pega a las manos”, insiste Pepe. “A mí no me compran”. Y se enfrasan en una discusión que recuerda al cronista aquel diálogo apócrifo entre Bernard Shaw y Samuel Goldwyn, en el que Shaw llegó a la conclusión de que no podían entenderse porque a él, Shaw, sólo le importaba el dinero, en tanto que a Goldwyn sólo le interesaba el arte. Pepe el Gordo diciendo que el dinero no había salvado al padre de una úlcera al estómago, que al amor no hay dinero que lo pague, que la condición humana no puede ser reducida a la condición material y que Pelé, Él, el chico, no es una mercancía. Y Mansilla respondiendo que no sea injusto con el dinero, que puede ser un buen instrumento en manos santas, que Von Braun y otros genios trabajan por plata y no por democracia, y

diciendo:

—Es humano.

—Es malo, sí —responde Pepe el Gordo—. Usted lo ha dicho.

Verdoux, mientras tanto, bosteza con cara de escéptico desde su sillón.

Martes, 14 horas

Aparece, por fin, Él. Sin altar: un felino no muy musculoso que me convida con un durazno. “Los nuestros son más chicos”, dice, “y no salta el jugo, así”. Tiene cara de sueño, todavía, la voz tomada por el resfrío; habla poco, en un español correcto, y sonríe, con cierta melancolía. “Mozart del fútbol”, lo llamaron los europeos, deslumbrados por su estilo rítmico y elegante en las canchas; en Río de Janeiro las entradas se venden con meses de anticipación cuando le toca jugar, y los diarios de todo Brasil se ocupan de su persona en las páginas editoriales; las trompetas anuncian Su paso por las capitales de todo el mundo. Pero Él no parece darse cuenta: ni encandilado ni abrumado por la gloria: soportándola, simplemente, porque así son las cosas.

Pelé no es este ser humano cualquiera. Se trata de un error. No puede ser Pelé este tímido muchacho que me habla de Dondinho, su padre, como de un jugador “mucho mejor que yo”, aunque al cronista le consta que fue sólo mediocre, y que confiesa humildemente que se persigna antes de cada partido “para que no me lastimen” y después de cada partido “para agradecer”; no es Pelé este muchacho de mirada ingenua que no comprende por qué, al mismo tiempo, la gente lo venera y lo odia.

“El desamparado nunca soy yo”, dice. “En canchas brasileñas, siempre el otro tiene razón. El juez o el adversario”. La hostilidad de las tribunas ha arreciado en los últimos tiempos, sobre todo en el estadio de Pacaembú. Cuanto mejor juega, más lo silba, lo insulta y lo abuchea el mismo público paulista que, cuando Pelé viste la camiseta del seleccionado en otras canchas, le encomienda su alma. El Santos, un cuadro que no es de la capital del Estado, lleva ganados varios campeonatos nacionales e internacionales y Pelé es su estrella de oro puro: el público de la capital no lo perdona: “Yo no merezco eso”, se defiende. “Yo no inventé eso que andan diciendo por ahí, de que soy el mejor jugador del mundo. Yo no tengo nada que ver. Créame que no soy un *mascarado*. Creo que el mejor jugador del mundo todavía no nació. Tendría que ser el mejor en cada puesto: como arquero, como defensa, como delantero”. Le digo que demostró ser un arquero magnífico, recientemente, y que ha sido probado ya en casi todos los puestos. Menea la cabeza, alza los hombros, me mira, sin comprender por qué me empeño en creer que Pelé es Pelé.

Le pregunto si está de veras embrujado: una vez el público quiso incendiar el autobús donde iba, al fin de un partido, al grito de “¡Brujo! ¡Brujo!”. La sonrisa le moldea la cara como si fuera de goma. “Los italianos empezaron con eso”, cuenta: “A decir que yo tenía una maquinita mágica y ponía dentro las fotos de la gente que yo

no quería y esa gente se moría”. ¿Y no es cierto? “Nooo...”, dice.

¿Qué pasó con Independiente, en Buenos Aires? “Nosotros tampoco sabemos qué pasó”. Pero cinco goles... “Cosas del fútbol”. ¿Rolán no lo marcó muy duro? “Duro sí, pero sin mala intención, eh, ponga que fue sin mala intención”. ¿No se siente acorralado, a veces, en la cancha? ¿No siente que el jugador que tiene enfrente busca la fama a costa suya? Hace una mueca: “Cuando un jugador duro marca a Pelé, es el doble de duro”. ¿Por eso cree en Dios? ¿Porque tiene miedo? “Creo en Dios porque es una fe. Y Dios me protege”. Y a Peñarol, ¿no le teme? “En los amistosos, Santos sale para jugar y el equipo contrario sale para ganar. Eso es lo que pasa. No me arriesgo en los amistosos. Cuando veo que puede pasarme algo, no me arriesgo”.

¿Cuál es la pregunta más bobá que le han hecho? “Y... tantas. Muchas preguntas bobas. Si me gusta jugar al fútbol”. ¿Y le gusta? Se ríe. “De chico, me gustaba ser aviador”. ¿Qué libro está leyendo ahora? Dicen que le gusta leer. “Me gusta. Me gusta, sí. Sobre todo libros didácticos; todo eso del Far West y eso, no. Ahora estoy leyendo unos cuentos de Mariazinha y *Problemas entre padres e hijos*”. Cíteme algunos de los últimos títulos que leyó. Medita un rato y enumera: *Sobre el amor y la felicidad en el casamiento*, *El libro de la naturaleza*, *Del fracaso al éxito*, *Relaciones humanas*. ¿Y no lo aburren esos libros? “Me los compra Pepe el Gordo”, dice, “él compra los libros para que yo lea”. ¿Pepe el Gordo? “Sí, mi apoderado”. ¿Por qué vive en la casa de él? “Porque me comprende. Es raro que justo con un extranjero me fuera a entender. Porque yo tengo un temperamento difícil, sabe”. ¿Por eso no se casó todavía? “Muy temprano”. Le pregunto si no se ha casado con el fútbol; dice: “El fútbol, antes, era un amor. Ahora es una profesión”. Y enseguida da marcha atrás: “Claro que también tiene que haber amor, porque si no, no se puede”. ¿No se puede qué? “Jugar”. Así que no aceptaría que lo vendieran a un cuadro extranjero. Vestirá la camiseta del Santos hasta el final. “Por ahora, no tengo pensado irme. Después, no sé”.

Y finalmente Pelé, el amigo de Jango Goulart, se descuelga con un simpatizante juicio sobre Lacerda en respuesta a mi pregunta: “Lo conozco, sí, pero sin hablar. Parece ser un hombre que gusta del trabajo y que sabe lo que quiere”. ¿Y políticamente? “De eso tampoco entiendo nada”.

Pepe el Gordo, que lo ha dejado solo durante demasiado tiempo, reaparece a sus espaldas. “Basta ya. Tienes que reposar”, dice, “no debes fatigarte”. Y Pelé, resignado, sube, a paso lento, rumbo a su habitación. Muchas decenas de miles de espectadores han pagado caras las entradas para verlo contra Peñarol y Él ha perdido el derecho de defraudar a los adoradores y a los curiosos y a los enemigos. Ese resfrío debe ser aniquilado antes del *match*, y lo será, sin duda. Para eso está allí Pepe el Gordo, con sus tabletas de Redoxon en la mano.

Martes, 15 horas

Faena concluida. A la salida del hotel, encuentro algunos chiquilines peloteando contra la pared del Columbia que da a la calle Misiones. Me persiguen las voces: “Viene, viene”. “Tuya”. “Dale, Pelé”. “Dejala, jala”.

El sol me hiere los ojos, pero una brisa ha empezado a soplar, apenas, desde el río.



Fotos: El escorpión

Londres, estadio de Wembley, otoño de 1995.

La selección colombiana de fútbol desafía al venerable fútbol inglés en su templo mayor, y René Higuita se manda una atajada jamás vista.

Un delantero inglés dispara un tiro fulminante. Con el cuerpo horizontal en el aire, el arquero deja pasar la pelota y la devuelve con los tacos, doblando las piernas como el escorpión tuerce la cola.

Vale la pena detenerse a mirar las fotos de este documento de identidad colombiana. Su fuerza de revelación no está en la proeza deportiva, sino en la sonrisa que cruza la cara de Higuita, de oreja a oreja, mientras comete su sacrilegio imperdonable.



Fotos: Puños alzados al cielo

Ciudad de México, Estadio Olímpico, octubre de 1968.

La bandera de las barras y las estrellas flamea, triunfante, en el mástil más alto, mientras vibran los acordes del himno de los Estados Unidos.

Suben al podio los campeones olímpicos. Y entonces, en el momento culminante, Tommie Smith, medalla de oro, y John Carlos, medalla de bronce, negros los dos, estadounidenses los dos, alzan sus puños cerrados, en guantes negros, contra el cielo de la noche.

El fotógrafo de *Life*, John Dominis, registra el acontecimiento. Esos puños alzados, símbolos del movimiento revolucionario Panteras Negras, denuncian ante el mundo la humillación racial en los Estados Unidos.

Tommie y John son inmediatamente expulsados de la Villa Olímpica. Nunca más podrán participar en ninguna competición deportiva. Los caballos de carreras, los gallos de riña y los atletas humanos no tienen el derecho de ser aguafiestas.

La esposa de Tommie se divorcia. La esposa de John se suicida.

De regreso a su país, nadie da trabajo a estos metelíos. John se las arregla como puede y Tommie, que ha conquistado once récords mundiales, lava coches a cambio de la propina.

Alí

Fue pluma y plomo. Boxeando bailaba y demolía.

En 1967, Muhammad Alí, nacido Cassius Clay, se negó a vestir el uniforme militar:

—Quieren mandarme a matar vietnamitas —dijo—. ¿Quién humilla a los negros en mi país? ¿Los vietnamitas? Ellos nunca me hicieron nada.

Lo llamaron traidor a la patria. Lo amenazaron con la cárcel, le prohibieron seguir boxeando. Le quitaron el título de campeón mundial.

Ese castigo fue su trofeo. Arrebatándole la corona, lo consagraron rey.

Cinco años después, unos estudiantes universitarios le pidieron que recitara algo. Y él inventó para ellos el poema más breve de la literatura universal:

—Me, we.

Yo, nosotros.

Otro caso de amnesia

Un informe médico dictaminó que el general Augusto Pinochet padecía demencia senil.

Por no estar en su sano juicio, no podía ser sometido a juicio.

Pinochet atravesó sin inmutarse trescientas demandas criminales y murió sin sufrir ni una sola condena. La democracia chilena había renacido obligada al pago de sus deudas y al olvido de sus crímenes, y él compartía la amnesia oficial.

Había matado, había torturado, pero decía:

—Yo no fui. Además, no lo recuerdo. Y si lo recuerdo, yo no fui.

En el idioma internacional del fútbol, todavía se llaman Pinochet los equipos muy malos, porque llenan estadios para torturar a la gente; pero al general no le faltaron admiradores. La avenida Once de Septiembre, en Santiago, no fue bautizada así en memoria de las víctimas del atentado terrorista que derrumbó las torres en Nueva York, sino en homenaje al golpe de Estado terrorista que derrumbó la democracia en Chile.

En gesto de involuntaria adhesión, Pinochet murió el Día Internacional de los Derechos Humanos.

Para entonces, se habían descubierto más de treinta millones de dólares, por él robados, en ciento veinte cuentas de varios bancos del mundo. Esa revelación había afectado, un poquito, su prestigio. No porque hubiera sido un ladrón, sino porque había sido un ladrón ineficiente.



Peligro en las calles

Desde hace más de medio siglo, Uruguay no ha ganado ningún campeonato mundial de fútbol, pero durante la dictadura militar conquistó otros torneos: fue el país que más presos políticos y torturados tuvo, en proporción a la población.

Libertad se llamó la cárcel más numerosa. Y como rindiendo homenaje al nombre, se fugaron las palabras presas. A través de sus barrotes se escurrieron los poemas que los presos escribieron en minúsculas hojillas de papel de fumar. Como éste:

A veces llueve y te quiero.

A veces sale el sol y te quiero.

La cárcel es a veces.

Siempre te quiero.

Solo de él

Cuando Miguel Ángel se enteró de la muerte de Francesco, que era su ayudante y mucho más, rompió a martillazos el mármol que estaba esculpiendo.

Poco después, escribió que esa muerte *ha sido gracia de Dios, pero para mí ha sido grave daño e infinito dolor. La gracia está en el hecho de que Francesco, quien en vida me mantenía vivo, muriendo me ha enseñado a morir sin pena. Pero yo lo he tenido durante veintiséis años... Ahora no me queda otra cosa que una infinita miseria. La mayor parte de mí se ha ido con él.*

Miguel Ángel yace en Florencia, en la iglesia de la Santa Croce.

Él y su inseparable Francesco solían sentarse en la escalinata de esa iglesia, para disfrutar los duelos que en la vasta plaza libraban, a patadas y pelotazos, los jugadores de lo que ahora llamamos fútbol.

Todos somos tú

21 de junio

En el año 2001, resultó sorprendente el partido de fútbol entre los equipos de Treviso y Génova.

Un jugador del Treviso, Akeem Omolade, africano de Nigeria, recibía frecuentes silbidos y rugidos burlones y cantitos racistas en los estadios italianos.

Pero en el día de hoy, hubo silencio. Los otros diez jugadores del Treviso jugaron el partido con las caras pintadas de negro.



La consagración del goleador

En 1949, Gian Piero Boniperti fue el goleador del campeonato italiano y su estrella más brillante.

Según dicen los decires, él había nacido al revés, con un piecito pateando el aire, y desde la cuna viajó hacia la gloria futbolera.

El club Juventus le pagaba una vaca por gol.

Altri tempi.



El baúl de los perdedores

Helena Villagra soñó con un inmenso baúl.

Ella lo abría con una llave muy vieja y del baúl brotaban goles perdidos, penales errados, equipos derrotados, y los goles perdidos entraban al arco, la pelota desviada corregía su rumbo y los perdedores festejaban su victoria. Y aquel partido al revés no iba a terminarse nunca, mientras la pelota siguiera volando, y el sueño también.

Día de los desaparecidos

30 de agosto

Desaparecidos: los muertos sin tumba, las tumbas sin nombre.

Y también:

los bosques nativos,

las estrellas en la noche de las ciudades,

el aroma de las flores,

el sabor de las frutas,

las cartas escritas a mano,

los viejos cafés donde había tiempo para perder el tiempo,

el fútbol de la calle,

el derecho a caminar,

el derecho a respirar,

los empleos seguros,

las jubilaciones seguras,

las casas sin rejas,

las puertas sin cerradura,

el sentido comunitario

y el sentido común.

¡Milagro!

24 de diciembre

En la Nochebuena de 1991, murió la Unión Soviética y en su pesebre nació el capitalismo ruso.

La nueva fe hizo el milagro: por ella iluminados, los funcionarios se hicieron empresarios, los dirigentes del Partido Comunista cambiaron de religión y pasaron a ser ostentosos nuevos ricos, que pusieron bandera de remate al Estado y compraron a precio de banana todo lo comprable en su país y en el mundo.

Ni los clubes de fútbol se salvaron.



El partido más triste de la historia

21 de noviembre

En 1973, Chile era un país prisionero de la dictadura militar, y el Estadio Nacional se había convertido en campo de concentración y en cámara de torturas.

La selección chilena iba a disputar, contra la Unión Soviética, un partido decisivo para clasificar a la Copa del Mundo.

La dictadura de Pinochet decidió que el partido debía disputarse en el Estadio Nacional, sí o sí.

Los presos que el estadio encerraba fueron trasladados de apuro y las máximas autoridades del fútbol mundial inspeccionaron la cancha, césped impecable, y dieron su bendición.

La selección soviética se negó a jugar.

Asistieron dieciocho mil entusiastas, que pagaron entrada y ovacionaron el gol que Francisco Valdés metió en el arco vacío.

La selección chilena jugó contra nadie.

Se prohíbe el juego de los indios de Chile

1647. Santiago de Chile

El capitán general, don Martín de Mujica, proclama por caja y pendón la prohibición del juego de la *chueca*, que los araucanos practican, según su tradición, golpeando una pelota con palos de punta corva, en cancha rodeada de ramajes verdes.

Con cien azotes serán castigados los indios que no cumplan; y con multa los demás, porque mucho se ha difundido la infame *chueca* entre la soldadesca criolla.

Dice el bando del capitán general que se dicta la prohibición *para que se eviten pecados tan contra la honra de Dios Nuestro Señor* y porque corriendo la pelota los indios se entrenan para la guerra: *del juego nacen alborotos y así después corre la flecha entre ellos*. Es una indecencia, dice, que en la *chueca* se junten hombres y mujeres casi desnudos, *vestidos apenas de plumas y pieles de animales en los que fundan la ventura de ganar*. Al comienzo invocan a los dioses para que la bola sea favorable a sus proezas y carreras y al final, todos abrazados, beben chicha a mares.

El fútbol

1889. Montevideo

Setenta años cumple, en Londres, la reina Victoria. En el Río de la Plata, lo celebran a patadas.

Las selecciones de Buenos Aires y Montevideo disputan la pelota, en el campito de La Blanqueada, ante la desdeñosa mirada de la reina. Al centro del palco, entre las banderas, se alza el retrato de la dueña de los mares y buena parte de las tierras del mundo.

Gana Buenos Aires 3 a 0. No hay muertos que lamentar, aunque todavía no se ha inventado el penal y arriesga la vida quien se aproxima al arco enemigo. Para hacer un gol de cerquita, hay que embestir contra un alud de piernas que se descargan como hachas; y cada partido es una batalla que exige huesos de acero.

El fútbol es juego de ingleses. Lo practican los funcionarios del ferrocarril, del gas y del Banco de Londres, y los marineros de paso; pero ya unos cuantos criollos, infiltrados entre los artilleros de rubios bigotazos, están demostrando que la picardía puede ser un arma eficaz para fusilar arqueros.

Polvo de arroz

1921. Río de Janeiro

El presidente Epitácio Pessoa hace una recomendación a los dirigentes del fútbol brasileño. Por razones de prestigio patrio, les sugiere que no envíen a ningún jugador de piel oscura al próximo Campeonato Sudamericano.

Sin embargo, Brasil fue campeón del último Sudamericano gracias a que el mulato Artur Friedenreich metió el gol de la victoria; y sus zapatos, sucios de barro, se exhiben desde entonces en la vitrina de una joyería. Friedenreich, nacido de alemán y negra, es el mejor jugador brasileño. Siempre llega último a la cancha. Le lleva por lo menos media hora plancharse las motas en el vestuario; y después, durante el juego, no se le mueve un pelito ni al cabecear la pelota.

El fútbol, diversión elegante para después de la misa, es cosa de blancos.

—¡Polvo de arroz! ¡Polvo de arroz! —gritan los hinchas contra Carlos Alberto, otro jugador mulato, el único mulato del club Fluminense, que con polvo de arroz se blanquea la cara.

Esopo

Lilian Thuram, bisnieto de esclavos en la isla Guadalupe, preguntó a su hijo más pequeño:

—¿Cómo es Dios?

El niño contestó sin dudar:

—Dios es blanco.

Thuram era un gran jugador de fútbol, campeón de Europa y campeón del mundo, pero esa respuesta le cambió la vida.

A partir de ese día, decidió salir de las canchas para dedicar sus mejores energías a ayudar al rescate de la dignidad de los negros del mundo.

Denunció el racismo en el fútbol y en la educación, que vacía de pasado a los niños que no son hijos de los amos.

La memoria colectiva era un descubrimiento incesante, que le abría los ojos. El camino de la revelación de lo escondido estaba hecho de muchas dudas y pocas certezas, pero eso no lo desalentaba. Basado en remotas investigaciones demostró que Esopo pudo haber sido negro, esclavo en Nubia, y recordó que hubo faraones negros en Egipto y centenares de santuarios populares que en el Congo celebraban a la Virgen negra, aunque la Iglesia decía que negra no era: la Virgen había quedado así por culpa del humo de los inciensos y los pecados de los infieles.

Che/1

Inteligente y múltiple, con un innato poder de seducción que su vida posterior no haría más que confirmar y alimentar, el joven Ernesto Guevara no era un pituco resentido sino un hombre joven abierto a la ventura, sin ideas políticas claras y con una señalada tendencia a demostrarse a sí mismo que *podía hacer todo lo que no podía*: los continuos ataques de asma, que durante tantos años obligaron al padre a dormir sentado a su cabecera para que el hijo pudiera pasar la noche recostado a su pecho, no le impedían jugar al fútbol y al rugby, aunque al término de los partidos a menudo sus compañeros tuvieran que llevárselo a babuchas. El asma le impidió seguir yendo a la escuela a partir del cuarto año, pero se las arregló para rendir los exámenes por su cuenta y obtener, más tarde, un excelente puntaje en el liceo. La guerra contra el asma fue la primera guerra que el Che libró y ganó: ganó en la medida en que nunca permitió que el asma decidiera por él.

“Traidor”, le dije, “usted es un traidor”. Le mostré el recorte de un diario cubano: él aparecía vestido de *pitcher*, jugando béisbol. Recuerdo que se rió, nos reímos; si me contestó algo, no sé. La conversación saltaba, como una pelotita de ping-pong, de un tema al otro, de un país al otro, de uno a otro recuerdo, añoranzas del pago y experiencias de la revolución, bromas: “¿Qué pasa con mi mano?”. “Está maldita”. “¿Maldita?”. “Sí, claro. Saludó a Frondizi y Frondizi cayó; saludó a Jânio Quadros y le ocurrió lo mismo. Suerte que no tengo de dónde caer”, comentaba yo, con cara de preocupado, y él se reía, fruncía el ceño, se sentaba, se paraba, caminaba por la sala, dejaba caer la ceniza de su habano Cazador y me apuntaba, con él, al pecho. Con ánimo discutidor y no magisterial, recurría, a veces, a un pizarrón para explicar una idea compleja, borroneándola con tiza: la polémica en torno del cálculo económico y la vigencia o caducidad de la ley del valor en la sociedad socialista, o el sistema de retribución por las normas de producción. Era cáustico como un rioplatense, agresivo, y, a la vez, fervoroso como un cubano, sincero: generoso con su verdad, pero en guardia, dispuesto a mostrar los dientes por ella. Una fuerza profunda y hermosa le nacía, sin cesar, de adentro; se delataba, como todos, por los ojos. Tenía, recuerdo, una mirada pura, limpia, como recién amanecida: esa manera de mirar de los hombres que creen.



La última cabriola del aviador Barrientos

1969. Quebrada de Arque

El cardenal Maurer dice que el presidente Barrientos es como san Pablo, porque recorre los campos de Bolivia repartiendo verdades, pero Barrientos también reparte dinero y pelotas de fútbol. Por todas partes va y viene, regando billetes, en helicóptero. La Gulf Oil ha regalado el helicóptero a Barrientos, a cambio de dos mil millones de dólares en gas y mil millones de dólares en petróleo que Barrientos ha regalado a la Gulf Oil.

En este helicóptero, Barrientos paseó por los cielos de Bolivia el cuerpo del Che Guevara, atado a los patines. En este helicóptero Barrientos llega a la quebrada de Arque, en una de sus giras incesantes, y como de costumbre arroja dinero sobre los campesinos; pero al irse choca con un alambre, se estrella contra las rocas y se quema vivo. Después de haber incendiado tantos cuadros y libros, el fogoso Barrientos muere achicharrado en este helicóptero repleto hasta el tope de billetes que arden con él.

Dos turbulentos partidos

1969. San Salvador y Tegucigalpa

Dos turbulentos partidos de fútbol disputan Honduras y El Salvador. Las ambulancias se llevan muertos y heridos de las tribunas, mientras los hinchas continúan en la calle las grescas del estadio.

Enseguida rompen relaciones los dos países. En Tegucigalpa, los parabrisas de los autos lucen calcomanías que aconsejan: Hondureño: toma un leño, mata un salvadoreño. En San Salvador, los diarios exhortan al ejército a invadir Honduras para propinar una lección a esos bárbaros. Honduras expulsa a los campesinos salvadoreños, aunque muchos de ellos ni siquiera saben que son extranjeros y jamás han visto un documento de identidad. El gobierno de Honduras llama Reforma Agraria al desalojo de los salvadoreños, obligados a emigrar con lo puesto, y al incendio de sus ranchos. El gobierno de El Salvador considera espías a todos los hondureños que viven allí.

La guerra no demora en estallar. El ejército de El Salvador penetra en Honduras y avanza ametrallando las aldeas fronterizas.

La llamada “guerra del fútbol”

1969. San Salvador y Tegucigalpa

La llamada “guerra del fútbol” tiene por enemigos a dos pedazos de América Central, jirones de la que fue, hace un siglo y medio, patria única.

Honduras, pequeño país agrario, está dominado por los latifundistas.

El Salvador, pequeño país agrario, está dominado por los latifundistas.

El pueblo campesino de Honduras no tiene tierra ni trabajo.

El pueblo campesino de El Salvador no tiene tierra ni trabajo.

En Honduras hay una dictadura militar nacida de un golpe de Estado.

En El Salvador hay una dictadura militar nacida de un golpe de Estado.

El general que gobierna Honduras ha sido formado en la Escuela de las Américas, en Panamá.

El general que gobierna El Salvador ha sido formado en la Escuela de las Américas, en Panamá.

De los Estados Unidos provienen las armas y los asesores del dictador de Honduras.

De los Estados Unidos provienen las armas y los asesores del dictador de El Salvador.

El dictador de Honduras acusa al dictador de El Salvador de ser un comunista a sueldo de Fidel Castro.

El dictador de El Salvador acusa al dictador de Honduras de ser un comunista a sueldo de Fidel Castro.

La guerra dura una semana. Mientras dura la guerra, el pueblo de Honduras cree que su enemigo es el pueblo de El Salvador y el pueblo de El Salvador cree que su enemigo es el pueblo de Honduras. Ambos pueblos dejan cuatro mil muertos en los campos de batalla.



Ocho

Unos días antes de la final por la Copa de América, me tocó escuchar la animada conversación de un grupo de carteros. Íbamos en el mismo ómnibus; ellos, con sus alforjas repletas de correspondencia. Resulta que uno de los carteros se había jugado unos cuantos pesos a la quiniela. Decía que el sueño que había tenido no le podía fallar: “Si se nos da esta redoblona con el 27”, decía, pluralizando generosamente, “vamos a sacar una ponchada de pesos, y entonces... entonces...”. Brillaban los ojos de todos, mientras imaginaban qué harían con tanto dinero. Por fin, a uno se le ocurrió algo concreto: la idea fue unánimemente festejada como un gran hallazgo: “Ya sé —dijo—. Agarramos y le devolvemos la plata a toda la gente que haya comprado entradas para el estadio y los hacemos jugar a Nacional y Racing para nosotros cuatro solamente”.

La redoblona con el 27 no se dio, y Nacional perdió el partido decisivo en Santiago de Chile. Para colmo, en esos días, los carteros, acorralados por la miseria, no tuvieron más remedio que declararse en huelga y fueron sustituidos por el ejército y la policía. Pienso, ahora, en aquel ingenuo espejismo de poder de los carteros, que por unos segundos soñaron ser los dueños del mundo (y el mundo no era más que una cancha de fútbol), porque tengo la impresión de que los uruguayos estamos perdiendo también nuestro último motivo de orgullo, la certidumbre nacional que nos quedaba: hasta el fútbol nos está traicionando.



Nombres

El maratonista Doroteo Guamuch, indio quiché, fue el atleta más importante de toda la historia de Guatemala. Por ser gloria nacional, tuvo que cambiarse el nombre maya y pasó a llamarse Mateo Flores.

En homenaje a sus proezas, fue bautizado Mateo Flores el estadio de fútbol más grande del país, mientras él se ganaba la vida como *caddy*, cargando palos y recogiendo pelotitas y propinas en los campos del Mayan Golf Club.



Precios

En 1993, el minúsculo Partido da Social Democracia Brasileira no tenía la cantidad de diputados que necesitaba para presentarse a las elecciones presidenciales. Por un precio que osciló entre los treinta mil y los cincuenta mil dólares, el PSDB obtuvo el pase de algunos diputados de otros partidos. Uno de ellos lo admitió, y además lo explicó:

—Es lo que hacen los jugadores de fútbol, cuando cambian de club.

Cuatro años después, la cotización había subido en Brasilia. Dos diputados vendieron en doscientos mil dólares sus votos a la enmienda constitucional que haría posible la reelección del presidente Cardoso.

Patatas arriba

El campeonato mundial de fútbol del 98 nos ha confirmado, entre otras cosas, que la tarjeta MasterCard tonifica los músculos, que la Coca Cola brinda eterna juventud y que el menú de McDonald's no puede faltar en la barriga de un buen atleta. El inmenso ejército de McDonald's dispara hamburguesas a las bocas de los niños y de los adultos en el planeta entero. El doble arco de esa M sirvió de estandarte, durante la reciente conquista de los países del este de Europa. Las colas ante el McDonald's de Moscú, inaugurado en 1990 con bombos y platillos, simbolizaron la victoria de Occidente con tanta elocuencia como el desmoronamiento del Muro de Berlín.

La cancha global

En su forma actual, el fútbol nació hace más de un siglo. Nació hablando en inglés, y en inglés habla todavía, pero ahora se escucha exaltar el valor de un buen *sponsor* y las virtudes del *marketing*, con tanto fervor como antes se exaltaba el valor de un buen *forward* y las virtudes del *dribbling*.

Los campeonatos responden al nombre de quien paga. El campeonato argentino se llama Pepsi Cola. Se llama Coca Cola el campeonato mundial de fútbol juvenil. El torneo intercontinental de clubes se llama Copa Toyota.

Para el hincha del deporte más popular del mundo, para el apasionado de la más universal de las pasiones, la camiseta del club es un manto sagrado, una segunda piel, el otro pecho. Pero la camiseta se ha convertido, además, en un cartel publicitario ambulante. En 1998, los jugadores del club Rapid de Viena exhiben cuatro avisos a la vez: en las camisetas llevan anuncios de un banco, de una empresa comercial y de una marca de automóviles, y en los pantalones hacen la publicidad de una tarjeta de crédito. Cuando River Plate y Boca Juniors disputan, en Buenos Aires, el clásico del fútbol argentino, Quilmes juega contra Quilmes: ambos equipos lucen, en sus camisetas, la marca de la misma cerveza nacional. En plena globalización, River también juega para Adidas, y Boca para Nike. Y hablando en plata, bien se puede decir que Adidas venció a Nike cuando Francia derrotó a Brasil en la final del Mundial 98.



En fútbol, como en política, el miedo no paga

Nuestro país mostró, en el Mundial de México [86], el fútbol más conservador de toda su historia. Mostró un fútbol reprimido y represivo este Uruguay que destina a gastos de represión el cuarenta por ciento del presupuesto nacional. Ese fútbol conservador, pura defensa, nada de ataque, se proponía romper el juego y no se avergonzaba de ser incapaz de crearlo. El seleccionado de Borrás no jugó para disfrutar, para sentir el placer del juego y transmitirlo a la hinchada, pero tampoco jugó para ganar: el enemigo del riesgo tanto como de la alegría jugó para no perder. El resultado, paradójico, irónico castigo, está a la vista: recibimos la peor goleada de nuestra historia en los mundiales. El miedo al papelón acabó en el más espectacular de los papelones.

Ofrecimos el fútbol más feo del campeonato. También por eso, y no sólo por la injusta campaña de prensa, tuvimos al público mexicano en contra y dimos al mundo entero tan pobre impresión. Los jugadores jugaron sin ganas, sin creer en lo que hacían: confundieron la pasión con las patadas y rara vez pasaron del centro de la cancha. Nuestros delanteros veían con prismáticos el arco enemigo.

El fútbol es la metáfora de todo lo demás. Éste es el fútbol del Uruguay oficial, programado para la impotencia, sin imaginación ni coraje, que confunde la justicia con venganza y que considera amenaza terrorista cualquier proyecto de cambio que de veras transmita aliento de vida. El Uruguay oficial, el Uruguay quieto, que según los rabones datos oficiales expulsa a 54 muchachos por día, porque es incapaz de darles trabajo y también porque aquí ser joven es delito: el penoso espectáculo que hemos dado en el Mundial de México refleja en implacable espejo la realidad de este sistema envejecido, estéril, especializado desde hace años en asfixiar cualquier manifestación de energía creadora.

En los años de la dictadura, años de sangrienta castración de la fecundidad nacional, el Uruguay tuvo al centro un cuartel. Alrededor, un montón de bancos con plena libertad de especular, de cuyas ganancias no vimos un vintén pero cuyas pérdidas estamos pagando todos. Más allá, los latifundios eriales y las bellas playas que Dios nos dio. O sea: el Uruguay era una muy custodiada caja fuerte, rodeada de unas pocas vacas y con vista al mar. La población, presa en cárceles visibles o invisibles, condenaba a malvivir del rebusque, la jubilación o la basura, emigraba si podía.

Ahora, en la democracia, ¿han cambiado de verdad estas trincheras que nos niegan? Y si no han cambiado de verdad, ¿será porque estamos a ellas condenados? ¿Desde cuándo la audacia es pecado en esta tierra de libres?

El fútbol o contrafútbol que hicimos en México, dirigidos por un coronel y por un

profesor de cachiporra, no es el fútbol uruguayo. El Uruguay oficial, el Uruguay del miedo, nada tiene que decir. Eso no significa que nuestro país sea mudo.

Se venden piernas

Para Ángel Ruocco

Hasta el Papa de Roma ha suspendido sus viajes por un mes. Por un mes, mientras dure el Mundial de Italia, estaré yo también cerrado por fútbol, al igual que muchos otros millones de simples mortales.

Nada tiene de raro. Como todos los uruguayos, de niño quise ser jugador de fútbol. Por mi absoluta falta de talento, no tuve más remedio que hacerme escritor. Y ojalá pudiera yo, en algún imposible día de gloria, escribir con el coraje de Obdulio, la gracia de Garrincha, la belleza de Pelé y la penetración de Maradona.

En mi país, el fútbol es la única religión sin ateos; y me consta que también la profesan, en secreto, a escondidas, cuando nadie los ve, los raros uruguayos que públicamente desprecian al fútbol o lo acusan de todo. La furia de los fiscales enmascara un amor inconfesable. El fútbol tiene la culpa, toda la culpa, y si el fútbol no existiera, seguramente los pobres harían la revolución social y todos los analfabetos serían doctores; pero en el fondo de su alma, todo uruguayo que se respete termina sucumbiendo, tarde o temprano, a la irresistible tentación del opio de los pueblos.

Y la verdad sea dicha: este hermoso espectáculo, esta fiesta de los ojos, es también un cochino negocio. No hay droga que mueva fortunas tan inmensas en los cuatro puntos cardinales del mundo. Un buen jugador es una muy valiosa mercancía, que se cotiza y se compra y se vende y se presta, según la ley del mercado y la voluntad de los mercaderes.

Ley del mercado, ley del éxito. Hay cada vez menos espacio para la improvisación y la espontaneidad creadora. Importa el resultado, cada vez más, y cada vez menos el arte, y el resultado es enemigo del riesgo y la aventura. Se juega para ganar, o para no perder, y no para gozar la alegría de dar alegría. Año tras año, el fútbol se va enfriando; y el agua en las venas garantiza la eficacia. La pasión de jugar por jugar, la libertad de divertirse y divertir, la diablura inútil y genial, se van convirtiendo en temas de evocación nostálgica.

El fútbol sudamericano, el que más comete todavía estos pecados de lesa eficiencia, parece condenado por las reglas universales del cálculo económico. Ley del mercado, ley del más fuerte. En la organización desigual del mundo, el fútbol sudamericano es una industria de exportación: produce para otros. Nuestra región cumple funciones de sirvienta del mercado internacional. *En el fútbol, como en todo lo demás, nuestros países han perdido el derecho de desarrollarse hacia adentro.* No hay más que ver los seleccionados de Argentina, Brasil y Uruguay en este mundial del 90. Los jugadores se conocen en el avión. Solamente un tercio juega en el propio

país; los dos tercios restantes han emigrado y pertenecen, casi todos, a los equipos europeos. El Sur no sólo vende brazos, sino también piernas, piernas de oro, a los grandes centros extranjeros de la sociedad de consumo; y al fin y al cabo, los buenos jugadores son los únicos inmigrantes que Europa acoge sin tormentos burocráticos ni fobias racistas.

Parece que muy pronto cambiará la reglamentación internacional. Los clubes europeos podrían, de aquí a poco, contratar a cuatro, o quizá cinco, jugadores extranjeros. En ese caso, me pregunto qué será del fútbol sudamericano. No nos van a quedar ni los masajistas.

En estos tiempos de tanta duda, uno sigue creyendo que la tierra es redonda por lo mucho que se parece al balón que gira, mágicamente, sobre el césped de los estadios. Pero también el fútbol demuestra que esta tierra no es muy redonda que digamos.



De fútbol somos

[Mundial Italia 90]

¿Nadie trabajó? Nadie respiró. El lunes se detuvo el vuelo de las moscas, el amor de los amantes, la lucha de clases y todo lo demás.

No hay país más futbolizado que el nuestro. Aunque tiene menos habitantes que la sola ciudad de Roma y su escasa población crece poco o nada, el Uruguay sigue generando, en proporción, la mayor cantidad de practicantes y teóricos de fútbol en el mundo entero. El país produce un asombroso número de habilidosos jugadores, hinchas fanáticos y sesudos ideólogos. Los jugadores se van, porque aquí adentro no hay quien los pague. Los hinchas y los ideólogos se quedan, porque allá afuera no hay quien los compre.

En el partido contra Italia, nosotros los hinchas apostamos a un milagro. Los sabios, también. A la vista de la penosa actuación de nuestro equipo en los partidos previos, ni los eruditos consiguieron encontrar otra razón o fuente de fe para creer en la victoria: el equipo que se clasificó peor se enfrentaba al que mejor clasificó, que por añadidura es dueño de casa y brillante favorito de este campeonato.

Pero el milagro era imposible. Los orientales, ateos por tradición y convicción, sólo tenemos un santo que nos escucha. Pero san Cono estaba sordo, o se hacía. Él es italiano y a la hora de elegir no olvidó su cuna, aunque se haya venido a vivir a la uruguayana comarca de Florida.

No habiendo ningún otro santo milagrero digno de confianza, o al menos disponible, nos encomendamos a la garra charrúa. La garra charrúa invoca el coraje y la furia de nuestros indios, exterminados hace un siglo y medio, y atribuye estas virtudes a nuestro fútbol, que llevaba veinte años sin ganar un partido en un Mundial hasta nuestro triunfo de agonía contra Corea. La garra charrúa asomó en aquel último minuto, en el fogonazo de Daniel Fonseca, pero mucha más garra charrúa habían mostrado, hasta entonces, los muchachos de Camerún, que sorprendieron al mundo, o los de Colombia en su dignísimo partido contra Alemania, o el prodigioso Maradona, que venció al Brasil con un tobillo tan inflamado que el pie no le cabía en el zapato.

Estábamos entre el fervor y el pánico. “Solos contra todos”, tituló un diario de Montevideo. Y un periodista informó desde Italia: “No dan dos vintenes por nosotros”. Y otro: “Dicen que entramos al Mundial por la puerta de servicio”. El diariero del barrio se indignó, la mañanita del lunes: “¡Uruguay viejo y peludo!”, gritó. Y por lo bajo, me susurró: “Con este equipo no le ganamos ni al combinado de las clases pasivas”. Era mucha la desgraciadez, y sin embargo se veía que el diariero quería creer lo que gritaba y no quería creer lo que susurraba. Y yo también, y yo tampoco.

Y el milagro no fue. Y a todos los uruguayos se nos cayó el alma al piso. De fútbol somos; y en este país castigado por el hambre y el invierno, nos hemos quedado sin fe ni yerba de ayer, desnudos y sin milagro.

Italia mereció ganar y el Uruguay perdió dignamente. Italia no fue ninguna maravilla, pero fue más; y el Uruguay, que jugó con poca fuerza y ninguna magia ni belleza, no supo, no pudo, llegar al invicto arco de Zenga.

Y al fin y al cabo, en el fútbol, como en todo, la justicia es mejor que los milagros, aunque ella nos duela.



El Mundial del 98

India y Pakistán realizaban el sueño de la bomba propia, queriendo meterse, como Perico por su casa, en el exclusivo club nuclear de las grandes potencias. Las bolsas de valores asiáticas yacían por los suelos, y en Indonesia se desplomaba la larga dictadura de Suharto, que perdía el poder pero no perdía los dieciséis mil millones de dólares que el poder le había otorgado.

El mundo se quedaba callado de Frank Sinatra, llamado La Voz. Once países europeos se ponían de acuerdo para lanzar a la circulación una moneda única, llamada Euro. Fuentes bien informadas de Miami anunciaban la inminente caída de Fidel Castro, que iba a desplomarse en cuestión de horas.

João Havelange abandonaba el trono del fútbol mundial y en su lugar se instalaba el delfín, Joseph Blatter, cortesano mayor del reino. En la Argentina, marchaba preso el general Videla, que veinte años antes había inaugurado junto con Havelange, en plena dictadura, un campeonato mundial de fútbol. En 1998, un nuevo campeonato empezaba en Francia.

A pesar de la huelga de Air France, que complicó bastante las cosas, treinta y dos selecciones acudieron al flamante estadio de Saint Denis, para disputar el último mundial del siglo: quince equipos de Europa, ocho de América, cinco del África, dos de Medio Oriente y dos de Asia.

Clamores de triunfo, susurros de velorio: al cabo de un mes de combates en estadios repletos, Francia, el locatario, y Brasil, el favorito, cruzaron espadas en la final. Brasil perdió 3 a 0. El croata Suker encabezó la tabla de goleadores del campeonato, con seis tantos, seguido por Batistuta, de Argentina, y Vieri, de Italia, ambos con cinco.

Según un estudio científico publicado, en esos días, por el *Daily Telegraph* de Londres, los hinchas segregan, durante los partidos, casi tanta testosterona como los jugadores. Pero hay que reconocer que también las empresas multinacionales transpiran la camisa como si fuera camiseta. Brasil no pudo ser pentacampeón. Adidas, sí. Desde la Copa del 54, que Adidas ganó cuando ganó Alemania, ésta fue la quinta consagración de los seleccionados que representan la marca de las tres barras. Adidas levantó, con Francia, el trofeo mundial de oro macizo; y conquistó, con Zinedine Zidane, el premio al mejor jugador. La empresa rival, Nike, tuvo que conformarse con el segundo y el cuarto lugar, que obtuvieron sus selecciones de Brasil y Holanda; y Ronaldo, la estrella de Nike, llegó enfermo al partido final. Una empresa menor, Lotto, dio el batacazo con la sorprendente Croacia, que nunca había participado en una Copa del Mundo y contra todo pronóstico entró tercera.

Después, el césped de Saint Denis fue vendido en trocitos, como había ocurrido,

en el mundial anterior, con el estadio de Los Ángeles. El autor de este libro no vende panes de césped, pero quisiera ofrecer, gratis, algunos pedacitos de fútbol que también tienen algo que ver con este campeonato.

Estrellas

Los jugadores de fútbol más famosos son productos que venden productos. En tiempos de Pelé, el jugador jugaba; y eso era todo, o casi todo. En tiempos de Maradona, ya en pleno auge de la televisión y de la publicidad masiva, las cosas habían cambiado. Maradona cobró mucho, y mucho pagó: cobró con las piernas, pagó con el alma.

A los catorce años, Ronaldo era un mulato pobre de los arrabales de Río de Janeiro, que tenía dientes de conejo y piernas de gran goleador, pero no podía jugar en el club Flamengo porque el dinero no le daba para pagar el ómnibus. A los veintidós años, Ronaldo ya facturaba mil dólares por hora, incluyendo las horas que dormía. Abrumado por el fervor popular y la presión dineril, obligado a brillar siempre y a ganar siempre, Ronaldo sufrió una crisis nerviosa, con violentas convulsiones, horas antes de la definición del Mundial 98. Dicen que Nike lo metió a prepo en el partido contra Francia. El hecho es que jugó pero no jugó; y no pudo exhibir como debía las virtudes del nuevo modelo de botines, el R-9, que Nike estaba lanzando al mercado por medio de sus pies.

Precios

Al fin del siglo, los periodistas especializados hablan cada vez menos de las habilidades de los jugadores y cada vez más de sus cotizaciones. Los dirigentes, los empresarios, los contratistas y demás cortadores del bacalao ocupan un espacio creciente en las crónicas futboleras. Hasta hace algunos años, los *pases* se referían al viaje de la pelota de un jugador al otro; ahora, los *pases* aluden más bien al viaje del jugador de uno a otro club o de un país a otro. ¿Cuánto están rindiendo los famosos en relación a la inversión? Los especialistas nos bombardean con el vocabulario de los tiempos: oferta, compra, opción de compra, venta, cesión en préstamo, valorización, desvalorización. En el Mundial 98, las pantallas de la televisión universal fueron invadidas y copadas por la emoción colectiva, la más colectiva de las emociones; pero también fueron vidrieras de exhibición mercantil. Hubo alzas y caídas en la bolsa de piernas.

Pie de obra

Joseph Blatter, nuevo monarca del fútbol, concedió una entrevista a la revista brasileña *Placar* a fines del 95, cuando todavía era el brazo derecho de Havelange. El periodista le preguntó su opinión sobre el sindicato internacional de jugadores, que se estaba formando:

—La FIFA no habla con jugadores —respondió Blatter—. Los jugadores son empleados de los clubes.

Mientras este burócrata emitía su desprecio, ocurría una buena noticia para los atletas y para todos los que creemos en la libertad de trabajo y en los derechos humanos. La Suprema Corte de Luxemburgo, la más alta autoridad jurídica de Europa, se pronunció a favor de la demanda del futbolista belga Jean-Marc Bosman y en su sentencia estableció que los jugadores europeos han de quedar libres, una vez vencidos los contratos que los ligan a los clubes.

Posteriormente, la llamada ley Pelé, promulgada en Brasil, fue también un paso importante hacia la quiebra de los lazos de servidumbre feudal: en muchos países, los jugadores integran el patrimonio de los clubes, que en la mayoría de los casos son empresas disfrazadas de “entidades sin fines de lucro”.

En vísperas del Mundial 98, el director técnico Pacho Maturana opinó:

—A los jugadores nadie los tiene en cuenta.

Y ésta sigue siendo una verdad grande como una casa y vasta como el mundo, aunque se esté conquistando, por fin, la libertad de contratación. Cuanto más alto es el nivel profesional del fútbol, más abundan los deberes de los jugadores, siempre más numerosos que sus derechos: la aceptación de las decisiones ajenas, la disciplina militar, los entrenamientos extenuantes, los viajes incesantes, los partidos que se juegan un día sí y otro también, la obligación de rendir cada vez más...

Cuando Winston Churchill llegó, tan campante, a los noventa años de edad, un periodista le preguntó cuál era el secreto de su buena salud. Churchill respondió:

—El deporte. Jamás lo practiqué.

Anuncios

En el mundo actual, todo lo que se mueve y todo lo que está quieto transmite algún mensaje comercial. Cada jugador de fútbol es una cartelera en movimiento, pero la FIFA no permite que los jugadores porten mensajes de solidaridad social. Tamaño disparate está expresamente prohibido. Julio Grondona, presidente del fútbol argentino, lo recordó y lo hizo recordar en 1997, cuando algunos jugadores quisieron expresar en la cancha su apoyo a las reivindicaciones de los maestros y profesores,

que ganan sueldos de ayuno perpetuo. Poco antes, la FIFA castigó con una multa al jugador inglés Robbie Fowler, por el delito de inscribir en su camiseta una frase de adhesión a la huelga de los obreros de los puertos.

Orígenes

Muchas de las más altas estrellas del fútbol han padecido el racismo, por ser negros o mulatos: en la cancha, han encontrado una alternativa al crimen, al que habían nacido condenados por promedio estadístico, y así han podido elevarse a la categoría de símbolos de la ilusión colectiva.

Una encuesta reciente, realizada en Brasil, muestra que dos de cada tres jugadores profesionales no han terminado la escuela primaria. Muchos de ellos, la mitad, tienen piel negra o mulata. A pesar de la invasión de la clase media, que en estos últimos años se advierte en las canchas, la realidad actual del fútbol brasileño no está lejos de los tiempos de Pelé, que en su infancia robaba maní en la estación del tren.

Africanos

Njanka, jugador de Camerún, arrancó de atrás, dejó por el camino a toda la población de Austria y clavó el golazo más lindo del Mundial 98. Pero Camerún no llegó lejos.

Cuando Nigeria derrotó, con su fútbol divertido, a la selección española, que después empató con Paraguay, el presidente de España, José María Aznar, comentó que “hasta un nigeriano o un paraguayo pueden ponerte en tu lugar”. Después, cuando Nigeria se fue de Francia, un comentarista argentino sentenció:

—Son todos albañiles, ninguno usa la cabeza para pensar.

La FIFA, que otorga los premios *fair play*, no jugó limpio con Nigeria: le impidió ser cabeza de serie, aunque el fútbol nigeriano venía de conquistar el trofeo olímpico.

Las selecciones del África negra se fueron temprano del campeonato mundial, pero muchos jugadores africanos o nietos de africanos deslumbraron en Holanda, Francia, Brasil y otros equipos. Hubo locutores y comentaristas que los llamaban negritos, aunque nunca llamaron *blanquitos* a los demás.

Fervores

En abril del 97, cayeron acribillados los guerrilleros que ocupaban la embajada de Japón en la ciudad de Lima. Cuando los comandos irrumpieron, y en un relámpago ejecutaron su espectacular carnicería, los guerrilleros estaban jugando al fútbol. El jefe, Néstor Cerpa Cartolini, murió vistiendo los colores del Alianza, el club de sus amores.

Pocas cosas ocurren, en América Latina, que no tengan alguna relación, directa o indirecta, con el fútbol. Fiesta compartida o compartido naufragio, el fútbol ocupa un lugar importante en la realidad latinoamericana, a veces el más importante de los lugares, aunque lo ignoren los ideólogos que aman a la humanidad pero desprecian a la gente.

Latinoamericanos

México jugó lindo en el Mundial 98. Paraguay y Chile fueron huesos duros de roer. Colombia y Jamaica dieron lo que podían. Brasil y Argentina dieron bastante menos de lo que podían, maniatados por un sistema de juego más bien amarrete en alegría y en fantasía. En el equipo argentino, la alegría y la fantasía corrieron por cuenta de Ortega, maestro de la cabriola y el firulete, que no es tan bueno, en cambio, como actor de cine, cuando le da por revolcarse por los suelos.

Holandeses

De los equipos latinoamericanos, la verdad sea dicha, el que más me gustó fue Holanda. La selección naranja ofreció un fútbol vistoso, de buen toque y pases cortos, gozador de la pelota. Este estilo se debió, en gran medida, al aporte de sus jugadores venidos de América del Sur: descendientes de esclavos, nacidos en Surinam.

No había negros entre los diez mil hinchas que viajaron a Francia desde Holanda, pero en la cancha sí que los había. Fue una fiesta verlos: Kluivert, Seedorf, Reiziger, Winter, Bogarde, Davids. Davids, motor del equipo, juega y crea juego: mete pierna y mete líos, porque no acepta que los futbolistas negros cobren menos que los blancos.

Franceses

Fueron inmigrantes, o hijos de inmigrantes, casi todos los jugadores que vistieron la camiseta azul y cantaron “La Marsellesa” antes de cada partido. Thuram, elevado a la categoría de héroe nacional por dos golazos, Henry, Desailly, Viera y Karembeu venían del África, de las islas del mar Caribe o de Nueva Caledonia. Los demás provenían, en su mayoría, de familias vascas, armenias o argentinas.

Zidane, el más aclamado, es hijo de argelinos. *Zidane presidente*, escribieron manos anónimas, el día de la celebración, en el frontón del Arco de Triunfo. ¿Presidente? Hay muchos árabes, o hijos de árabes, en Francia, pero ni uno solo es diputado. Y ministro, ni hablar.

Una encuesta, publicada durante el mundial, confirmó que cuatro de cada diez franceses tienen prejuicios racistas. El doble discurso del racismo permite ovacionar a los héroes y maldecir a los demás. El trofeo mundial fue festejado por una multitud sólo comparable a la que desbordó las calles, hace más de medio siglo, cuando llegó a su fin la ocupación alemana.

Peces

En 1997, un aviso de televisión de Fox Sports exhortaba a mirar fútbol, prometiendo: “Sea testigo de cómo el pez grande se come al pez chico”. Era una invitación al aburrimiento. Afortunadamente, en el Mundial 98, en más de una ocasión el pez chico se comió al pez grande, con espinas y todo. Eso es lo bueno que tienen, a veces, el fútbol y la vida.

El Mundial 2002

Tiempo de caídas. Un atentado terrorista había derrumbado las torres gemelas de Nueva York. El presidente Bush lanzaba sobre Afganistán una lluvia de misiles y volteaba la dictadura de los talibanes, que su papá, y Reagan, habían incubado. La guerra contra el terrorismo bendecía el terror militar. Los tanques israelíes demolían Gaza y Cisjordania, para que los palestinos siguieran pagando la cuenta del Holocausto que no habían cometido.

El Hombre Araña abatía los récords de taquilla de la historia del cine. Fuentes bien informadas de Miami anunciaban la inminente caída de Fidel Castro, que iba a desplomarse en cuestión de horas. Se desplomaba, en cambio, la Argentina, el país modelo, y se venían abajo la moneda, el gobierno y todo lo demás. En Venezuela, un golpe de Estado derribaba al presidente Chávez. Una pueblada restituía al destituido, pero la televisión venezolana, campeona de la libertad de información, no se enteraba.

Resquebrajado por sus propios fraudes, se venía abajo el gigante Enron, que había sido el contribuyente más generoso a las campañas de Bush y de la mayoría de los senadores estadounidenses. Y en cascada caían, poco después, las acciones de otros monstruos sagrados, WorldCom, Xerox, Vivendi, Merck, por culpa de algunos errorcitos de miles de millones en la contabilidad. Se iban a pique las dos socias mayores de los negocios de la FIFA, las empresas ISL y Kirch; pero sus escandalosas quiebras no impedían que Blatter fuera confirmado, por abrumadora mayoría, en el trono del fútbol mundial. Otro vendrá que bueno te hará: la impunidad de Blatter, un mago en el arte de esconder números y comprar votos, había convertido a Havelange en una Hermanita de la Caridad.

Y también cayó Bertie Felstead. Lo mató la muerte. Felstead, el hombre más viejo de Inglaterra, era el único sobreviviente de un célebre partido de fútbol, que los soldados británicos y alemanes disputaron en plena guerra, en la Navidad de 1915. El campo de batalla se convirtió por un rato en campo de juego, al mágico influjo de una pelota venida no se sabe de dónde, hasta que los oficiales, a los gritos, recordaron a los soldados que estaban obligados a odiarse.

* * *

Treinta y dos selecciones acudieron a Japón y Corea para disputar el decimoséptimo campeonato mundial de fútbol, en los estadios nuevos y deslumbrantes de veinte ciudades.

El primer mundial del nuevo milenio se jugó por primera vez en dos países y por

primera vez en Asia. Niños asiáticos, de Pakistán, cosieron para Adidas la pelota de alta tecnología que se echó a rodar, la noche de la inauguración, en el estadio de Seúl: una cámara de látex, rodeada por una malla de tela cubierta por espuma de gas, que tenía por piel una blanca capa de polímero decorada con el símbolo del fuego. Una pelota hecha para arrancar fortunas del pasto.

* * *

Fueron dos los campeonatos mundiales de fútbol. En uno jugaron los deportistas de carne y hueso. En el otro, al mismo tiempo, jugaron los robots. Los atletas mecánicos, programados por ingenieros, disputaron la RoboCup 2002 en el puerto japonés de Fukuoka, frente a la costa coreana.

¿Cuál es el sueño más frecuente de los empresarios, los tecnócratas, los burócratas y los ideólogos de la industria del fútbol? En el sueño, cada vez más parecido a la realidad, los jugadores imitan a los robots.

Triste signo de los tiempos, el siglo VEINTIUNO sacraliza la uniformidad en nombre de la eficiencia y sacrifica la libertad en los altares del éxito. “Uno no gana porque vale, sino que vale porque gana”, había comprobado, hace ya algunos años, Cornelius Castoriadis. Él no se refería al fútbol, pero era como si. Prohibido perder tiempo, prohibido perder: convertido en trabajo, sometido a las leyes de la rentabilidad, el juego deja de jugar. Cada vez más, como todo lo demás, el fútbol profesional parece regido por la UENBE (Unión de Enemigos de la Belleza), poderosa organización que no existe pero manda.

Obediencia, velocidad, fuerza y nada de firuletes: éste es el molde que la globalización impone. Se fabrica, en serie, un fútbol más frío que una heladera. Y más implacable que una máquina trituradora. Un fútbol de robots. Se supone que este aburrimiento es el progreso, pero el historiador Arnold Toynbee había pasado por muchos pasados cuando comprobó: “La más consistente característica de las civilizaciones en decadencia es la tendencia a la estandarización y la uniformidad”.

* * *

Volvamos al mundial de carne y hueso. En el partido inaugural, más de una cuarta parte de la humanidad asistió, por televisión, a la primera sorpresa. Francia, el país campeón del mundial anterior, fue vencido por Senegal, que había sido una de sus colonias africanas y que por primera vez participaba en una Copa del mundo. Contra todos los pronósticos, Francia quedó por el camino en la serie inicial, sin meter ni un solo gol. Argentina, el otro gran favorito en las apuestas, también cayó en las primeras de cambio. Y después se marcharon Italia y España, asaltados a mano armada por los árbitros. Pero todas estas escuadras poderosas fueron sobre todo

víctimas de la obligación de ganar y del terror de perder, que son hermanos gemelos. Las grandes estrellas del fútbol habían llegado a la Copa abrumadas por el peso de la fama y de la responsabilidad, y extenuadas por el feroz ritmo de exigencia de los clubes donde actúan.

Sin historia mundialera, sin estrellas, sin la obligación de ganar ni el terror de perder, Senegal jugó en estado de gracia, y fue la revelación del campeonato. China, Ecuador y Eslovenia, que también hacían su bautismo de fuego, quedaron por el camino en la primera rueda. Senegal llegó invicto a los cuartos de final y no pudo pasar más allá, pero su bailito incesante nos devolvió una sencilla verdad que suelen olvidar los científicos de la pelota: el fútbol es un juego, y quien juega, cuando juega de verdad, siente alegría y da alegría. Fue obra de Senegal el gol que más me gustó en todo el torneo, pase de taquito de Thiaw, certero disparo de Cámara; y uno de sus jugadores, Diouf, hizo la mayor cantidad de gambetas, a un promedio de ocho por partido, en un campeonato donde ese placer de los ojos parecía prohibido.

La otra sorpresa fue Turquía. Nadie creía. Llevaba medio siglo de ausencia en los mundiales. En su partido inicial, contra Brasil, la selección turca fue alevosamente estafada por el árbitro; pero siguió viaje, y acabó conquistando el tercer puesto. Su fútbol, mucho brío, buena calidad, dejó mudos a los expertos que lo habían despreciado.

Casi todo lo demás fue un largo bostezo. Por suerte, en sus partidos finales, Brasil recordó que era Brasil. Cuando se desataron, y jugaron a la brasileña, sus jugadores se salieron de la jaula de eficiente mediocridad donde el director técnico, Scolari, los tenía encerrados. Entonces sus cuatro erres, Rivaldo, Ronaldo, Ronaldinho Gaúcho y Roberto Carlos, pudieron lucirse a plenitud y, por fin, Brasil pudo ser una fiesta.

* * *

Y fue campeón. En vísperas de la final, ciento setenta millones de brasileños pincharon salchichas alemanas con alfileres, y Alemania sucumbió 2 a 0. Era la séptima victoria brasileña en siete partidos. Los dos países habían sido muchas veces finalistas, pero nunca se habían enfrentado en un mundial. En tercer lugar entró Turquía y Corea del Sur quedó cuarta. Traducido a términos de mercado, Nike conquistó el primer y el cuarto puesto y Adidas obtuvo el segundo y el tercero.

El brasileño Ronaldo, resucitado al cabo de una larga lesión, encabezó la tabla de goleadores, con ocho tantos, seguido por su compatriota Rivaldo, con cinco, y el danés Tomasson y el italiano Vieri, con cuatro goles cada uno. El turco Sukur hizo el gol más veloz de la historia de las Copas, a los once segundos de juego.

Por primera vez en la historia, un arquero, el alemán Oliver Khan, fue elegido el mejor jugador del torneo. Por el terror que inspiraba a los rivales, parecía hijo del otro Khan, Gengis. Pero no era.



La guerra o la fiesta

[Más sobre el Mundial 2002]

Hay partidos que terminan en batallas campales, hay fanáticos que encuentran en el fútbol un buen pretexto para el ejercicio del crimen y en las gradas desahogan los rencores acumulados desde la infancia o desde la última semana. Como suele ocurrir, es la Civilización la que da los peores ejemplos de barbarie. Entre los casos de más triste memoria, se podría citar, por ejemplo, la matanza de 39 hinchas italianos del club Juventus a manos de los *hooligans* ingleses del Liverpool, hace poco menos de veinte años.

Pero ¿eso da para decir que el fútbol incubaba huevos de serpiente? En 1969, se llamó “guerra del fútbol” a la matanza entre hondureños y salvadoreños, porque la primera chispa de ese incendio se había encendido en los estadios. Pero la guerra venía, en realidad, de mucho antes. Y su nombre mentiroso logró ocultar una historia larga: la guerra fue la trágica desembocadura de más de un siglo de rencores entre dos pueblos vecinos, entrenados para odiarse mutuamente, pobres contra pobres, por sucesivas dictaduras militares fabricadas en la Escuela de las Américas.

El espejo no tiene la culpa de la cara, ni el termómetro tiene la culpa de la fiebre. Casi nunca proviene del fútbol, aunque casi siempre lo parece, la violencia que a veces hace eclosión en los campos de juego. Es revelador lo que está ocurriendo en la Argentina. La locura de las barras bravas no tiene nada de nuevo; pero se han multiplicado los líos, los balazos y los garrotazos, desde que se desencadenó esta última crisis que ha precipitado al país a una caída en picada y ha dejado a los argentinos pataleando en el aire.

* * *

Los estadios de fútbol son los únicos escenarios donde se abrazan los etíopes y los eritreos. Durante los torneos interafricanos, los jugadores de esas selecciones consiguen olvidar por un rato la larga guerra que periódicamente rebrota entre sus países.

Y después del genocidio que ensangrentó a Ruanda, el fútbol es el único instrumento de conciliación que no ha fracasado. Los hutus y los tutsis se mezclan en las hinchadas de los clubes y juegan juntos en los diversos equipos y en la selección nacional. El fútbol abre un espacio para la resurrección del respeto mutuo que reinaba entre ellos, antes de que los poderes coloniales, el alemán primero y el belga después, los dividieran para reinar.

* * *

En Medellín, una de las ciudades más violentas del mundo, nació y se desarrolló el proyecto “Fútbol por la paz”, que durante algún tiempo funcionó con milagroso éxito. Mientras duró, demostró que no era imposible cambiar balazos por pelotazos.

El fútbol resultó ser el único lenguaje alternativo para las bandas armadas de los diversos barrios, acostumbradas a dialogar a tiros. Jugando al fútbol, los enemigos empezaron a conocerse entre sí, al principio de muy mala manera y en cada partido un poquito mejor. Y los muchachos empezaron a aprender que la guerra no es el único modo de vida posible.

* * *

Antes de cada partido, en cada Copa del Mundo, los jugadores escuchan y tararean sus himnos patrios. Por regla general, salvo algunas excepciones, los himnos los invitan a matar y a morir. Esos cánticos marciales profieren terribles amenazas, convocan a la guerra, insultan a los extranjeros y exhortan a hacerlos picadillo o con gloria sucumbir en heroicos baños de sangre.

Ya vamos para el campeonato mundial número diecisiete. A lo largo de los mundiales se ha visto que no faltan los jugadores dispuestos a actuar como obedientes soldados, siempre dispuestos a castigar con feroces patadas a los enemigos de la patria, y sobre todo a los que cometen la imperdonable ofensa de jugar lindamente. Pero, la verdad sea dicha, la gran mayoría de los jugadores no ha hecho caso a las órdenes que sus himnos imparten, ni a los delirios épicos de ciertos periodistas que compiten con los himnos, ni a las instrucciones carniceras de algunos dirigentes y directores técnicos, ni a los clamores guerreros de unos cuantos energúmenos en las gradas.

Ojalá los jugadores, o al menos la mayoría de los jugadores, se sigan haciendo los sordos en el mundial que viene. Y que no se confundan a la hora de elegir entre la guerra o la fiesta.



El Mundial 2006

Como era costumbre, los aviones de la CIA andaban por los aeropuertos europeos, como Perico por su casa, sin autorización ni aviso ni nada, trasladando presos hacia las cámaras de tortura distribuidas por el mundo.

Como era costumbre, Israel invadía Gaza, y por rescatar a un soldado secuestrado secuestraba, a sangre y fuego, la soberanía palestina.

Como era costumbre, los científicos advertían que el clima se estaba enloqueciendo y más temprano que tarde se derretirán los polos y los mares devorarán puertos y playas, pero los enloquecedores del clima, los envenenadores del aire, seguían, como era costumbre, sordos.

Como era costumbre, se estaba cocinando un fraude para las próximas elecciones en México, donde el cuñado del candidato de la derecha había diseñado santamente la base de datos para el cómputo oficial de los votos.

Como era costumbre, fuentes bien informadas de Miami anunciaban la inminente caída de Fidel Castro, que iba a desplomarse en cuestión de horas.

Como era costumbre, se confirmaba que en Cuba se violaban los derechos humanos: en Guantánamo, base militar norteamericana en territorio cubano, tres de los muchos presos encerrados sin acusación ni proceso aparecían ahorcados en sus celdas, y la Casa Blanca explicaba que esos terroristas se habían matado para llamar la atención.

Como era costumbre, se desataba un escándalo cuando Evo Morales, primer presidente indígena de Bolivia, nacionalizaba el petróleo y el gas, cometiendo así el imperdonable crimen de hacer lo que había prometido hacer.

Como era costumbre, la guerra continuaba sus matanzas en Irak, país culpable de tener petróleo, mientras la empresa Pandemic Studios, de California, anunciaba el lanzamiento de un nuevo videojuego en el que los héroes invadían Venezuela, otro país culpable de tener petróleo.

Y los Estados Unidos amenazaban con invadir Irán, país culpable de tener petróleo, porque Irán quería la bomba atómica, y eso era un peligro para la humanidad desde el punto de vista del país que había arrojado las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

También Bruno era un peligro. Bruno, oso salvaje, se había escapado de Italia y andaba retozando por los bosques germanos. Aunque él no parecía para nada interesado en el fútbol, los agentes del orden conjuraron la amenaza ejecutándolo a balazos en Baviera, poco antes de que fuera inaugurado el decimoctavo campeonato del mundo.

* * *

Treinta y dos países, de cinco continentes, disputaron sesenta y cuatro partidos en doce estadios, imponentes, bellos, funcionales, de la Alemania unificada: once estadios del oeste y apenas uno del este.

Este mundial estuvo signado por las consignas que las selecciones enarbolaron, al comienzo de los partidos, contra la peste universal del racismo.

El tema ardía. En vísperas del torneo, el dirigente político francés Jean-Marie Le Pen proclamó que Francia no se reconocía en sus jugadores, porque eran casi todos negros y porque su capitán, Zinedine Zidane, más argelino que francés, no cantaba el himno, y el vicepresidente del Senado italiano, Roberto Calderoli, le hizo eco opinando que los jugadores de la selección francesa eran negros, islamistas y comunistas que preferían la “Internacional” a “La Marsellesa” y La Meca a Belén. Algún tiempo antes, el entrenador de la selección española, Luis Aragonés, había llamado *negro de mierda* al jugador francés Thierry Henry, y el presidente perpetuo del fútbol sudamericano, Nicolás Leoz, presentó su autobiografía diciendo que él había nacido *en un pueblo donde vivían treinta personas y cien indios*.

Poquito antes de que el torneo terminara, casi al final de la final, Zidane, que se estaba despidiendo del fútbol, embistió contra un rival que le había dicho y repetido algunos de esos insultos que los energúmenos suelen chillar desde las tribunas de los estadios. El insultador quedó planchado en el piso y Zidane, el insultado, recibió una tarjeta roja del juez y una rechifla del público que iba a ovacionarlo, y se marchó para siempre.

Pero éste fue su mundial. Él fue el mejor jugador del torneo, a pesar de este último acto de locura o de justicia, según se mire. Gracias a sus bellas jugadas, gracias a su melancólica elegancia, pudimos creer que el fútbol no está irremediablemente condenado a la mediocridad.

* * *

En ese último partido, poco después de la expulsión de Zidane, Italia se impuso a Francia por penales y se consagró campeón.

Hasta 1968, los partidos empatados se definían al vuelo de una moneda. Desde entonces, se han definido por penales, que bastante se parecen al capricho del azar. Francia había sido más que Italia, pero unos pocos segundos pudieron más que dos horas de juego. Lo mismo había ocurrido, antes, en el partido donde Argentina, superior a Alemania, tuvo que volverse a casa.

* * *

Ocho jugadores del club italiano Juventus llegaron a la final en Berlín: cinco jugando por Italia y tres por Francia. Y se dio la casualidad de que la Juventus era la escuadra más comprometida en los chanchullos que se destaparon en vísperas del mundial. De las *manos limpias* a los *pies limpios*: los jueces italianos comprobaron toda una colección de trapisondas, compra de árbitros, compra de periodistas, falsificación de contratos, adulteración de balances, reparto de posiciones, manipulación de la tele... Entre los clubes implicados estaba el Milan, propiedad del virtuoso Silvio Berlusconi, que con tan exitosa impunidad había practicado el fraude en el fútbol, en los negocios y en el gobierno.

* * *

Italia ganó su cuarta Copa y Francia entró segunda, seguida de Alemania y Portugal, lo que también se puede traducir diciendo que Puma triunfó sobre Adidas y Nike.

Miroslav Klose, de la selección alemana, fue el goleador, con cinco tantos.

América y Europa quedaron empatados: nueve mundiales ganó cada continente.

Por primera vez en la historia, el mismo árbitro, el argentino Horacio Elizondo, dio el primer pitazo y el último, en la inauguración y en la final. Demostró que había sido bien elegido.

Hubo otros récords, todos brasileños. Ronaldo, gordo pero eficaz, fue el máximo goleador de la historia de los mundiales, Cafú se convirtió en el jugador con más partidos ganados y Brasil pasó a ser el país con más goles, nada menos que doscientos uno, y con más victorias consecutivas, nada menos que once.

Sin embargo, en este Mundial 2006 Brasil estuvo, pero no se vio. Ronaldinho, la superestrella, no ofreció goles ni fulgores, y la ira popular convirtió su estatua, que medía siete metros de alto, en un montón de cenizas y de hierros retorcidos.

* * *

Este torneo terminó siendo una Eurocopa, sin latinoamericanos, ni africanos, ni nadie que no fuera europeo en las etapas finales.

Salvo la selección ecuatoriana, que jugó lindo lindo aunque no llegó lejos, fue un mundial sin sorpresas. Algún espectador supo resumirlo así:

—Los jugadores tienen una conducta ejemplar. No fuman, no beben, no juegan.

Los resultados recompensaron esto que ahora llaman sentido práctico. Poca fantasía se vio. Los artistas dejaron lugar a los levantadores de pesas y a los corredores olímpicos, que al pasar pateaban una pelota o un rival.

Todos atrás, casi nadie adelante. Una muralla china defendiendo el arco y algún Llanero Solitario esperando el contragolpe. Hasta hace algunos años, los *forwards*

eran cinco. Ahora sólo queda uno, y al paso que vamos ni uno quedará.

Como ha comprobado el zoólogo Roberto Fontanarrosa, el delantero y el oso panda son especies en extinción.



El Mundial de Zidane

[Más sobre el Mundial 2006]

En el escenario de la cordura, un ataque de locura. En un templo consagrado a la adoración del fútbol y al respeto de sus reglas, donde la Coca Cola regala felicidad, MasterCard otorga prosperidad y Hyundai brinda velocidad, se disputan los últimos minutos del último partido del campeonato mundial.

Éste es, también, el último partido del mejor jugador, el más admirado, el más querido, que está diciendo adiós al fútbol. Los ojos del mundo están puestos en él. Y súbitamente este rey de la fiesta se convierte en un toro furioso y embiste a un rival y lo voltea, de un cabezazo al pecho, y se va.

Se va echado por el árbitro y despedido por la rechifla del público, que iba a ser una ovación. Y no sale por la puerta grande, sino por el triste túnel que conduce a los vestuarios.

En el camino, pasa junto a la copa de oro reservada al equipo campeón. Él ni la mira.

* * *

Cuando este mundial empezó, los expertos dijeron que Zinedine Zidane estaba viejo.

Mariano Pernía, el argentino que juega en la selección española, comentó:
—Viejo es el viento, y sigue soplando.

Y Francia derrotó a España y Zidane fue, en ese partido y en los partidos siguientes, el más joven de todos.

Después, al fin del campeonato, cuando ocurrió lo que ocurrió, fue fácil atacar al malo de la película. Pero era, y sigue siendo, difícil comprenderlo. ¿Será verdad? ¿No será una pesadilla, un sueño equivocado? ¿Cómo pudo abandonar a los suyos cuando más lo necesitaban? Horacio Elizondo, el árbitro, le sacó la roja con toda razón, pero ¿por qué Zidane hizo lo que hizo?

Según parece, el zaguero italiano Marco Materazzi le ofreció algunos de esos insultos que los energúmenos suelen chillar desde las tribunas de los estadios. Zidane, musulmán, hijo de argelinos, había aprendido a defenderse, allá en la infancia, cuando recibía ataques así en los suburbios pobres de Marsella. Conoce bien esos insultos, pero le duelen como la primera vez; y sus enemigos saben que la provocación funciona. Más de una vez le han hecho perder los estribos de esta sucia manera, y Materazzi no es, que digamos, famoso por su limpieza.

Este mundial estuvo signado por las consignas que las selecciones enarbolaron, al comienzo de los partidos, contra la peste universal del racismo, y Zidane, militante de esa causa, fue uno de los jugadores que lo hizo posible.

* * *

Pero ¿se puede reducir a un insulto, o a varios insultos, esta tragedia del ganador que elige ser perdedor, el astro que renuncia a la gloria cuando la está rozando con la mano?

Quizá, quién sabe, esa loca embestida fue, aunque Zidane no lo quisiera ni lo supiera, un rugido de impotencia.

Quizá fue un rugido de impotencia contra los insultos, los codazos, las escupidas, las pataditas arteras, las simulaciones de los expertos en revolcones, maestros del ay de mí, y contra las artes de teatro de los farsantes que te matan y ponen cara de yo no fui.

O quizá fue un rugido de impotencia contra el éxito arrollador del fútbol feo, contra la mezquindad, la cobardía y la avaricia del fútbol que la globalización, enemiga de la diversidad, nos está imponiendo. Al fin y al cabo, a medida que el campeonato avanzaba, se iba haciendo cada vez más claro que Zidane no era de este circo. Y sus artes de magia, su señorío, su melancólica elegancia, merecían el fracaso, así como el mundo de nuestro tiempo, que fabrica en serie los modelos del éxito, merecía este mediocre campeonato mundial.



El Mundial 2010

Una campaña internacional convertía a Irán en el más grave peligro para la humanidad, porque dicen que dicen que Irán tendría o podría tener armas nucleares, *como si* hubieran sido iraníes los que arrojaron las bombas atómicas sobre la población civil de Hiroshima y Nagasaki;

Israel ametrallaba, en aguas internacionales, los barcos que llevaban a Palestina alimentos, medicinas y juguetes, en uno de los habituales actos criminales que castigan a los palestinos *como si* ellos, que son semitas, fueran culpables del antisemitismo y sus horrores;

el Fondo Monetario, el Banco Mundial y numerosos gobiernos humillaban a Grecia obligándola a que aceptara lo inaceptable, *como si* hubieran sido los griegos, y no los banqueros de Wall Street, los responsables de la peor crisis internacional desde 1929;

el Pentágono anunciaba que sus expertos habían descubierto, en Afganistán, un yacimiento de un millón de millones de dólares en oro, cobalto, cobre, hierro y sobre todo litio, el codiciado mineral imprescindible para los teléfonos celulares y las computadoras portátiles, y el país invasor lo anunciaba alegremente, *como si* al cabo de casi nueve años de guerra y miles de muertos hubiera encontrado lo que de veras buscaba en el país invadido;

en Colombia aparecía una fosa común con más de dos mil muertos sin nombre, que el ejército había arrojado allí *como si* fueran guerrilleros abatidos en combate, aunque los vecinos del lugar sabían que eran militantes sindicales, activistas comunitarios y campesinos que defendían sus tierras;

una de las peores catástrofes ecológicas de todos los tiempos convertía el golfo de México en un inmenso charco de petróleo, y un mes y medio después el fondo de la mar seguía siendo un volcán de petróleo, mientras la empresa British Petroleum silbaba y miraba para otro lado, *como si* no tuviera nada que ver;

en varios países, una catarata de denuncias acusaba a la Iglesia Católica de abusos sexuales y violaciones de niños, y por todas partes se multiplicaban los testimonios que el miedo había reprimido durante años y que por fin salían a luz, mientras algunas fuentes eclesíásticas se defendían diciendo que esas atrocidades ocurrían también fuera de la Iglesia, *como si* eso la disculpara, y que en muchos casos los sacerdotes habían sido provocados, *como si* los culpables fueran las víctimas;

fuentes bien informadas de Miami seguían negándose a creer que Fidel Castro siguiera vivo y coleando, *como si* no les estuviera dando nuevos disgustos cada día;

se nos iban dos escritores sin suplentes, José Saramago y Carlos Monsiváis, y los extrañábamos *como si* no supiéramos que seguirán resucitando entre los muertos, por

imposible que parezca, por el puro placer de atormentar a los dueños del mundo;

y en el puerto de Hamburgo, una multitud celebraba el regreso a la primera división alemana del club de fútbol Sankt Pauli, que cuenta con veinte millones de simpatizantes, por imposible que parezca, congregados en torno a las banderas del club: *No al racismo, no al sexismo, no a la homofobia, no al nazismo*, mientras lejos de allí, en Sudáfrica, se inauguraba el decimonoveno campeonato mundial de fútbol, al amparo de una de esas banderas: *No al racismo*.

* * *

Durante un mes, el mundo dejó de girar y muchos de sus habitantes dejamos de respirar.

Nada de raro, porque esto ocurre cada cuatro años, pero lo raro fue que éste fue el primer mundial en tierra africana.

El África negra, despreciada, condenada al silencio y al olvido, pudo ocupar por un ratito el centro de la atención universal, al menos mientras duró el campeonato.

Treinta y dos países disputaron la Copa en diez estadios que costaron un dineral. Y no se sabe cómo hará Sudáfrica para mantener en actividad esos gigantes de cemento, multimillonario derroche fácil de explicar pero difícil de justificar en uno de los países más injustos del mundo.

* * *

El estadio más hermoso, en forma de flor, abre sus inmensos pétalos sobre la bahía llamada Nelson Mandela.

Mandela fue el héroe de este mundial. Un homenaje más que merecido al fundador de la democracia en su país. Su sacrificio ha rendido frutos que están a la vista, de alguna manera, en el planeta entero. Sin embargo, en Sudáfrica todavía los negros siguen siendo los más pobres y los más castigados por la policía y por las pestes, y fueron negros los mendigos, las prostitutas y los niños de la calle, que en vísperas del mundial fueron ocultados para no dar mala impresión a las visitas.

* * *

A lo largo del torneo, se pudo ver que el fútbol africano conservó su agilidad pero perdió desparpajo y fantasía, corrió mucho pero poco bailó. Hay quienes creen que los directores técnicos de las selecciones, casi todos europeos, contribuyeron a este enfriamiento. Si así fuera, flaco favor han hecho a un fútbol que tanta alegría prometía.

África sacrificó sus virtudes en nombre de la eficacia, y la eficacia brilló por su

ausencia. Un solo país africano, Ghana, llegó a estar entre los ocho mejores; y poco después, también Ghana volvió a casa. Ninguna selección africana sobrevivió, ni siquiera la del país anfitrión.

Muchos de los jugadores africanos dignos de su herencia de buen fútbol viven y juegan en el continente que había esclavizado a sus abuelos.

En uno de los partidos del mundial, se enfrentaron los hermanos Boateng, hijos de padre ghanés: uno llevaba la camiseta de Ghana, y el otro la camiseta de Alemania.

De los jugadores de la selección de Ghana, ninguno jugaba en el campeonato local de Ghana.

De los jugadores de la selección de Alemania, todos jugaban en el campeonato local de Alemania.

Como América Latina, África exporta mano de obra y pie de obra.

* * *

Jabulani se llamó la pelota del torneo, enjabonada, medio loca, que huía de las manos y desobedecía a los pies. Este novedad de Adidas fue impuesta en el mundial, aunque a los jugadores no les gustaba ni un poquito. Desde su castillo de Zúrich, los amos del fútbol imponen, no proponen. Tienen costumbre.

* * *

Los errores y los horrores cometidos por algunos árbitros pusieron en evidencia, una vez más, lo que el sentido común exige desde hace muchos años.

A gritos clama el sentido común, siempre en vano, que el árbitro pueda consultar los primeros planos registrados por las cámaras ante las jugadas decisivas que resulten dudosas. La tecnología permite, ahora, que ese cotejo se haga con la rapidez y la naturalidad con que se consulta otro instrumento tecnológico, llamado reloj, para medir el tiempo de cada partido.

Todos los demás deportes, el basquetbol, el tenis, el béisbol, la natación y hasta la esgrima y las carreras de autos, utilizan normalmente las ayudas electrónicas. El fútbol no. Y la explicación de sus amos resultaría cómica si no fuera simplemente sospechosa: *El error forma parte del juego*, dicen, y nos dejan boquiabiertos descubriendo que *errare humanum est*.

* * *

La mejor atajada del torneo no fue obra de un golero, sino de un goleador: el atacante uruguayo Luis Suárez detuvo la resbalosa pelota con las dos manos, en la línea de gol, en el último minuto de un partido decisivo. Ese gol hubiera dejado a su

país fuera de la Copa: gracias a su acto de patriótica locura, Suárez fue expulsado pero Uruguay no.

* * *

Uruguay, que había entrado al mundial en el último lugar, al cabo de una penosa clasificación, jugó todo el campeonato sin rendirse nunca, y fue el único país latinoamericano que llegó a las semifinales. Algunos cardiólogos nos advirtieron, desde la prensa, que *el exceso de felicidad puede ser peligroso para la salud*. Numerosos uruguayos, que parecíamos condenados a morir de aburrimiento, celebramos ese riesgo, y las calles del país fueron una fiesta. Al fin y al cabo, el derecho a festejar los méritos propios es siempre preferible al placer que algunos sienten por la desgracia ajena.

Uruguay terminó ocupando el cuarto puesto, que no está tan mal para el único país que pudo evitar que este mundial fuera nada más que una Eurocopa.

Diego Forlán, nuestro goleador, fue elegido el mejor jugador del torneo.

* * *

Ganó España. Este país, que nunca había conquistado el trofeo mundial, lo ganó en buena ley, por obra y gracia de su fútbol solidario, uno para todos, todos para uno, y por la asombrosa habilidad de ese pequeño mago llamado Andrés Iniesta.

Holanda fue vice, al cabo de un último partido donde traicionó, a las patadas, sus mejores tradiciones.

* * *

El campeón y el vicecampeón del mundial anterior volvieron a casa sin abrir las maletas. En el año 2006, Italia y Francia se habían encontrado en el partido final. Ahora se encontraron en la puerta de salida del aeropuerto. En Italia, se multiplicaron las voces críticas de un fútbol jugado para impedir que el rival jugara. En Francia, el desastre provocó una crisis política y encendió las furias racistas, porque habían sido negros casi todos los jugadores que cantaron “La Marsellesa” en los estadios sudafricanos.

Otros favoritos, como Inglaterra, tampoco duraron mucho.

Brasil y Argentina sufrieron crueles baños de humildad. Brasil fue irreconocible, salvo en los momentos de libertad que rompieron la jaula del esquema defensivo. ¿De qué estaba enfermo ese fútbol para necesitar tan dudoso remedio?

Argentina fue goleada en su último partido. Medio siglo antes, otra selección argentina había recibido una lluvia de monedas cuando regresó de un mundial

desastroso, pero esta vez fue bienvenida por una multitud abrazadora. Todavía hay gente que cree en cosas más importantes que el éxito o el fracaso.

* * *

Este mundial confirmó que los jugadores se lesionan con reveladora frecuencia, triturados como están por el extenuante ritmo de trabajo que impone, impunemente, el fútbol profesional. Se dirá que algunos se han hecho ricos, y hasta riquísimos, pero eso sólo es verdad para los más cotizados, que además de jugar dos o más partidos por semana, y además de entrenarse noche y día, sacrifican a la sociedad de consumo sus escasos minutos libres vendiendo calzoncillos, autos, perfumes y afeitadoras y posando para las tapas de las revistas de lujo. Y al fin y al cabo, eso sólo prueba que este mundo es tan absurdo que hasta contiene esclavos millonarios.

* * *

Faltaron a la cita las dos superestrellas más anunciadas y esperadas. Lionel Messi quiso estar, hizo lo que pudo, y algo se vio. Dicen que Cristiano Ronaldo estuvo, pero nadie lo vio: quizás estaba demasiado ocupado en verse.

Pero una nueva estrella, inesperada, surgió de las profundidades de los mares y se elevó a lo más alto del firmamento futbolero. Es un pulpo que vive en un acuario de Alemania. Se llama Paul, aunque merecería llamarse Pulpodamus.

Antes de cada partido, formulaba sus profecías. Le daban a elegir entre los mejillones que llevaban las banderas de los dos rivales. Él comía los mejillones del vencedor, y no se equivocaba.

El oráculo octópodo, que influyó decisivamente sobre las apuestas, fue escuchado en el mundo futbolero con religiosa reverencia y fue amado y odiado y hasta calumniado por algunos resentidos, como yo: cuando anunció que Uruguay perdería contra Alemania, denuncié:

—Este pulpo es un corrupto.

* * *

Cuando el mundial comenzó, en la puerta de mi casa colgué un cartel que decía: *Cerrado por fútbol*.

Cuando lo descolgué, un mes después, yo ya había jugado sesenta y cuatro partidos, cerveza en mano, sin moverme de mi sillón preferido.

Esa proeza me dejó frito, los músculos dolidos, la garganta rota; pero ya estoy sintiendo nostalgia. Ya empiezo a extrañar la insoportable letanía de las vuvuzelas, la emoción de los goles no aptos para cardíacos, la belleza de las mejores jugadas

repetidas en cámara lenta. Y también la fiesta y el luto, porque a veces el fútbol es una alegría que duele, y la música que celebra alguna victoria de esas que hacen bailar a los muertos suena muy cerca del clamoroso silencio del estadio vacío, donde algún vencido, solo, incapaz de moverse, espera sentado en medio de las inmensas gradas sin nadie.



El Mundial 2014

Hace un siglo largo, el poeta Antonio Machado se había burlado de los numerosos necios que confunden valor y precio:

Dime cuánto cuestas y te diré cuánto vales.

Pero hete aquí que los expertos habían cotizado en 916 millones de dólares a la selección española en el mundial de fútbol del año 2014, y España resultó ser, ay, la primera selección eliminada al comienzo del campeonato.

* * *

El fútbol es la organización más poderosa del mundo, afirmó Joseph Blatter, amo supremo, en la ceremonia inaugural del Congreso de la FIFA, y en plena explosión de euforia anunció que “algún día nuestro deporte tendrá torneos interplanetarios”.

Al mismo tiempo, informó que las reservas del negocio han subido ya a 1432 millones de dólares.

* * *

Mal no les va, la verdad sea dicha. La FIFA no cobra impuestos a McDonald's, ni a la Coca Cola, ni a otros generosos patrocinadores, pero embolsa fortunas con la venta de derechos a los canales de televisión, y con los sobornos fabulosos que cobra por ofrecer locales para los próximos campeonatos.

Se estima que el trofeo del año 2014, disputado en plena crisis universal, dejará ganancias limpias superiores a los 1800 millones de dólares.

* * *

Éste está siendo el torneo más caro de la historia, y también el que está dejando la mayor cantidad de jugadores lesionados.

¿Por qué se convirtieron en hospitales los campos de fútbol? La respuesta es simple: salvo los jugadores que brillan en lo más alto del cielo, la casi totalidad de los demás viven sometidos a un régimen de trabajo que evoca los tiempos de la esclavitud, sin sindicatos que los defiendan y ganando salarios que están por debajo del mínimo de los mínimos. Y eso en un Brasil donde están estallando los volcanes de la indignación popular ante el derroche de las construcciones faraónicas en contraste con los fondos destinados a la salud pública y la enseñanza gratuita.

* * *

Hasta el año 2014, era imposible imaginar que el fútbol, llamado *soccer* en los Estados Unidos, pudiera competir en popularidad con el béisbol, el básquet o el hockey, pero los vientos de este mundial soplaron con fuerza imprevista, y las encuestas indican que este campeonato ha incorporado más de seis millones de nuevos fanáticos a este deporte que desata pasiones semejantes a una religión universal.

Bienvenidos a la fiesta.

El fútbol, la única religión sin ateos



El fútbol es el espejo del mundo

[Entrevista aparecida en *El Gráfico* en 1995, luego de la publicación de *El fútbol a sol y sombra*]

No es la primera vez que Eduardo Galeano escribe sobre “la única religión que no tiene ateos”, el fútbol. Pero nunca antes había volcado esta pasión como tema excluyente. Hasta que un día se decidió y les hizo caso a todos sus amigos, los mismos que le atribuyen un solo defecto, ser hincha de Nacional.

*“Y, nadie es perfecto...”, contesta Galeano entre risas, sentado en su escritorio del barrio Malvín de Montevideo, sin computadoras ni máquinas de escribir a la vista, porque no las hay. El autor de *Las venas abiertas de América Latina*, *uruguayo para más señas, ganador del Premio Casa de las Américas en 1975 y 1978 y del American Book Award por Memoria del fuego en 1989, escribe a mano. Y lo que es más extraño: toma apuntes en una microscópica libretita, que lleva incluso a la cancha...**

—Voy al fútbol desde que era un bebé. Mi padre me llevaba envuelto en frazadas y ya era hincha de Nacional. Eso me quedó para siempre. Lo que cambió es que hace mucho dejé de ser un hincha digamos fanático, aunque en realidad nunca lo fui: siempre sentía una bochornosa tendencia a aplaudir al enemigo, cuando algún jugador de Peñarol hacía jugadas magistrales como ocurría con Schiaffino, con Abbadie...

*Su voz de locutor de radio de décadas pasadas, su forma de hablar pausada, son las armas que elige para empezar a contar esta historia. La que derivó en *El fútbol a sol y sombra*, su último libro. Una historia que empieza desde el principio...*

Los nacimientos

—¿Ésos son sus primeros recuerdos del fútbol?

—No, tengo recuerdos anteriores pero más borrosos. Los primeros, más que de jugadores, son de estadios, de tribunas y de ganas de hacer pis. Porque ése fue el primer problema que tuve: yo era loco por el fútbol, pero era muy chiquito, me llevaban mi padre o mis tíos, entonces sentía ganas de hacer pis y cuando el estadio estaba muy lleno no me podían llevar hasta el baño. Entonces meaba en la escalera

con gravísimas consecuencias para el público presente. Después recuerdo el fervor, el fútbol como fiesta de la gente, que de chico me atrajo mucho. Y alguna gresca... Mi bochornosa tendencia a aplaudir al enemigo no me impedía pelearme por Nacional, como lo hice más de una vez. Ahora no lo haría, han pasado los años y me he convertido en un mendigo del buen fútbol: cuando el milagro del buen fútbol ocurre ya no me importa quién me lo ofrezca, ni el cuadro ni el país.

—*¿Sigue yendo a la cancha?*

—Voy, voy. Trato de ir. Durante la Copa América yo estaba en los Estados Unidos dando unos cursos pero alcancé a ir tres veces. También estuve en el último clásico Peñarol-Nacional y creo que el triunfo fue justo. Ahora uno puede decir esas cosas sin sentir que va a ser ahorcado.

—*¿Por qué escribió un libro sobre fútbol?*

—Porque el fútbol es el espejo del mundo y en mis libros yo me ocupo de la realidad. La realidad es una señora muy loca, que habla de día y de noche también; en sus horas de vigilia y mientras duerme o se hace la dormida; en las horas del sueño y de la pesadilla. Yo soy un escuchador de sus voces: quiero escuchar lo que ella cuenta para contárselo a los demás. Por eso me interesa la realidad que fue, la que es y la que será. Y el fútbol es una parte fundamental de la realidad, siempre me pareció muy indignante que la historia oficial ignorara esa parte de la memoria colectiva que es el fútbol en países como los nuestros, como el tuyo y como el mío. Los libros de historia del siglo veinte nunca lo mencionan, jamás, no existe; y ha sido fundamental para la gente de carne y hueso. ¿Cómo que no existe?

—*¿Cuál es el lugar del fútbol?*

—Es un dato de cultura fundamental. En lo personal, he escrito artículos sobre fútbol, siempre fui un apasionado y además quería ser jugador. ¿Quién no quiso ser jugador? Pero yo sólo podía jugar bien mientras dormía, porque de día era un patadura imperdonable y entonces tuve que intentar con la mano lo que jamás pude hacer con los pies.

—*¿De qué jugaba?*

—De lo que se llamaba entreala derecho en aquel tiempo, el ocho. Era pésimo, horroroso. Nunca pude ni siquiera llegar a la sombra de la sombra de la sombra de lo que yo mismo me veía hacer mientras soñaba. De noche era brillante. Yo pensaba: qué cosa extraña, me duermo y soy una estrella como nunca se vio, un mago de la pelota, un poeta del fútbol, y después —de día— ¿cómo puedo ser tan bestia? Y era nomás, no había manera. Escribí el libro por eso: por un lado es una necesidad de expiación, y por otro esa indignación ante el vacío de fútbol en la literatura contemporánea y en los libros de historia.

—*En el libro usted habla del Maracanazo, ¿cuál es su recuerdo?*

—Yo tenía nueve años, pero me acuerdo de todo: de la transmisión completa de Carlos Solé por radio, que salimos a festejar y que Montevideo estallaba —nunca había visto la ciudad así, con esa alegría loca—, y me acuerdo también de que yo era muy católico, muy fervoroso, muy místico, y que entonces le hice mil promesas a Dios a partir del gol de Brasil, si nos regalaba la victoria de Uruguay. Se ve que fueron buenas las promesas que hice, porque el milagro ocurrió. Y sin patadas, porque en aquel tiempo no se identificaba la garra charrúa con las patadas: Uruguay cometió la mitad de las faltas que Brasil.

—*Se ve que el tema de las patadas le preocupa...*

—Es importante para remarcar: pienso que el sentido del honor en el juego se está recuperando, desde el Maestro Tabárez en adelante. Él marcó la frontera, impuso un juego limpio y empezó a cambiar la mala imagen que Uruguay se estaba haciendo. Pero hubo un período del fútbol uruguayo que a mí me parece vergonzoso: el de la divinización y la demagogia de la violencia. Todavía estamos metidos en eso porque buena parte de los doctores del fútbol sigue haciendo el elogio de la violencia.

—*¿Quiénes son los doctores del fútbol?*

—Los especialistas, los ideólogos que aquí a veces cometen ese tipo de barbaridades: identifican la garra charrúa con la deslealtad. Cuando en realidad la idea está en las antípodas: en la dignidad, en el sentido del honor. Hay crímenes con premeditación y alevosía que aquí se llaman todavía juego de piernas fuertes. Creo que afortunadamente el fútbol uruguayo está saliendo de eso, de esa idea de que había que salvarlo a las patadas.

Las caras y las máscaras

“¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales” (Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra*).

—*¿Qué les pasa a los intelectuales con el fútbol?*

—Algunos intelectuales están abocados al fútbol pero en general la posición predominante es de cierto desprecio. También hay muchos que son fervorosos, pero no lo confiesan...

—*¿Por qué, queda mal?*

—Puede ser eso. Por un lado hay un prejuicio elitista que tuvo su expresión en Jorge Luis Borges, el intelectual que más brillantemente despreció el fútbol, con más inteligencia. Él lo despreciaba porque el fútbol es una pasión de masas y él detestaba las pasiones populares y lo decía. Borges detestaba los espejos y la cópula, porque multiplican a la gente. Y la gente está muy multiplicada en los estadios, entonces para él era una ceremonia bárbara, pagana, la celebración de una práctica demoníaca.

—*Borges es un extremo, ¿y el resto de los intelectuales?*

—Borges representa el desprecio al fútbol como pasión popular. ¿Cuál es la pasión del pueblo? Una cosa que se hace con los pies, porque el pueblo piensa con los pies. Ésa sería la posición de la derecha. La de la izquierda es el rechazo del fútbol como instrumento de alienación, como opio del pueblo, como diabólica invención del imperio británico para adormecer a los oprimidos del mundo. Entre esas dos posiciones hay muchos intelectuales y escritores que somos apasionados del fútbol.

—*Desde el fútbol apareció una especie de intelectual: Jorge Valdano. ¿Qué opina de él?*

—Me ayudó en el libro. Estuve en Madrid con él, me dio algunos datos que necesitaba. Admiro mucho su trabajo, y ya lo admiraba como jugador. Es uno de los mejores protagonistas del fútbol de hoy, capaz de recibir a los jugadores después de una derrota, creo que contra el Sporting de Gijón, y decirles: “Cuando se juega como ustedes jugaron hay permiso para perder”. Eso es muy raro en un director técnico, que hoy es una pieza más del engranaje que ha convertido al fútbol en una especie de máquina ciega organizada para ganar, y donde no sirve el que pierde. Contra esta mecanización, Valdano ha actuado con mucha inteligencia y eficacia. Yo le agradezco lo que en otro plano le agradezco a Maradona: ellos demostraron que la fantasía puede ser eficaz.

—*¿Qué le sugiere Passarella, el tema del corte de pelo y la negativa a convocar homosexuales?*

—Para mí es inexplicable que Argentina haya terminado quinta en la Copa América. Creo que tenía los mejores jugadores del campeonato, entonces es inexplicable que no haya logrado armar el mejor equipo, tenía la Copa a disposición. Pienso que algo tiene que ver Passarella con esto.

—*¿Usted piensa que influyó negativamente el tema del pelo corto o de la homosexualidad?*

—Y, probablemente sí, porque da la impresión de que Passarella no se ocupa de lo que debiera ocuparse. El pelo corto o largo no tiene nada que ver con el fútbol. Y esto de la homosexualidad tendría que ser un tema más que superado. Me parece algo así como volver a los tiempos de la santa inquisición.

El siglo del viento

—*Cuando vivió en la Argentina, entre 1973 y 1976, ¿qué relación tuvo con el fútbol, iba a la cancha, se hizo hincha de algún equipo?*

—Recuerdo por cierto que fui varias veces a la cancha de San Lorenzo y una vez a la Bombonera. Había muchísima gente, me tocó estar muy adelante y, como tengo vértigo, sentía que me empujaban al fondo del abismo... Los hinchas de Boca me han dicho que tengo que superar ese trauma y volver; me ofrecen todas las garantías, pero me quedó ese mal recuerdo. Siempre pensé que eso de la Bombonera era una metáfora, pero es una realidad: ese estadio es demasiado vertical.

—*¿Seguía a algún equipo?*

—No, tenía simpatía por los más chicos, como me suele ocurrir. O por los que tenían nombres que me parecían entrañables, como Desamparados de San Juan, uno de los mejores nombres de la historia del fútbol.

—*¿Leía El Gráfico, lo lee ahora?*

—Sí, sí, soy lector desde la infancia, hace mil años que leo *El Gráfico*. Además está ampliamente citado en el libro, hay varias referencias.

—*¿Qué recuerda?*

—Y, Borocotó, Juvenal, pero no quiero dar nombres para no ser injusto olvidándome de alguien. Siempre fue una revista de enorme peso aquí en Uruguay.

—*Le cambio de tema: ¿cómo lo ve a Maradona hoy?*

—Con expectativa, con esperanza, con ganas de que le vaya bien. Yo le estoy muy agradecido a Maradona, porque me ha dado algunas de las mejores horas de alegría y de placer que he tenido como espectador de belleza. Es de los pocos protagonistas importantes del fútbol —junto a Valdano— que han sido capaces de cantarles las cuarenta a los dueños del poder. En ese sentido la figura de Maradona no se me encoge ni un poquito por el hecho de que apoye a Menem o no.

—*¿Tampoco por las cosas que hace fuera de la cancha?*

—Yo nunca hablé con él, pero por lo que veo me da la impresión de que el problema más grave lo tiene con un señor que se llama Maradona. Con su personaje, su principal enemigo. Y eso hay que entenderlo, debe ser muy difícil cargar el personaje en la espalda. Imaginate: como Jesús, pero cargando a Jesús. Maradona tiene problemas de columna desde que empezó, creo que es el cuerpo actuando como metáfora. O sea: le cruje la espalda porque carga un personaje que se llama Maradona.

—*Entonces...*

—A veces hay que entenderlo y eso no quiere decir que hay que justificarle todo: a mí también me revientan algunas cosas de él. Es verdad que es un tipo que habla demasiado, que dice y se desdice, arrogante, caprichoso. Pero hay que entenderlo y estarle agradecido, me parece, por las cosas que nos ha dado. Ojalá tenga cuerda todavía; creo que sí, que puede tenerla, si Maradona no se pone en el camino de Maradona.

—*¿Fue el mejor que vio?*

—Él y Pelé, sí. Es un lugar común, espantoso, es como decir que más vale ser joven y sano que viejo y enfermo.

—*¿Están en el mismo nivel?*

—No, son muy diferentes. Por suerte los vi bastante a los dos: son de juego completamente distinto. Diría que, para mi manera de gustar el fútbol —soy un apasionado del modo brasileño—, probablemente Pelé me ha gustado más, aunque a Maradona lo veo más completo, contra lo que algunos suponen.

—*Eso sí que no es un lugar común.*

—No. Yo lo veo más completo en el sentido que Maradona tiene más capacidad para armar el juego de los demás, para jugar el partido en cada lugar de la cancha. Tiene esa facilidad prodigiosa —que tenía también Schiaffino— de estar en la cancha y al mismo tiempo en el lugar más alto de la torre del estadio, viendo el partido. Tiene ojos por todos lados. Pelé fue más bailarín, más plástico.

—*De los uruguayos, ¿cuál fue el mejor?*

—El que más me gustó fue Julio César Abbadie, pero eso no quiere decir que yo crea que fue el mejor, me consta que no lo fue. Era el que más me gustaba, el que me daba más placer a los ojos. Abbadie era un jugador muy elegante, que se desplazaba a lo largo de la línea de cal sin tocar la pelota y ella lo seguía como un perrito dócil. A veces, cuando estoy buscando palabras que se parezcan a lo que quiero decir, pienso que me gustaría escribir como Abbadie jugaba.

—*¿Fue su ídolo?*

—No, creo que nunca tuve. A ver, la palabra “ídolo”... sería alguien por el que uno se pelea, ¿no? Una vez en el estadio, yo me peleé por Rinaldo Martino, jugador de San Lorenzo que vino a Nacional. Martino era impresionante, en el área no había quien lo parara. Fue uno de mis fervores, es uno de los argentinos que nosotros sentimos muy uruguayos, como Atilio García.

—*¿Y de los contemporáneos a quién elige?*

—Sin dudas, Enzo Francescoli me parece el mejor que ha dado este país en años. Es un jugador de enorme delicadeza, sutil, inteligente. El otro día vi a River contra

Nacional de Medellín, sobre todo en el segundo tiempo, que el equipo estaba desarticulado, caótico, y pensaba: “Por ahí con Francescoli no ocurría”. Son esos jugadores que se plantan en la cancha y uno siente como una tranquilidad: el cuadro no se me desarma.

Así es el fútbol a sol y sombra, según Eduardo Galeano, contado en tres partes como su Memoria del fuego. El fútbol visto desde el ángulo de un hombre de letras, un intelectual, pero con la pasión intacta del hombre de la tribuna.



El fútbol y los intelectuales de izquierda

[Este texto, originariamente titulado “Prólogo de pocas palabras”, abría una antología de relatos sobre fútbol que preparó Eduardo Galeano para la editorial Arca, en 1968. El volumen reunía, entre otros, a autores como Albert Camus, Mario Benedetti, Horacio Quiroga y Juan José Morosoli. Es interesante ver en él la relación que había entre fútbol y política en los no tan lejanos años sesenta]

Hay intelectuales que niegan los sentimientos que no son capaces de experimentar ni, en consecuencia, de compartir: sólo podrían referirse al fútbol con una mueca de disgusto, asco o indignación. No es menos típica la búsqueda de chivos emisarios para expiar la propia impotencia, y el fútbol es ideal en este sentido; está allí, tan a mano del intelectual como de cualquiera, sin ganas ni necesidad de defenderse: el fútbol es, pues, cómodamente, señalado con el dedo índice como la causa primera y última de todos los males, el culpable de la ignorancia y la resignación de las masas populares en el Río de la Plata. La miseria no está escrita en los astros, suele pensar el intelectual de izquierda, pero sí en el tablero del estadio donde se marcan los goles: si no fuera por el fútbol, el proletariado adquiriría su necesaria conciencia de clase y la revolución estallaría.

No creo que tanta perversidad pueda imputarse al fútbol con algún fundamento de causa. No niego que el fútbol empieza por gustarme, y mucho, sin que eso me provoque el menor remordimiento ni la sensación de estar traicionando a nada ni a nadie, confeso consumidor del opio de los pueblos. Me gusta el fútbol, sí, la guerra y la fiesta del fútbol, y me gusta compartir euforias y tristezas en las tribunas con millares de personas que no conozco y con las que me identifico fugazmente en la pasión de un domingo de tarde. ¿Desahogo de una agresividad reprimida en el curso de la semana? ¿Merece uno el sillón del psicoanalista? ¿O bien se ha sumado uno a las fuerzas de la contrarrevolución? Los hinchas somos inocentes. Inocentes, incluso, de las porquerías del profesionalismo, la compra y la venta de los hombres y las emociones.

Con ninguna otra actividad nos sentimos tan identificados los hombres de la cuenca del Plata, y muy particularmente los orientales. En el estilo y la “garra” de algunos jugadores, sobrevivientes de la época de oro en que se jugaba “con todo”, reconocemos de algún modo un estilo nacional, con sus rasgos negativos y positivos, la “viveza” muchas veces cochina tanto como la firmeza y la imaginación, la manera de plantarse en la cancha y la fracción de segundo que demora un delantero en escapar por el costado donde no se le espera, abrir la brecha y meter el gol. Los uruguayos tenemos motivos de sobra para desear que la “garra” legendaria de

nuestros jugadores se proyecte más allá de las canchas sobre el asfalto de la ciudad y la desolada inmensidad del campo: que el heroísmo nazca de los grandes compromisos sociales y políticos. Pero no es culpa del fútbol que sólo en el fútbol esa “garra” ofrezca, o haya ofrecido, resultados concretos, como no es culpa del fútbol que haya sido por el fútbol que el Uruguay adquirió cierta relevancia internacional o por lo menos nombre propio en el mapa del mundo. Recuerdo que desde los balcones de *Época* mirábamos en 1966 la impresionante manifestación con que el pueblo celebraba la victoria de Peñarol en la Copa Mundial de Clubes. Recuerdo que discutimos. Yo también hubiera preferido una manifestación tan multitudinaria y estridente por la tierra que los cañeros reclamaron en vano o contra la política económica que el imperialismo nos impuso para comernos mejor. Pero la victoria de Peñarol no era culpable de las derrotas de la izquierda: ojalá la izquierda fuera también capaz de ganar 4 a 2 cuando, faltando pocos minutos para el fin, todo parece perdido.

Esta antología que la editorial Arca me ha encomendado preparar es deliberadamente irregular. Me propuse hacer una especie de *collage* que incluyera variados testimonios, en prosa y en poesía, sobre el fútbol en sus diversos aspectos y proyecciones. Por eso el lector encontrará aquí reportajes, cuentos, poemas, confesiones y artículos. Los toros han tenido su Hemingway. El fútbol espera todavía al gran escritor que se lance a su rescate. Ojalá este pequeño trabajo sirva como provocación o estímulo: el desprecio y el miedo han hecho del fútbol un tema tabú casi invicto, aún no revelado en toda la posible intensidad de las pasiones que resume y desata.

Por Manolo y por el placer de jugar

[Palabras de Eduardo Galeano al recibir el VII Premio Manuel Vázquez Montalbán, que le otorgó el Fútbol Club Barcelona en diciembre de 2010]

Quiero dedicar este premio a la memoria de Josep Sunyol, el presidente del Barça que en 1936 fue asesinado por los enemigos de la democracia.

Y también quiero rendir homenaje a los deportistas peregrinos, que un año después, en 1937, encarnaron la dignidad, malherida pero viva, de toda España. Me refiero a los jugadores del Barça, que en 1937 recorrieron los Estados Unidos y México, disputando partidos de fútbol en beneficio de la República, y a la selección de jugadores vascos, que hizo lo mismo en varios países europeos.

Por ellos me emociona recibir este premio, por ellos y también por los jugadores del Barça de nuestros días, dignos herederos del Barça de aquellos años: este premio que, por si todo eso fuera poco, lleva el nombre de mi entrañable amigo Manolo Vázquez Montalbán.

[...]

Con él hemos compartido varias pasiones.

Futboleros los dos, y los dos zurdos, zurdos para pensar, creímos que la mejor manera de jugar por la izquierda consistía en reivindicar la libertad de quienes tienen el coraje de jugar por el placer de jugar en un mundo que manda jugar por el deber de ganar. Y en ese camino hemos intentado combatir los prejuicios de mucha gente de derechas, que cree que el pueblo piensa con los pies, y también los prejuicios de muchos compañeros de izquierdas, que creen que el fútbol tiene la culpa de que el pueblo no piense.

[...]

También nos identificamos, Manolo y yo, en el placer de la ironía y la risa franca y todas las formas del humor, en nuestras maneras de decir lo que pensamos y lo que sentimos, en los artículos y en los libros y en las charlas de café. Porque no son dignos de confianza los solemnes caballeros, ni las damas ejemplares, que no son capaces de tomarse el pelo; y ni Manolo ni yo confundimos el aburrimiento con la seriedad, como también ocurre con otros colegas de ideas políticas parecidas a las nuestras.

Y conste que no hablo en tiempo presente por error ni por descuido, sino porque fuentes bien informadas me han asegurado que la muerte no es más que un chiste de mal gusto.

[...]

Y otro espacio compartido, muy importante para los dos: la reivindicación de la buena comida como una celebración de la diversidad cultural.

Bien decía Antonio Machado que ahora cualquier necio confunde valor y precio, y aquel ahora del poeta es también nuestro ahora, porque lo mismo ocurre en nuestros días.

La mejor comida no es la más cara y bien lo ha dicho Manolo, que más bien ocurre que la comida más cara no es más que una trampa engañabobos.

Y yo también creo, como él, que el derecho a la autodeterminación de los pueblos incluye el derecho a la autodeterminación de la barriga. Y es más que nunca necesario defender ese derecho, más que nunca, en estos tiempos de obligatoria macdonaldización del mundo, cada vez más desigual en las oportunidades que brinda y cada vez más igualador en las costumbres que impone.

[...]

Y hasta aquí llegué. Porque yo sé que cuando bebo demasiado corro el grave riesgo de decir estupideces, y yo quise alzar estas palabras como si fueran copas de vino, un buen vino tinto de por acá, para brindar con Manolo y por Manolo: una manera de beber

por la dignidad humana y por la solidaridad,

por el placer de jugar y la alegría de ver jugar cuando se juega limpiamente,

por la alegría de estar juntos y por el pan y el vino compartidos,

por los soles que cada noche esconde

y por todas las pasiones, a veces dolorosas, que dan rumbo y sentido al viaje humano, al humano andar,

al vent del món.

El fútbol, entre la pasión y el negocio

[Discurso leído por Eduardo Galeano en la apertura del Congreso de Deportes Play de Game en Copenhague, Dinamarca, 1997]

En abril de 1997, cayeron acribillados los guerrilleros que ocupaban la embajada de Japón en la ciudad de Lima. Cuando los comandos irrumpieron, y en un relámpago ejecutaron su espectacular carnicería, los guerrilleros estaban jugando al fútbol. El jefe, Néstor Cerpa Cartolini, murió vistiendo los colores del Alianza, el club de sus amores.

Al mismo tiempo, en la ciudad de Montevideo, el municipio ofreció 150 empleos para la recolección de basuras. Se presentaron 26.748 jóvenes. Para recibir a semejante multitud, no hubo más remedio que realizar el sorteo de los puestos en el mayor estadio de fútbol, el Centenario, donde Uruguay había ganado, en 1930, el primer campeonato del mundo. Un gentío de desempleados ocupó el escenario de aquella histórica alegría. En vez de marcar goles, el tablero electrónico señalaba los números de los escasos jóvenes que encontraron trabajo.

Pocas cosas ocurren, en América Latina, que no tengan alguna relación, directa o indirecta, con el fútbol. El fútbol ocupa un lugar importante en la realidad, a veces el más importante de los lugares, aunque lo ignoren los ideólogos que aman a la humanidad pero desprecian a la gente. Para los intelectuales de derecha, el fútbol suele no ser más que la prueba de que el pueblo piensa con los pies; y para los intelectuales de izquierda, el fútbol suele no ser más que el culpable de que el pueblo no piense.

Pero a la realidad de carne y hueso, este desprecio ni le va ni le viene. Cuando arraigan en la gente y encarnan en la gente, las emociones colectivas se hacen fiesta compartida o compartido naufragio, y existen sin dar explicaciones ni pedir disculpas. Nos guste o no nos guste, para bien o para mal, en estos tiempos de tanta duda y desesperanza, los colores del club son, hoy por hoy, para muchos latinoamericanos, la única certeza digna de fe absoluta y la fuente del más alto júbilo o la tristeza más honda. “Racing, una pasión inexplicable”, leí en un muro de Buenos Aires. Y en un muro de Río de Janeiro, un hincha del Fluminense garabateó: “Mi querido veneno”.

Alguna mano anónima, en estado de paroxismo, dejó su testimonio en un muro de Montevideo: “Peñarol, sos como el sida. Te llevo en la sangre”. Lo leí, y me quedé dudando. El amor a la camiseta ¿es tan peligroso como el amor a una mujer? Los tangos no aclaran el punto. En todo caso, el pacto de amor del hincha parece ser más serio que cualquier contrato conyugal, porque la obligación de fidelidad no admite ni la sombra de la sospecha de la posibilidad de un desliz. Y no sólo en América Latina. Un amigo, Ángel Vázquez de la Cruz, me escribe desde Galicia: “Yo había sido

siempre del Celta de Vigo. Ahora me he pasado a su peor enemigo, el Deportivo de La Coruña. Es sabido que uno puede, y quizá debe, cambiar de ciudad, de mujer, de trabajo o de partido político... pero jamás, jamás, puede uno cambiar de equipo. Soy un traidor, lo sé. Te pido que lo creas: lo hice por mis hijos. Mis hijos me convencieron. Traidor, pero padre ejemplar”.

Para los fanáticos, que son los hinchas que viven siempre al borde de un ataque de nervios, el amor se realiza en el odio al adversario. Cuando el jugador argentino Ruggieri abandonó el equipo de Boca Juniors y se incorporó a las filas de su rival tradicional, el club River Plate, los fanáticos le quemaron la casa. Los padres, que estaban adentro, se salvaron por milagro. Recientemente, en marzo del 97, cuatrocientos fanáticos de los clubes holandeses Ajax y Feyenoord se dieron cita, por teléfono y por internet, para pelear en un descampado cerca de Ámsterdam. El sangriento ritual dejó un muerto y numerosos heridos.

La violencia ensucia el fútbol, como ensucia todo lo demás en este mundo de nuestro tiempo, donde, al decir del historiador Eric Hobsbawm, “la matanza, la tortura y el exilio masivo se han hecho experiencias cotidianas que ya no sorprenden a nadie”. Los medios de comunicación suelen irradiar voces de alarma contra los influjos maléficos del fútbol. ¿Se vuelve jauría sangrienta, por su causa, una población de mansas ovejas? A la vista está, para quien no se niegue a verlo: en los estadios estallan, a veces de mala manera, las tensiones acumuladas por la desesperanza y la soledad, que signan este fin de siglo al norte y al sur, al este y al oeste del mundo; y esas tensiones pueden estallar en los estadios, ni más ni menos que en cualquier otro espacio de la violenta vida de nuestros días.

En Grecia, en tiempos de Pericles, había tres tribunales. Uno de ellos juzgaba las cosas: castigaba al cuchillo, pongamos por caso, que había sido instrumento de un crimen, y se dictaba sentencia rompiendo el cuchillo en pedazos o arrojándolo al fondo de las aguas. Hoy por hoy, ¿sería justo condenar a la pelota? ¿Tiene el fútbol la culpa de los crímenes que en su nombre se cometen?

Quienes demonizan al fútbol, y lo confunden con el papá de Jack el Destripador, ejercen a veces un fanatismo tan irracional como el de los futboleros fanáticos. Y comparten el mismo equívoco de quienes creen que el fútbol no es más que un opio de los pueblos y un buen negocio de mercaderes y políticos: unos y otros hacen de cuenta que los estadios son islas, y no los reconocen como espejos del mundo al que pertenecen y expresan. ¿O podría alguien mencionar una sola pasión humana que no sea usada como instrumento de alienación y como objeto de manipulación por los poderes que en el mundo mandan?

El respeto por la realidad obligaría a reconocer que, a pesar de todos los pesares, la cancha de fútbol es bastante más que un escenario de violencia y una fuente de dinero, prestigio político y Valium colectivo. La cancha constituye también un espacio de expresión de destreza, y en ocasiones de belleza, un centro de encuentro y comunicación y uno de los pocos lugares donde los invisibles pueden todavía hacerse

visibles, aunque sea por un rato, en tiempos donde esa hazaña resulta cada vez menos probable para los hombres pobres y los países débiles.

Pagando tributo al prestigio de las evocaciones helénicas, mal no viene recordar los juegos olímpicos, dos mil quinientos años antes de la era de Juan Antonio Samaranch. En aquel entonces, cuando los atletas competían desnudos y sin ningún tatuaje publicitario en el cuerpo, la civilización griega formaba un mosaico de mil ciudades, cada cual con sus propias leyes y sus propios ejércitos. Los juegos que se celebraban en los estadios de Olimpia eran ceremonias religiosas de afirmación de la identidad nacional, una amalgama que juntaba a los dispersos y superaba sus contradicciones, una manera de decir: “Nosotros somos griegos”, como si haciendo deporte recitaran los versos de *La Ilíada* o *La Odisea*, los poemas de la fundación nacional.

Quizás el fútbol cumpla, en nuestros días, una función parecida, en mayor medida que cualquier otro deporte. La industrialización del fútbol, que la televisión ha convertido en el más exitoso espectáculo de masas, uniformiza los estilos de juego y borra sus perfiles propios; pero la diversidad, porfiadamente, milagrosamente, sobrevive y asombra. Quiérase o no, créase o no, el fútbol sigue siendo una de las más importantes expresiones de identidad cultural colectiva, de esas que en plena era de la globalización obligatoria nos recuerdan que lo mejor del mundo está en la cantidad de mundos que el mundo contiene.

No abundan, por cierto, los espacios donde pueden afirmar su identidad los países del sur, condenados a la imitación de los modos de vida que hoy por hoy se imponen, como modelos de consumo obligatorio, en escala universal. Desaparecida la industria nacional, olvidados los proyectos de desarrollo autónomo, desmantelado el Estado, abolidos los símbolos que encarnaban la soberanía, los países que integran los vastos suburbios del mundo tienen pocas oportunidades de ejercer el orgullo de existir y el derecho de ser. Y el derecho de ser suele estar en contradicción con la función de servidumbre que les atribuye la división internacional del trabajo y con el triste papel que los medios masivos de comunicación los obligan a representar.

Colombia es un país violento: eso leemos, eso escuchamos, eso vemos. Pero ¿Colombia es un país violento? ¿Condenado a la violencia por naturaleza y destino? ¿Nacen los colombianos inclinados al crimen por decisión de sus genes? ¿O el país vive prisionero, desde hace ya muchos años, de una gigantesca maquinaria de la muerte, que usa a la impunidad como combustible y a la fatalidad como coartada? ¿No es la realidad más compleja y contradictoria de lo que a primera vista parece? Yo me atrevería a sugerir a los expertos violentólogos que antes de formular sus veredictos escuchen música colombiana, los gozosos vallenatos de Alejo Durán, pongamos por caso, y que miren algún partido de la selección colombiana, cuyo fútbol viene de la alegría de la gente y a la gente da alegría. Y yo les recomendaría, muy especialmente, que contemplen por un buen rato una foto de la célebre atajada de René Higuita en el estadio inglés de Wembley, en septiembre del 95. Ésa fue una

atajada jamás vista en los estadios del mundo. Con el cuerpo horizontal en el aire, el arquero dejó pasar el pelotazo y lo devolvió con los tacos, doblando las piernas como el escorpión tuerce la cola. Pero la fuerza de revelación no está en la proeza de Higuita: esta foto es sobre todo elocuente por la sonrisa de celebración que cruza la cara del arquero colombiano, de oreja a oreja, mientras comete su travesura imperdonable.

Fue el fútbol quien puso al Uruguay en el mapa del mundo, allá por los años veinte. Este país pequeño, que tiene una población total equivalente a la de un barrio de Buenos Aires o a la de un suburbio de Ciudad de México, encontró en el fútbol un medio de proyección internacional y una certeza de identidad que hoy día sobreviven con más vigor en la nostalgia que en la realidad. Aunque se supone que somos como jugamos, a los uruguayos nos resulta cada vez más deprimente reconocernos en el opaco espejo que nos devuelven las canchas. El fútbol nuestro se ha aburrido y se ha ensuciado, a medida que el país caía en una espiral de decadencia que ha abatido a la educación pública y ha reducido a la nada, o a la casi nada, a la educación física. Se han marchado al extranjero nuestros mejores jugadores y los niños tienen cada vez menos canchas para jugar y menos ganas de hacerlo. Una industria de exportación, que vende piernas: cuando surge algún jugador que vale la pena, emigra a los países que pueden pagarlo, mientras los campeonatos locales, empobrecidos hasta la última miseria, languidecen en la mediocridad. Y sin embargo, la fe nos dura todavía. El fútbol sigue siendo una religión nacional, y cada domingo esperamos que nos ofrezca algún milagro. La memoria colectiva cultiva la evocación del último campeonato mundial que el Uruguay ganó, en una final contra Brasil, en el estadio de Maracanã, en 1950. Ya aquella hazaña está por cumplir medio siglo y la recordamos hasta el último detalle, como si fuera cosa de la semana pasada, y a su resurrección encomendamos nuestras almas.

Si el fútbol estuviera limitado a los países que más dinero pagan por él, no tendrían explicación los fervores que desata en el mundo entero. América del Sur, que poco paga y está condenada a suministrar jugadores a Europa, ha ganado y sigue ganando más campeonatos mundiales que Europa en selecciones nacionales y en torneos de clubes, por mucho que Europa pague. Y el fútbol africano, el más pobre del mundo, está entrando en escena de la más avasallante y jubilosa manera, y no hay quien lo pare. El fútbol profesional, lucrativa industria del espectáculo, maquinaria implacable, está organizado para que el dinero mande, pero no sería una pasión universal si no siguiera teniendo, como por milagro tiene, capacidad de sorpresa.

Esta capacidad de sorpresa corre por cuenta de los olvidados de la tierra: Nigeria gana contra viento y marea la Olimpiada de fútbol del 96; el jugador más cotizado del mundo es un joven mulato llamado Ronaldo que creció en el cinturón de pobreza que rodea a la ciudad de Río de Janeiro, y que a los catorce años no pudo jugar en el club Flamengo porque no tenía dinero para el transporte. Y lo imprevisto ocurre a pesar de la desigualdad de oportunidades que trágicamente caracteriza a este injusto fin de

siglo, y que de antemano coloca en desventaja a los jugadores desnutridos y a los países exprimidos. En las eliminatorias para el Mundial del 94, la selección de Eritrea tenía pelota pero no tenía zapatos, y cuando los jugadores de Albania intercambiaron camisetas con los jugadores de Dinamarca, al fin del partido, se quedaron sin camisetas para el partido siguiente. La opulencia y la pobreza, el norte y el sur, jamás se miden en igualdad de condiciones, ni en el fútbol ni en nada, por muy democrático que el mundo diga ser. La verdad sea dicha, hay un solo lugar donde están parejos el norte y el sur: es la cancha de fútbol del pueblo de Fazendinha, en la costa amazónica de Brasil. La línea del Ecuador corta la cancha por la mitad, de modo que cada equipo juega un tiempo en el hemisferio sur y otro tiempo en el hemisferio norte.

Pero sí. A pesar de todos los pesares, el fútbol es una pasión universal. El arte del pie capaz de hacer reír o llorar a la pelota habla un lenguaje común a los países más diversos y a las más diversas culturas, al norte y al sur, al este y al oeste. En los Estados Unidos de América, donde está recién empezando a atraer el entusiasmo público, el fútbol no es todavía una pasión popular, pero ya es, al menos, una pasión mercantil. Bien lo saben algunas grandes empresas, como Coca Cola, atada al fútbol internacional desde hace muchos años, o Nike, que recientemente se ha apoderado del mejor equipo del mundo, a cambio de 400 millones de dólares. La Confederación Brasileña de Fútbol ha cedido a Nike no sólo los derechos exclusivos para vestir a la selección de Brasil, sino también los derechos y venta de sus partidos. Cuando la selección jugó el amistoso contra México que ganó 4 a 0, en abril de este año, Nike demostró que manda más que el director técnico. Zagalo no quería incluir a Romario en el equipo titular, pero la empresa lo impuso, para que Romario formara, con Ronaldo, la imbatible pareja de su fulgurante *dream team*. Por entonces, la prensa hablaba del posible pase de Ronaldo, estrella del Barcelona, al club Lazio de Roma. Se barajaban cifras de fábula, más de 90 millones de dólares, y el obstáculo principal consistía en que Ronaldo está comprometido con Nike —en un acuerdo que firmó por 7 millones— y el club Lazio tiene un contrato de exclusividad con Umbro, que es obligatorio para sus jugadores. La empresa Nike devora una tajada cada vez más gorda del mercado de zapatos deportivos en América Latina, un mercado de 1500 millones de dólares por año, que crece a un ritmo del veinte por ciento anual. Y lo mismo ocurre con la ropa y las pelotas de fútbol: las alemanas Adidas y Puma, hijas de los hermanos Dassler, que hasta no hace mucho eran reinas del negocio, están siendo desplazadas por Nike y otras fábricas de un país que poco caso hace al fútbol. ¿Fábricas de un país? ¿O fábricas de un país que fabrica en varios países, por obra y gracia de eso que llaman globalización? Nike es la empresa que más denuncias ha sufrido por la explotación de mano de obra infantil en Asia. En febrero de este año, Nike y otras multinacionales han jurado ante los altares de la Organización Internacional del Trabajo que harán lo posible para evitar que los niños trabajen para ellas, en condiciones de esclavitud, en Pakistán y otros lugares. La declaración resultó, involuntariamente, una confesión.

Es un lugar común. Un tópico, como dicen los españoles. Se dice: “El fútbol es un negocio”. Y como suele ocurrir con los lugares comunes, tienen razón. Es como decir: “La política es un negocio”. Pero bien puede uno preguntarse: ¿existe algo que no sea un negocio en el mundo actual? ¿No es un negocio el sexo, que es el objeto preferido de la manipulación comercial? ¿Y acaso significa eso que el sexo no vale la pena? Según dicen los entendidos, sigue siendo de lo más gustoso. Si el sistema, que antes se llamaba capitalismo y ahora actúa bajo el nombre artístico de economía de mercado, es capaz de arrancar plusvalía a la memoria de sus peores enemigos, como el Che Guevara o Malcolm X, convertidos en mercancías de consumo masivo, ¿cómo no va a ser capaz de poner el deporte al servicio de la ganancia? Al fin y al cabo, la escala de valores de los tiempos que corren puede escucharse con claridad en cualquier discurso de cualquiera de los muchos jefes de Estado que viajan por el mundo como si fueran vendedores a domicilio: ellos hablan en primer término de las inversiones, en segundo término del comercio y en tercer término de las relaciones fraternales que unen a nuestros pueblos, dicho sea esto último porque algún impuestito tiene que pagar el vicio a la virtud y porque la buena educación también puede ser rentable.

Sí, el fútbol es un negocio, qué duda cabe. En los países donde resulta lucrativo, como Inglaterra, donde los clubes Manchester United y Tottenham Hotspur cotizan sus acciones en la Bolsa y donde el Newcastle y el Liverpool se proponen imitarlos, y también en los países donde recién empieza a organizarse, como la República Dominicana, donde el campeón del 96 se llama Bancredicard y sirve a la promoción del Banco de Crédito. Incluso cuando no da ganancias en términos de contabilidad, el fútbol es fuente de prestigio popular y rinde buenos réditos políticos, como bien lo saben Silvio Berlusconi, en Italia, o Fernando Collor, que antes de ser presidente de Brasil fue presidente del club de fútbol Alagoas, donde su carrera comenzó. Y el fútbol, como suele ocurrir con las demás fuentes de dinero y popularidad, rara vez tiene las manos limpias. Por regla general, los más poderosos clubes profesionales mienten sus balances, no cumplen con las leyes laborales ni pagan los aportes sociales, y tienen cierta tendencia a comprar a los rivales y a los árbitros.

En su edición de mayo del 97, la revista *Latin Trade* se quejaba de que en América Latina el fútbol es todavía un pasatiempo, más que un producto. “Si la emoción del fútbol”, suspiraba la revista, “pudiera embotellarse, cualquiera se haría billonario”. Y citaba el caso del club argentino Boca Juniors, que recibe nada más que 120.000 dólares por las transmisiones en televisión, mientras The Dallas Cowboys cobra, en los Estados Unidos, dos millones y medio. Este equipo de Dallas juega al fútbol americano, que según la definición de Horacio Tubio “consiste en la conquista violenta de territorios por medio de una práctica militar que se llama fútbol pero se ejecuta con las manos”. El fútbol americano mueve grandes sumas de dinero al norte de América, donde goza de mucha popularidad.

Poco antes de leer la revista, yo había asistido a uno de los clásicos partidos de

Boca contra River en Buenos Aires. Quilmes jugaba contra Quilmes. La empresa cervecera Quilmes está en el pecho de los jugadores de Boca Juniors, por un contrato de dos millones de dólares, y también está en el pecho de los jugadores de River Plate, por un millón ochocientos. El partido se disputaba por el campeonato argentino, que se llama Pepsi Cola. La revista *Latin Trade* puede tener razón, pero la verdad es que el sur de América está haciendo todo lo posible por parecerse al norte, aunque esté todavía lejos de sus méritos.

En el mundo actual, todo lo que se mueve y todo lo que está quieto transmite algún mensaje comercial. Cada jugador de fútbol debe ser una cartelera publicitaria en movimiento, aconsejando al público consumir productos, pero la FIFA prohíbe que los jugadores porten mensajes que aconsejen la solidaridad social, lo que está expresamente prohibido. Julio Grondona, presidente del fútbol argentino, recordó recientemente la prohibición, cuando algunos jugadores quisieron expresar en la cancha su apoyo a la huelga de los docentes, que ganan sueldos de ayuno perpetuo. En abril, la FIFA castigó con una multa al jugador inglés Robbie Fowler, por el delito de inscribir en su camiseta una frase de adhesión a la huelga de los obreros de los puertos.

En su edición de diciembre del 95, la revista brasileña *Placar* entrevistó a Joseph Blatter, el hombre número dos de la FIFA, virrey del negocio del fútbol. El periodista le preguntó su opinión sobre el sindicato internacional de jugadores, que se estaba formando:

—La FIFA no habla con jugadores —respondió Blatter—. Los jugadores son empleados de los clubes.

Unos meses después, en octubre del 96, el sindicato recibió una carta de Pelé, que fue rey del arte del fútbol. A pesar de sus notorios desencuentros con Maradona, que es la cabeza visible del sindicato, Pelé saludó la iniciativa, y anunció: “Vamos a formar la mejor selección de todos los tiempos, la selección de los atletas libres”.

Los que manejan el negocio, los dueños de la pelota, actúan como si los jugadores no existieran. Jamás los escuchan. Los verdaderos protagonistas del espectáculo asisten desde la tribuna, como espectadores, a las decisiones que toman los empresarios y sus burócratas: quiénes juegan, por cuánto, cuándo, dónde y cómo. Designios inescrutables, cuentas secretas. La FIFA modifica los reglamentos, con buen criterio o con criterio dudoso, y discute cambios delirantes, como la ampliación de los arcos, sin que los jugadores puedan nunca decir ni pío.

Los jugadores, los autores de la fiesta, padecen un atroz ritmo de trabajo, que invita a recordar la respuesta que dio Winston Churchill al periodista que le preguntó cuál era el secreto de su vida tan larga y su salud tan buena:

—El deporte —dijo Churchill—. Jamás lo practiqué.

En el fútbol profesional, abundan los deberes: la aceptación de las decisiones ajenas, la disciplina militar, los entrenamientos extenuantes, los partidos que se juegan un día sí y otro también, la obligación de rendir más a cambio de menos, el

bombardeo de drogas que queman la juventud pero permiten jugar a pesar del agotamiento y de las lesiones... Los derechos, en cambio, brillan por su ausencia.

Pero ¿de qué se quejan? ¿Acaso los jugadores no ganan fortunas? Unos pocos, los elegidos, sí. Pero tampoco es para tanto: en la última lista de la revista *Forbes*, donde figuran los cincuenta atletas mejor pagados del mundo en 1996, no hay ni un solo jugador de fútbol.

Los jugadores todavía figuran en los balances como patrimonio de los clubes, aunque los lazos de servidumbre feudal se han aflojado en estos últimos años; y en Europa se rompieron del todo a fines del 95. Esta fue una buena noticia para los jugadores y para todos los que creemos en la libertad de trabajo y en los derechos humanos. La Suprema Corte de Luxemburgo, la más alta autoridad de la Comunidad Europea, se pronunció a favor de la demanda del futbolista belga Jean-Marc Bosman, y en su sentencia estableció que los jugadores quedan libres, una vez vencidos los contratos que los ligan a los clubes. La universalización de esta conquista es una de las tareas que se propone llevar adelante el recién nacido sindicato.

La Asociación Internacional de Futbolistas Profesionales dio su puntapié inicial, en Barcelona, en una jornada contra el racismo y la discriminación. Fue un bautismo elocuente, que mucho tiene que ver con la memoria y la realidad del deporte mundial. Las más altas estrellas del fútbol han padecido el racismo, por ser negros o mulatos, o han sufrido, por ser pobres, la discriminación. Y en muchos casos, sumados el color de la piel y el origen social, han sido víctimas de ambas humillaciones a la vez. En la cancha, han encontrado una alternativa al crimen, al que habían nacido condenados por promedio estadístico.

Una encuesta recientemente realizada en Brasil muestra que dos de cada tres jugadores profesionales no han terminado la escuela primaria, y la mitad de esa mayoría tiene piel negra o mulata. A pesar de la invasión de la clase media, que en estos últimos años se advierte en las canchas, la realidad actual del fútbol brasileño no está lejos de los tiempos de Pelé y Garrincha: Pelé, que en su infancia robaba maní en la estación del tren, y Garrincha, que aprendió a gambetear eludiendo policías.

Dentro de algunos jugadores, juega un gentío. Algunos jugadores contienen inmensas multitudes, cuya dicha o desdicha depende de sus piernas. Y cuando los discriminados, los despreciados, los condenados al fracaso eterno se reconocen en el éxito de un héroe solitario, en sus triunfos late, de alguna manera, la esperanza colectiva. Aunque él no lo quiera, aunque él no lo sepa, sus hazañas cobran valor simbólico y en ellas resplandece, como si estuviera invicta, la pisoteada dignidad de muchos. Mucho significa para muchos, por ejemplo, George Weah, y no sólo para los liberianos, que en peregrinación acuden al pantanoso barrio del puerto de Monrovia donde pasó su infancia, sino también para todos los africanos: George Weah, mejor jugador del mundo en 1995, que nació en una casilla de lata y cartón y a los doce años fumaba marihuana y era ladrón profesional.

Y esto no ocurre solamente en el fútbol. Los militantes por los derechos civiles de

los negros en los Estados Unidos reconocen a Jack Robinson como un profeta. Robinson fue la primera estrella negra del béisbol, que era un deporte sólo para blancos, a fines de los años cuarenta. Por entonces los negros no podían compartir con los blancos ni siquiera el cementerio, y Robinson logró extraordinaria calidad deportiva a pesar de que el público lo insultaba y le tiraba maníes, los rivales lo escupían y en su casa recibía, continuamente, amenazas de muerte. Otro ejemplo similar: para los indígenas de Guatemala, mayoría maltratada del país que los humilla, tiene un valor emblemático el hecho de que un indio quiché sea la mayor figura del deporte nacional. Fue un corredor de fondo, imbatible en las maratones, que hoy se gana la vida recogiendo palos de golf. Había nacido llamándose Doroteo Guamuch, y por racismo le cambiaron el nombre maya y lo obligaron a llamarse Mateo Flores. En homenaje a sus proezas, se llama Mateo Flores el estadio de fútbol de Guatemala, que adquirió triste notoriedad internacional cuando una trágica avalancha dejó noventa muertos en 1996. Quizás algún día, cuando llegue, si llega, el tiempo de los justos, el estadio lleve el nombre indígena que este atleta tenía y quería tener.

Y para concluir estos vistazos, estos apuntes a propósito de la pasión y el negocio del fútbol, algunas palabras sobre Diego Armando Maradona. Algunas palabras, algunas preguntas. Como suele ocurrir con las preguntas, puede ser que no encuentren más respuesta que nuevas preguntas.

Los héroes populares que más gente contienen, los que dentro de sí llevan millones de personas, ¿son los que más solos están? ¿Está Maradona lleno de todos y acompañado por nadie? ¿De qué huye? ¿Huye de los perros de la fama, que él mismo convoca a gritos? ¿Corre en círculos Maradona, acosado por la fama que lo persigue y que él persigue? ¿Exhausto de ella, abrumado por ella, ya no puede vivir con ella? ¿Y sin ella tampoco puede vivir? ¿Sin la fama que lo vengó de la pobreza y lo salvó del desprecio? ¿Es Maradona un drogadicto de la cocaína o un drogadicto del éxito? ¿Existe alguna droga más venenosa que el éxito? ¿Hay alguna clínica capaz de curar a sus víctimas? ¿Maradona se niega a retirarse porque se niega a morir? ¿No puede mirar los partidos en lugar de jugarlos? ¿Es imposible el regreso a la multitud de donde viene? ¿No puede aceptar que haya quedado atrás el tiempo en que los rivales no sabían si marcarlo o pedirle autógrafos? ¿No puede aceptar la jubilación en lugar de la ovación? ¿No puede dejar de hablar y hablar, como queriendo hacer goles con la boca? ¿No puede dejar de trabajar de dios en los estadios? ¿Están los ídolos, como los dioses, condenados a consumirse en su propio fuego? ¿Es inevitable el sacrificio del triunfador, como en los antiguos juegos de los aztecas, la ofrenda del triunfador al gentío que lo ama y lo exige y lo devora? ¿No tenemos todos una deuda de comprensión y gratitud con este jugador rebelde, que tanto ha luchado por la dignidad de su oficio y tanta hermosura nos ha dado en los estadios?



Créditos de los textos

Los textos de la presente antología proceden de los siguientes libros:

Días y noches de amor y de guerra (1975)

Verano del 42, Días y noches de amor y de guerra/1, Días y noches de amor y de guerra/2, Días y noches de amor y de guerra/3

Memoria del fuego 1. Los nacimientos (1982)

Se prohíbe el juego de los indios de Chile

Memoria del fuego 2. Las caras y las máscaras (1984)

El fútbol

Memoria del fuego 3. El siglo del viento (1986)

Obdulio, Pelé/2, Garrincha, Polvo de arroz, La última cabriola del aviador Barrientos, Dos turbulentos partidos, La llamada “guerra del fútbol”

Nosotros decimos no (1989)

Pelé y los suburbios de Pelé, Che/1, Che/2, Ocho

Ser como ellos (1992)

Se venden piernas

El fútbol a sol y sombra (1995)

El Mundial del 98, El Mundial 2002, El Mundial 2006, El Mundial 2010, El Mundial 2014

Patas arriba. La escuela del mundo al revés (1998)

Nombres, Precios, Patas arriba, La cancha global

Bocas del tiempo (2004)

El parto, Leo, Cóndores, Mano de obra, El lector, El sombrerero, Y otro, Exorcismo, El atleta ejemplar, Coronación, Agradezco el milagro, El Más Allá, El encapuchado, El arquero

Espejos (2008)

Maradona, Los derechos civiles en el fútbol, Maracaná, Show business, El juego de pelota, Fundación del samba, Rendición de París,

Última voluntad, Insolencia, Pelé/1, Fotos: El escorpión, Fotos: Puños alzados al cielo, Alí, Otro caso de amnesia, Peligro en las calles

Los hijos de los días (2012)

El gol del siglo, Una ceremonia de exorcismo, Mi querido enemigo, Atletos y atletas, Campeonas, Solo de él, Todos somos tú, La consagración del goleador, El baúl de los perdedores, Día de los desaparecidos, ¡Milagro!, El partido más triste de la historia

El cazador de historias (2016)

Por qué escribo, Los cuentos cuentan/1, Yo confieso, La garra charrúa, La primera jueza, La guerra contra las guerras, Revolución en el fútbol, Sírname otra Copa, por favor, El ídolo descalzo, La pelota como instrumento, Papá va al estadio, Los cuentos cuentan/2, Los cuentos cuentan/3, Esopo

Los textos no incluidos en los libros de Eduardo Galeano corresponden a las siguientes fuentes:

La magia imperdonable (*Brecha*, Montevideo, julio de 1994, p. 12)

En fútbol, como en política, el miedo no paga (*Brecha*, Montevideo, 20 de junio de 1986, p. 7)

De fútbol somos (*Brecha*, Montevideo, 29 de junio de 1990, p. 32)

La guerra o la fiesta (*Página/12*, Buenos Aires, 31 de mayo de 2002)

El Mundial de Zidane (*Página/12*, Buenos Aires, 16 de julio de 2006)

El fútbol es el espejo del mundo (gentileza de *El Gráfico*. Entrevista de Adrián Maladesky, 29 de agosto de 1995, pp. 58-62)

El fútbol y los intelectuales de izquierda (introducción a la antología *Su majestad el fútbol*, con selección de Eduardo Galeano, Montevideo, Bolsilibros Arca, 1968)

Por Manolo y por el placer de jugar (*Página/12*, Buenos Aires, 25 de mayo de 2011)

El fútbol, entre la pasión y el negocio (gentileza de Ezequiel Fernández Moeres. Discurso inédito con que Eduardo Galeano abrió el Congreso de

Deportes Play de Game, en Copenhague, en 1997)